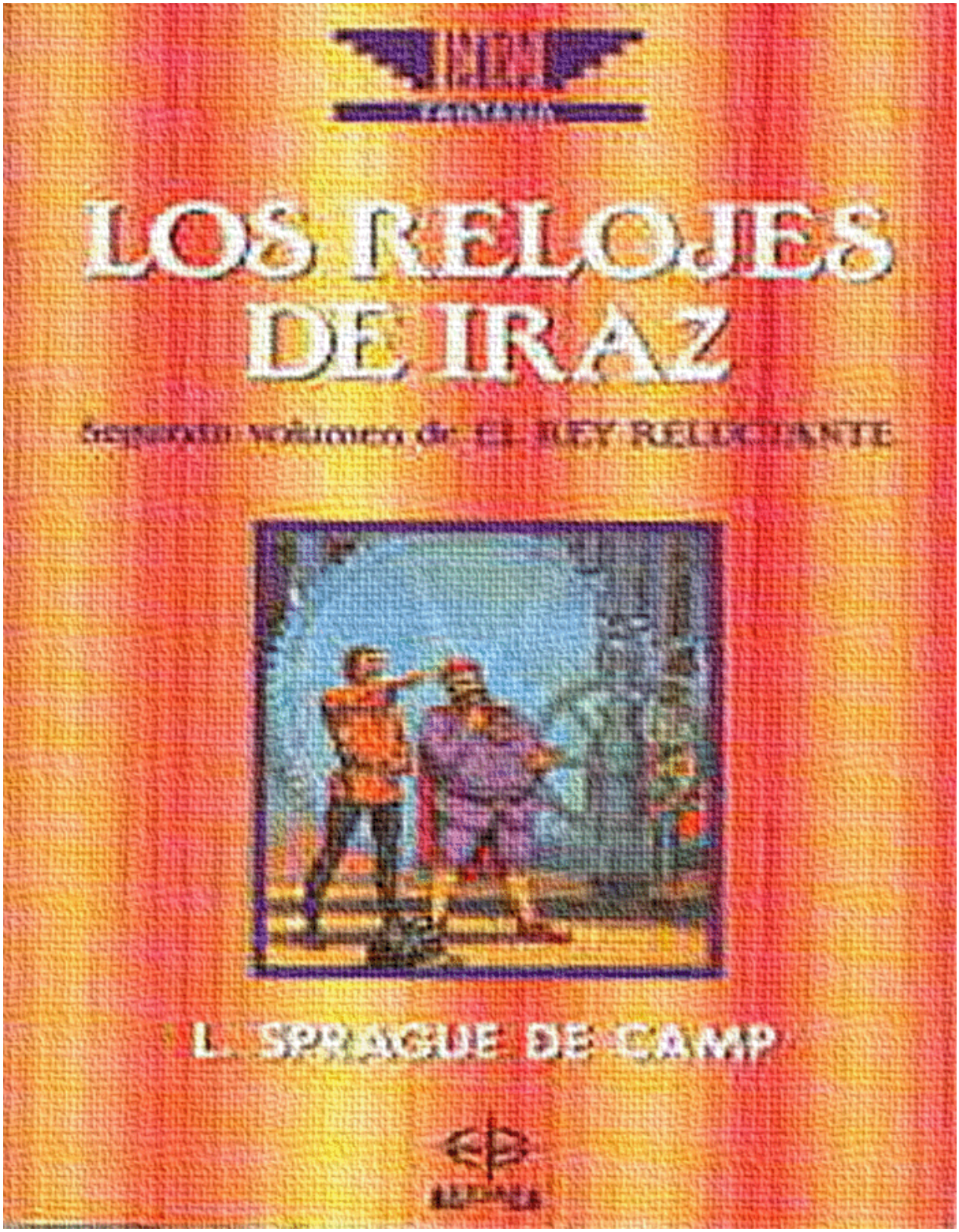
La Torre Encantada , EL Rey Reluctante 2
LYON SPRAGUE DE CAMP



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para John y Ann Ashmead

NOTA DEL AUTOR

Aunque el lector puede, naturalmente, pronunciar los nombres de esta historia como mejor le parezca, en lo relativo a los nombres penembianos he mantenido en la memoria las siguientes anotaciones: ue y oe como en alemán; ui (apagado) como en la palabra inglesa biscuit; las demás vocales más o menos como en español y las consonantes como en inglés. De tal modo, Ayuir rima con la palabra inglesa fire; Chaluish, con demolish; Chuivir, con severe. La h de Sahmet y Fahramak se pronuncia: sah-h'm-met, etcétera. El esquema se basa en la fonética del idioma turco.

LOS RELOJES DE IRAZ

Lyon Sprague de Camp nació el 17 de noviembre de 1907 en la ciudad de Nueva York. Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Yersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es The Isolin-guals, en septiembre de 1937, para Ástounding Stories. Su vida se encamina a ser escritor free-lance para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelphia (1956).

L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Cárter en la saga de Conan, al igual que como especialista americano en la Heroic Fantasy. Pero su faceta, fundamental versa en torno a un SpaceOpera picaresco y a una Fantasía de clara tendencia humorística. La. serie de Krishna o serie de Viagens Interplanetarias es una mezcla de aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes simpáticos para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: La Torre de Zanid (1958), The Searchfor Zei (1962) y The Hand of Zei (1963).

El Rey Reluctante se trata de una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una imaginería de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter urbano y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: La Torre Encantada (1968), Los Relojes de Iraz (1971) y El rey que salvó su cabeza (1983). En base al éxito de estas narraciones, De Camp escribió una nueva secuela: The Honorable Barbarían (1989).

Alberto Santos Castillo Junio 1990

I
EL MAMUT ESCARLATA

Era la hora del chivo, del decimotercer día del Mes del Unicornio, en la república de Ir, una de las doce ciudades estado de Novaría.

En la taberna llamada el Mamut Escarlata, en la ciudad de Orynx, un delgado y bien vestido joven jugueteaba ausentemente con una copa de vino sin dejar de observar la puerta. Aunque el hombre vestía con harapos novananos, daba cierta impresión de exotismo. Su piel era más oscura que la de los novarianos, aunque éstos fuesen un pueblo principalmente moreno. Lo que es más, sus ornamentos resultaban más chillones que los de la tierra de las Doce Ciudades.

En la vulgar sala se sentaba también un hombre mayor: un tipo fornido de mediana edad, con un rostro franco e indescriptible, ataviado de sobrio negro. Si el primer hombre parecía presuntuoso, el segundo aparentaba ostensiblemente austeridad.

Mientras el alto y delgado joven vigilaba la puerta, el hombre fornido, yendo y viniendo de vez en cuando a por una copa de cuero llena de ale, observaba al joven. El sudor corría abundantemente por las frentes de ambos hombres, pues el tiempo era cálido e impropio de la estación.

La puerta se abrió. En su marco aparecieron seis rudos individuos de tosco aspecto, cubiertos de sudor y polvo y maldiciendo el calor. Se sentaron en la mesa más grande de la sala y empezaron a golpearla. El hombre más alto, fuerte y rudo, con profundos ojos oscuros bajo espesas cejas negras y barba recortada, gritó:

- ¡Eh, Theudus! ¿Pueden echar un trago unos trabajadores cuyas gargantas están llenas de un polvo tan espeso que se podría plantar en él?

- Voy, voy, maese Nikko, pero dejad ese infernal alboroto - refunfuñó el tabernero, apareciendo con las manos llenas de jarras de ale, pasando un dedo por cada asa. Al tiempo que dejaba las jarras en la mesa, preguntó- : ¿Es este el último día que trabajáis fuera de Orynx?

- Así es - dijo el hombre, a lo largo de cuya cara el filo de una espada dejó una cicatriz que le retorció la nariz- . Por la mañana, iremos a Eyrodium. Tenemos órdenes de seguir con el acueducto hacia el sur, siguiendo las tierras altas, antes de alcanzar la ciudad de Ir.

- Pensé que cortaríais directamente hacia Ir - dijo Theudus- para que fuese más corto.

- Así es, pero el Sindicato tendría que pagar por un arco de varias millas de largo, y ya sabes cómo son con el dinero; serían capaces de decir que un glaciar da calor. Cuando se haya terminado, reconocerán, indudablemente, que las gradas son muy bajas y que el canal se desborda por arriba. Se lo he advertido, pero no me han hecho caso. Sin que importe la ruta que tracemos, los topógrafos siempre nos llevamos la peor parte.

- Hace años que hablan de este proyecto - dijo el tabernero.

- Sí. Podrían haberlo construido hace años, pero supongo que confiaban en que Zevatas no tendría lluvia suficiente como para llenar el viejo acueducto. No se han decidido hasta que el agua ha escaseado tanto que han tenido que racionar los baños. ¡Tendrías que oler la ciudad subterránea! Podrían cortarlo y emplearlo como fertilizante. Bueno, ¿qué hay de cena?

Mientras los hombres ordenaban la comida, el joven delgado se acercó a la mesa que ocupaban los topógrafos. Sentándose tras el hombre alto, le dio un toque en el hombro con un perentorio índice. Al tiempo que el jefe de los topógrafos le miraba, el joven, hablando en novariano con acento, dijo:

- ¿No sois Jorian de Ardamai?

Los ojos del hombre se entornaron, aunque su rostro no se alteró ni su voz se alzó.

- Nunca he oído hablar de él. Me llamo Nikko de Kortoli, y mis compañeros podrán confirmarlo.

- Pero... bien, acompañadme a mi mesa; allí podremos hablar.

- Cierto, mi desconocido amigo - dijo el topógrafo con voz de pocos amigos- . Llevándose consigo la cerveza, se levantó y siguió al otro hasta la mesa. Se sentó ante el joven y apoyó la mano en la daga que llevaba al cinto- . Ahora, señor, decidme, ¿qué puedo hacer por vos?

El otro lanzó una risotada.
- Vamos, señor. Todo el mundo ha oído hablar de Jonan de Ardamai, quien fuera rey de Xylar, que se libró de la decapitación y que se escondió... ¡ow!
- Tranquilo - murmuró el hombre alto, pasando un brazo alrededor de la cintura del joven mientras, con la otra mano, sacaba el cuchillo y lo apretaba suavemente en la piel del vientre del otro.
- ¡Cómo... cómo os atrevéis! - exclamó el joven delgado- . ¡No podéis darme órdenes! ¡No os atreváis a hacer daño a alguien de mi rango!
- ¿Queréis verlo? Si hacéis exactamente lo que os diga, no ensuciaréis el limpio suelo de Theudus con vuestros intestinos.
- ¡Pe... Pero, mi querido Jorian, os conozco! El doctor Karadur dijo que Nikko de Kortoli era uno de vuestros nombres falsos y así es como he dado con vos... ow, dejad eso!
- ¡En ese caso, cerrad la boca, idiota! ¿Qué tiene que ver Karadur en todo esto? ¡Y hablad en voz baja!
- Me dio una carta para vos...
- ¿Quién sois?
- Me llamo Zerlik, hijo de Doerumik, hijo de...
- El nombre más vulgar que he oído. ¿De dónde venís? ¿Penembei?
- Exactamente, señor. De la gran ciudad de Iraz. Ahora...
- ¿Está Karadur en Iraz?
- Sí, maese Jorian ¡ow!
- La próxima vez que digáis ese nombre en voz alta, os lo clavaré hasta la empuñadura. Enseñadme esa carta.
Zerlik miró su larga, aguileña y curva nariz.
- Realmente, señor, un caballero como yo no está acostumbrado a recibir un trato tan detestable...
- La carta, su señoría, a menos que queráis sentir el acero en las tripas. ¿Os contrató Karadur como mensajero?
- ¡Basta ya, señor! Personas de mi alcurnia no trabajan por dinero. Nuestro deber es servir a la corte, y mi tarea la desempeño como mensajero real. Cuando Su Majestad, conocedor de mi manejo del idioma novariano, me ordenó entregar la misiva de Karadur...
Mientras hablaba, el hombre más alto rompió el sello de la carta y desdobló la hoja de papel de caña. Enarcó el ceño al ver la retorcida escritura que se leía en la crujiente y dorada superficie; pidió:
- ¡Theudus! Una vela, por favor.
Cuando le entregaron la vela, el hombre alto leyó la siguiente epístola:
Saludos de Karadur el mulvaniano a su fuerte compañero de la aventura del Kist de Avien.
Si queréis rescatar a vuestra pequeña Estriláis, y recordáis lo suficiente de vuestros viejos conocimiento de relojería y deseáis arreglar los relojes de la Torre de Kumashar, venid a Iraz con maese Zerlik. La tarea no será difícil, pues he oído mencionar que dichos relojes fueron montados por su señoría. Adiós.
Jorian de Ardamai murmuró:
- El viejo amigo tiene más sentido que vos, Zerlik, muchacho. Habréis visto que no menciona nombres...
Se detuvo cuando un movimiento al otro lado de la sala llamó su atención. El hombre vestido de sencillo color oscuro dejó una moneda en la mesa, se levantó y echó a andar lentamente. Jorian pudo ver un destello de su perfil en el cielo que se oscurecía antes de que la puerta se cerrase a espaldas del hombre.
- ¡Theudus! - llamó Jorian.
- ¿Sí, maese Nikko?
- ¿Quién era el que acaba de salir?
El tabernero se encogió de hombros.
- No lo sé. Ha estado ahí sentado toda la tarde, dándole vueltas a una cerveza pequeña.
- ¿Podrías saber de dónde es por su forma de hablar?

- Dijo pocas cosas, aunque lo que dijo fue, aparentemente, con acento del sur.
Jorian gruñó.
- Con esas ropas y acento sureño es como si llevara la palabra Xylar escrita o el reloj de arena escarlata bordado en la túnica.
- ¿No estáis llegando a conclusiones con tan escasa evidencia? - preguntó Zerlik.
- Es posible, pero, en mi posición, uno se vuelve muy sensible a estas cosas. Si le hace feliz, maese Zerlik, sabed que no sois el único estúpido de la habitación. Me di cuenta de todo en cuanto llegué, pero tenía otras cosas en la cabeza.
- ¿Significa esto que los xylarianos quieren todavía cortaros la cabeza para elegir a su siguiente rey? Siempre he pensado que es una costumbre muy brutal.
- Incluso os parecería más brutal si se tratase de vuestra cabeza. Bueno, de momento, aceptaré la invitación de Karadur. Pero viajar cuesta dinero, y por ahora tengo muy poco material de ese precioso tipo.
- Está arreglado. El doctor Karadur me confió una suma adecuada para ese propósito.
- Estupendo. ¿Cómo habéis llegado?
- En carroza - respondió Zerlik.
- ¿Habéis conducido durante todo el camino desde Iraz? No sabía que la carretera de la costa fuese adecuada para el tráfico rodado.
- No lo es. Mi hombre y yo tuvimos que bajarnos cien veces para subir el aparato por encima de las piedras y sacarlo de los agujeros. Pero lo conseguimos.
- ¿Dónde se encuentra vuestro hombre?
- Ayuir está en la cocina. No esperaríais que cenase con su amo, ¿verdad?
Jorian se encogió de hombros. Tras una pausa, Zerlik continuó:
- Bien, señor, ¿qué hacemos ahora?
- Estoy pensando. Quizá contemos con media hora antes de que el Mamut Escarlata se llene con una escuadra de la Guardia Real de Xylar con redes y lazos. ¿Os alojáis aquí?
- Sí. Tengo una habitación privada. Pero, seguramente, no querréis salir de aquí esta misma noche, ¿no?
- Sí. Y cuanto antes, mejor.
- ¿Y mi cena? - gritó Zerlik.
- Al infierno vuestra cena; los cadáveres no tienen apetito. Si no hubieseis chismorreado mi nombre... De todos modos, ordenad a vuestro ayudante que apareje la carroza mientras nosotros nos equipamos. ¿Tenéis idea de adonde hemos de dirigirnos?
- Por el camino que seguí para venir... a través de Xylar y a lo largo de la carretera de la costa, a los pies de los Lograms, bajando por la orilla del mar hasta Penembei e Iraz.
Jorian sacudió la cabeza amargamente. - - No me veréis nunca en Xylar... No mientras sigan queriendo cortarme la cabeza.
- Entonces, ¿cómo vamos? ¿Yendo hacia el este hasta Vindium y rodeando el otro extremo de los Lograms?
- No es práctico. Nos llevaría meses y el valle de Jhukna es agreste y sin caminos. Pienso que es indispensable que viajemos por mar.
- ¡Por mar! - La voz de Zerlik era casi un alarido- . Odio el mar. Además, ¿qué iba a pasar con mi hermosa carroza?
- Vuestro hombre y vos podéis usarla para volver por el camino que vinisteis. Me encontraré con vosotros en Iraz en cuanto pueda encontrar un barco.
- Por lo que he oído, no hay mucha navegación costera, pues los piratas de Algarth asolan las costas. Además, he recibido órdenes de acompañaros, para prestaros ayuda y asistencia.
Jorian pensó que si alguien pedía ayuda sería el mimado petimetre antes que nadie. Pero se limitó a decir:
- Acompañadme mientras vuestro criado se ocupa de la carroza. Si no podemos embarcar en algún mercante costeño, tendremos que fletar nuestro propio barco, para lo que harán falta dos personas por lo menos.
- ¡Ayuir podría robarme la carroza y marcharse con ella!
- Eso, joven señor, es vuestro problema.

- No se puede considerar el que yo tenga que ir dando vueltas por el mundo sin ningún criado, como si fuera un mugriento vagabundo...
- Aprenderéis, amiguito. Os sorprenderá la de cosas que puede hacer uno cuando se empeña. - Jorian se levantó- . De todos modos, no nos podemos pasar toda la noche charlando. Voy a hacer las maletas y me encontraré aquí con vos dentro de un cuarto de hora. Decidle a vuestro ayudante que se prepare para conducirnos río abajo hacia Chemms. - Rodeó la mesa y tocó a uno de los topógrafos en el brazo- . Sube conmigo un momento al dormitorio, Ikadion.
Frunciendo el ceño sorprendido, el otro siguió a Jonan por las crujientes escaleras. En el dormitorio, Jorian sacó de debajo de la cama su ropa, espada y otras posesiones. Se colgó la vaina y metió a empellones las otras cosas en una resistente bolsa de lona. Mientras actuaba, dijo:
- Me temo que tengo que dejarte, como le dice el leopardo a la leona cuando vuelve el león a casa.
- ¿Quieres decir... quieres decir que abandonas el grupo?
- Sí. Quedas convertido en topógrafo en jefe. El Sindicato me debe el trabajo que he hecho hasta ahora. Coge mi paga y guárdamela hasta que vuelva.
- ¿Cuándo será eso, Nikko?
- No lo sé. Quizá dentro de un par de semanas, quizá dentro de un año.
- ¿Dónde vas? ¿Por qué tanta prisa y misterio?
- Porque me dan miedo los vientos del invierno y el chip chip chip de la lluvia. Cuando vuelva, te buscaré y te lo contaré todo... y recogeré mi paga.
- Los chicos lamentarán que te vayas. Eres bastante duro, pero también un buen jefe.
- Muchas gracias. Estoy seguro de que cumplirás bien con mi trabajo.
- Cierto, pero nunca podré hacerlo como tú. ¿Me equivoco si digo que tu amigo extranjero te llamó Jorian?
- No. Pero es que me ha confundido con otro hombre.
Se echó el saco al hombre y empezó a subir la escalera, seguido por Ikadion. Mirando hacia la sala que había a sus pies, bramó:
- ¿Dónde está ese maldito Zerlik? - volvió sobre sus pasos y llamó a la puerta de la habitación privada que ocupaba el iraziano.
- ¡Ya voy, ya voy! - gritó este último.
- ¡Date prisa! ¿Habéis enviado a vuestro sirviente a preparar el carruaje?
- No. Ayuir está aquí para ayudarme. ¿Pensáis que iba a hacerme las maletas yo mismo?
Jorian bufó entre dientes.
- Yo acabo de hacerme las mías y no me he muerto. ¿Qué más queréis, un huevo en la cerveza? Mandadle fuera, no tenemos tiempo que perder.
La puerta se abrió violentamente.
- Querido señor - dijo Zerlik- , si pensáis que voy a ocupar mis manos en tareas tan bajas como las de cualquier patán, simplemente para divertiros...
Jorian adquirió un peligroso tono púrpura. En aquel mismo instante, el criado de Zerlik, un hombrecillo moreno, dijo tímidamente algunas palabras en su propio idioma. Zerlik replicó brevemente, Ayuir alzó la pesada caja de madera y salió de la alcoba.
- Un instante - pidió Zerlik- . Debo echar un último vistazo para verificar que no me olvido nada.
Jorian esperó mientras el criado se tambaleaba al descender por la escalera con el pesado baúl, que depositó junto a la puerta antes de salir.
Zerlik se reunió con Jorian e Ikadion y empezaron a bajar. En aquel momento, cinco hombre sobriamente vestidos de negro penetraron en el salón del Mamut Escarlata. A su cabeza se encontraba el hombre rechoncho que, señalando a Jorian con el dedo, exclamó:
- ¡Ahí está muchachos! ¡Atrapadle! ¡Rey Jorian, en nombre del reino de Xylar, os ordeno que os rindáis!
Los cinco se precipitaron hacia adelante y rodearon la mesa a la que se sentaban los sorprendidos topógrafos. Uno de los adversarios enfiló hacia la escalera; Jorian hizo girar el saco que llevaba al hombro y se lo arrojó. El proyectil derribó al hombre, y el que le seguía

tropezó en el caído.
Sin darles tiempo para recuperarse, Jorian desenvainó la espada. Saltó por encima de los hombres abatidos y su hoja cayó silbando sobre el hombro del adversario más próximo, que empezó a aullar. Gravemente herido, se deslizó en un pantano de sangre que crecía rápidamente.
Otro hombre de negro lanzó una red sobre la cabeza de Jorian, que empezó a debatirse lanzando estocadas, pero sin conseguir incrustar la hoja entre las mallas de la red. Intentó liberarse pero, con mano experta, su enemigo empezó a apretar mientras otro se fue acercando por detrás armado con una cachiporra.
- ¡A mí, topógrafos! - Gritó Jorian- . ¡Ayuda! ¡Zerlik, echad una mano! ¡Theudus!
Saliendo de su estupor, los topógrafos se levantaron y se lanzaron contra los hombres de negro. Tres de estos últimos sacaron cortas espadas. Los topógrafos no tenían otra cosa que dagas, pero uno de ellos se hizo con un taburete y asestó un violento golpe en la cabeza del xylariano más próximo.
Theudus apareció armado con un mazo. Tras un momento de duda, para descubrir quién atacaba a quién, se puso de parte de los topógrafos. Zerlik, pataleando de impaciencia antes de enzarzarse en la riña, corrió hasta su baúl, se entretuvo en la cerradura antes de abrirlo, y sacó una ligera cimitarra.
Asaltados desde todas partes, los xylarianos abandonaron a Jorian, encerrado en la red, para poder defenderse. Jorian se aprovecho de la circunstancia para cortarla y soltarse y se lanzó contra el enemigo. Jorian era, sin duda, el más fuerte de todos los ocupantes de la habitación, y como también era la mejor espada, su entrada en la barahúnda desequilibró la relación de fuerzas.
Los combatientes se abalanzaban lanzando estocadas, puñetazos, luchando cuerpo a cuerpo, cayendo, levantándose, empleando los platos como proyectiles, tajando y golpeando sin reposo. Los gritos, el estrépito de los muebles caídos, de la vajilla rota, llenaban la habitación. La sangre corría por el suelo y empapaba la ropa. El Mamut Escarlata temblaba bajo el terrible pataleo. Desde la calle, se oía el estrépito de gritos, juramentos, amenazas, aullidos, de modo que algunos oryncianos se reunieron ante la puerta.
Aplastados por el número, los asaltantes no tardaron en verse en dificultades. Jorian ensartó a uno de los xylananos que luchaba con Zerlik. El hombre se derrumbó y, al verlo, uno de los cuatro que quedaban gritó:
- ¡Huyamos! ¡Sálvese quien pueda!
Evitaron a sus adversarios y se lanzaron al exterior. Dos de ellos cogieron a uno de sus hombres, medio aturdido por un mazazo de Theudus, y se lo llevaron. Las ropas de los tres xylarianos que quedaban ilesos se veían rasgadas y cubiertas de sangre. Dos de ellos mostraban grandes heridas en la cabeza y sus rostros parecían sangrientas máscaras. Al ver el revoloteo de las armas, los espectadores huyeron y el cuarteto se desvaneció en la naciente oscuridad.
En el interior, dos topógrafos vendaban las heridas, mientras Ikadion, sentado, con la cabeza entre las manos, se preocupaba por un chichón en la frente, producto de un golpe xylariano, que crecía a simple vista. El primer hombre al que golpeó Jorian estaba muerto; el otro escupía sangre.
- ¡Mi bella taberna! - se lamentaba Theudus, contemplando el desastre.
- No lo hemos hecho porque hayamos querido, maese Theudus - dijo Jorian, apoyado en la espada y recuperando el aliento- . Ayúdanos a limpiar, Floro. Tú también, Vileras. Haz una estimación de los gastos, Theudus, y maese Zerlik te pagará.
- ¿Qué? - exclamó Zerlik.
- Sacadlo de lo que Karadur os dio para mí.
- ¿Eres realmente el rey fugitivo de Xylar? - preguntó uno de los topógrafos con voz llena de respeto.
Jorian ignoró la pregunta y se volvió hacia Theudus, que se inclinaba sobre el xylariano herido.
- Este tipo - dijo el tabernero- puede durar horas, pero me sorprendería que escapase. Alguien

debería ir a buscar a un oficial de policía; sin duda, habrá una investigación acerca de los muertos.
- Que hagan todas las investigaciones que quieran, pero sin mí. Me voy con maese Zerlik.
Theudus inclinó la cabeza.
- No es legal salir de la ciudad antes de quedar libre de la justicia. Quizá os persigan.
- Lo siento. Soy muy respetuoso con la ley, pero no puedo esperar a que otro grupo enemigo me eche la mano encima mientras los leguleyos deliberan gravemente. Pagad a maese Theudus, Zerlik.
Mientras Zerlik rebuscaba en la bolsa, Jorian se puso el sombrero y se echó el saco al hombro.
- ¡Y, ahora, vámonos!
- ¡Pero, maese Jorian - dijo Zerlik- , es totalmente de noche!
- Tanto mejor.
- Nos perderemos y volcaremos el carro...
- No temáis, yo conduciré. Hay luna y conozco los alrededores.
Pesadamente cargado con los tres hombres y sus equipajes, el carruaje de Zerlik, tirado por un par de magníficos caballos blancos de Fedirun, alcanzó la aldea de Evrodium alrededor de la medianoche. Zerlik descendió tembloroso y dijo:
- He creído que había llegado mi hora más de cien veces, maese Jorian. ¿Dónde aprendisteis a conducir tan bien?
- Soy capaz de hacer muchas cosas, algunas bastante bien y otras no tanto - contestó Jorian, riendo- . Probablemente, soy el único aventurero que está bien entrenado para el empleo.
Cuando se sintieron seguros, Zerlik le pidió a Jorian que le explicase aquella última observación. Después de cenar, Jorian, a quien perdía la conversación, le contó:
- Entré en la carrera real por puro azar. Tendría más o menos vuestra edad y había aprendido varios oficios, como relojero y tapicero, incluso fui mercenario en la armada de Othomae. Después de aquello, me dirigí a Xylar, un poco a la aventura. Llegué al campo de maniobras, ante las puertas de la ciudad de Xylar, el día de la celebración del Sorteo de Imbal, cuando se decapita al antiguo rey y se arroja su cabeza a la multitud.
Por entonces, no conocía aquella extraña costumbre, y cuando vi que aquella cosa negra y redonda volaba hacia mí, la atrapé instintivamente. Horrorizado, me di cuenta de que era el nuevo rey de Xylar, pues había agarrado la cabeza ensangrentada de mi predecesor.
En cuanto me enteré de que yo correría la misma suerte en cuanto pasaran cinco años, busqué un modo de escapar. Intenté huir, corromper a los guardias, persuadir a los xylarianos de que cambiaran su maldito sistema, incluso emborracharme hasta casi morir, sin ningún resultado.
En aquel momento fue cuando el doctor Karadur me propuso un trato. Tenía una posibilidad de permitirme escapar empleando un encantamiento si, a cambio, yo le prestaba un servicio. No obstante, yo también sabía que, si triunfaba, los xylarianos me perseguirían hasta los confines del mundo, pues sus leyes no permiten que se elija un nuevo rey con un método que no sea el que ya os he descrito y, en consecuencia, intentarían atraparme fuese como fuese para seguir adelante con la costumbre rota por mi huida, permitiendo de ese modo que los asuntos públicos continuasen su curso.*
- ¿Qué pasa si el rey muere durante su reinado? - Preguntó Zerlik- . ¿Qué os pasará a vos si morís antes de que os capturen?
- Han previsto tales casos, pero no me conciernen, pues ni todavía estoy muerto ni tengo ningunas ganas de
* Ver el volumen 11 de esta misma colección, primer tomo de la trilogía de El Rey Reluctante, La Torre Encantada.
Hacerlo. En resumen, sabiendo que estaba virtualmente condenado - en caso de que mi evasión saliese bien- a llevar la vida de un aventurero, decidí prepararme en consecuencia, y seguí un duro entrenamiento de actor, ladrón, prestidigitador, estafador, así como diversas técnicas de lucha. Tuve por profesores a los canallas más desagradables de las Doce Ciudades, pero algunas de sus lecciones me han sido muy provechosas.
- ¿Os gusta una vida tan irregular?
- No. Mi única ambición es convertirme en un honesto artesano, o comerciante - topógrafo,

pongo por caso- , ganándome la vida correctamente, manteniendo una familia, haciendo frente a mis obligaciones sin molestar a nadie. Una vida tranquila y burguesa me vendría muy bien, pero, como el arco iris, tal ideal me parece un milagro lejos de mi alcance.
- Si sabíais que los xylarianos os perseguían, ¿por qué vinisteis a instalaros en Ir, tan cerca de Xylar? ¿Por qué no buscasteis trabajo más lejos, por ejemplo en Zolon, o en Tarxia?
- Porque los xylarianos tienen algo que todavía quiero: a mi mujer. Por eso rondo su frontera, intentando sacarla de allí.
- ¿Se trata de esa tal Estrildis que menciona Karadur en su carta?
Jorian miró a Zerlik torvamente.
- ¡Por las pelotas de bronce de Imbal! ¡Joven, me parece que os habéis tomado muchas libertades con mi correspondencia personal!
¡Oh! ¡En fin, Jorian! El doctor Karadur me pidió que aprendiera el mensaje de memoria por si se daba el caso de que la carta fuese destruida o se perdiese.
- ¡Ah, bueno, eso lo cambia todo! Sí, se trata de ella.
- He oído decir que los novananos tenéis unas ideas muy románticas acerca de las mujeres. Cuando se tienen varias, como es mi caso, uno se las toma mucho menos en serio.
- Yo también tuve varias mujeres cuando fui rey. De hecho, cinco; los xylariarios aceptan que el rey tenga varias mujeres, aunque sus subditos no tengan derecho. Supongo que será debido a la influencia meridional de los mulvanianos o los penembianos. Pero Estrildis fue la última, la única a la que elegí personalmente.
- ¿De verdad? - Zerlik ahogó un bostezo- . Me resulta difícil imaginar que se corran tantos riesgos y molestias por una sola mujer. Después de todo, ¿no son todas ellas fundamentalmente idénticas?
- No soy de esa opinión.
Zerlik se encogió de hombros.
- Me cuesta trabajo seguiros. Sin embargo, no estáis condenado al celibato, aunque no la encontréis, pues la moral novariana no tiene prohibiciones muy estrictas con respecto al adulterio y la fornicación, como pasa, por lo que he oído decir, entre los mulvanianos. Esa mujer, ¿acaso es muy rica y deseáis sus bienes?
- En lo más mínimo. Es hija de un granjero de Kortoli.
- ¿Es extraordinariamente bella?
- Ni siquiera eso. Es una hermosa muñeca, rubia como una shvenita, pero escasa de fineza y con los tobillos demasiado gruesos para un verdadero amante de la belleza femenina. No, Zerlik, es, sencillamente, eso que llamamos amor.
- ¡Oh! ¡También nosotros conocemos ese amor! En nuestro caso, sin embargo, enamorarse está considerado como una desgracia... una especie de locura que empuja a los hombres a enlazarse con mujeres que no les convienen, cosa que es causa de grandes problemas y desagrados. Generalmente, nuestros padres nos eligen esposas, con bastante cuidado y atención, recurriendo a veces a comadres profesionales, considerando los consejos de astrólogos y adivinos.
- Eso no me parece que sea amor, joven. Todo lo que puedo decir es que la compañía de Estrildis me complace más que la de cualquier otra y que espero ardientemente seguir disfrutando de ella, antes de que la muerte nos separe.
- Bien, os deseo que la volváis a ver. Pero, ¿no termina uno de hartarse de una sola mujer?
- Eso depende. He probado vuestro sistema y, de todos modos, no creo en él. -¿Y eso? - Conozco un poema que lo explica:

Tened compasión del hombre con varias esposas. Cuando se alteran, él las quema en calma, Y todos sus esfuerzos son en vano, estalla la riña, Y se lían a gritos, golpes e, incluso, navajazos. Casi es maravilloso que sobreviva a tales dramas.
Llorad por el pobre dueño de tantas amantes, Pues, cuando están en paz, charlotean sin cesar; Para saciar sus deseos, abusan de su debilidad Y todas le colman de caricias Para que al fin se incline y vencido se rinda.
Apiadaos del pobre polígamo

Que todas las noches debe probar su llama
Y elegir en todo su harén una mujer,
A la que encantar y satisfacer en cuerpo y alma,
Si quiere que su familia viva en calma.
- ¿Quién compuso ese poema?
- Un oscuro juglar llamado Jorian, hijo de Evor. De todos modos, me basta una mujer cada vez. Cuando encuentre a la mía, me contentaré con una esposa, una casa y un oficio honesto. - Jorian bostezó- . Si queremos estar en pie antes del alba, hemos de acostarnos.
- Apenas nos quedan cuatro horas de sueño.
- Sí, pero tendremos que hacer un duro viaje si queremos llegar a Chemnis antes de que caiga la noche.
- ¿Queréis llegar a Chemnis en una sola jornada?
- Naturalmente. Cuatro de aquellos truhanes escaparon, y los xylarianos no tardarán en volver a encontrar mi pista.
- ¡Vais a reventar a mis pobres caballos!
- No lo creo, pero, si así fuera, un caballero como vos podría conseguir un nuevo par fácilmente.
Pasado Evrodium, el camino se desviaba hacia el norte para llegar a confluir en el que enlazaba directamente con la villa de Ir, en Chemnis, el puerto principal de la República, situado en la desembocadura del Kyamos. Cuando el carruaje de Zerlik empezó a recorrer el camino que, corriendo paralelo al río, descendía hasta Chemnis, situada en las orillas del estuario, un bosque de mástiles y vergas apareció por encima de los tejados, destacando sobre el mar. Numerosos navios estaban listos para el invierno, antes que de costumbre, a causa de las incursiones de los piratas de Algarth, que frenaban el tráfico marítimo.
Al día siguiente al de su llegada a Chemnis, Jonan y sus compañeros se dirigieron al muelle a primera hora. Zerlik aún se dolía de las sacudidas de la víspera y su paso no era muy seguro. Jorian protestó:
- Cuando yo era rey, estos filibusteros ni siquiera asomaban la nariz. Creé una marina real, de la que yo era almirante. Entre nosotros al sur y la flota de Zolon al norte, no se veía ni la sombra de una vela en toda la costa oeste de Novaria. Pero, desde que partí, sólo se ocupan de los barcos los gusanos, y el nuevo almirante de Zolon está más interesado por los uniformes de gala que por las salidas a mar abierto.
Zerlik parecía cada vez más preocupado. Al fin dijo:
- Maese Jorian, me parece que cuando Su Majestad me confió esta misión, no tenía intención alguna de que los piratas me rebanaran el cuello.
- ¿Tenéis miedo?
- ¡Maldición, un hombre de mi condición no tolera tales insultos!
- Guardad la daga, joven. Sólo era una pregunta.
- He blandido la cimitarra a vuestro lado para enfrentarme a vuestros enemigos. Pero me parece que es mera locura embarcarnos solos en una cáscara de nuez. Si esos malditos canallas nos capturan, ¿qué oportunidades tendremos?
Jorian frunció el ceño.
- Actualmente, no hay ningún navío que asegure un servicio regular hasta Iraz; podemos elegir entre comprar o alquilar un navio o no movernos de aquí. No es muy interesante alquilarlo, pues el propietario nos pediría una fianza tan grande que nos traería más cuenta comprar el barco. Y, no obstante, lo que decís no es totalmente carente de sentido.
¡Lo he encontrado! Seremos dos pobres pescadores que han tenido mala suerte con la pesca.
Llegaron al puerto, y Jorian consultó una lista de embarcaciones en venta.
- Veamos, el Divrunia debe estar por allí, el Pez Volador un poco más allá, y el Psaanius en la otra dirección...
Jorian partió en busca de un corredor marítimo cuyo nombre le facilitaron. El corredor les guió por el puerto, y Jorian pudo examinar los barcos durante toda la mañana. En la taberna en que comían, Jorian le dijo a Zerlik:
- Creo que el Pez Volador nos vendrá a la perfección, si es que maese Gatorix acepta

vendérnoslo por un precio razonable.
- ¿Qué? - Preguntó Zerlik- . ¡Es una birria! ¿Por qué...?
- Olvidáis, joven, que somos unos miserables pescadores. Un navio como el Divrunia, tan brillante como un yate real, no nos conviene en lo más mínimo. Debemos prestar mucha atención a los detalles.
- ¡No cabe duda de que el Pez Volador apesta a pescado! ¿Por qué no buscamos un navio de guerra... por ejemplo, alguno de esos birremes irinianos anclados allí? Con una tripulación bien armada, no tendríamos nada que temer de los filibusteros.
- Primero, esas galeras pertenecen a la República de Ir, y nada nos autoriza a pensar que el Sindicato esté dispuesto a vender ninguna. Segundo, tal asunto requeriría, al menos, varios meses de negociaciones y, entretanto, los xylarianos me pondrían la mano encima. Tercero, ¿contáis con cien mil marcos, que es lo que vale ese navio? ¿Y otros tantos para contratar la tripulación?
- Nnnno... pero mi ropa...
- Tenemos que vestirnos como pescadores, de modo que no temáis por vuestras ropas de ceremonias. Iremos con harapos, y apestaremos.
-¡Puagh!
- Además, el casco del Pez Volador es bueno, y el aparejo está en buen estado. A causa de su bao es un poco lento, pero nos llevará, de todos modos, adonde queremos ir. Acabad la comida y vayamos a buscar a maese Gatorix.
Encontraron al corredor y Jorian le dijo:
- Nos gustaría echar otro vistazo al Pez Volador; pero no hay ni que mencionar los mil marcos; por ese precio podría comprar un trirreme zolomano...
Tras dos horas de regateos, Jorian hizo bajar el precio a seiscientos cincuenta marcos.
- Creo - dijo entonces- que podemos cerrar el trato, maese Gatorix. Naturalmente, nos proporcionaréis un reloj solar, un mapa y un astrolabio...
Negociaron un poco aquel punto y, a continuación, Jorian empezó a interrogar al corredor sobre distancias, vientos y corrientes entre Chemms e Iraz. Gatorix le dijo que, aun con el tiempo favorable, el viaje duraría, por lo menos, ocho días. Jorian hizo sus cálculos y envió a Zerlik y a Ayuir a comprar provisiones. Cuando volvieron, seguidos de unos porteadores cargados de sacos de galletas, carne salada, manzanas, pescado, sal, junto con una red, cabos, anzuelos y ajadas ropas de pescadores, encontraron de nuevo a Jorian discutiendo con Gatorix.
- Intento hacerle incluir este catalejo en el trato - explicó Jorian- . Quiere cien marcos más.
- ¡Por el gran Ughroluk! - Gritó Zerlik- . ¡En Iraz se consiguen de mejor calidad por mucho menos!
- Naturalmente - replicó Gatorix- , pues fuisteis los irazianos los que inventasteis el procedimiento y quienes los fabrican, por eso son más baratos allí que aquí.
Jorian, para probar el instrumento, miraba maquinal-mente hacia el este. Sin decir palabra, se detuvo durante un instante; acto seguido, cerrando el catalejo con un golpe seco, dijo con voz alterada:
- Pagadle a Gatorix esos cien marcos, Zerlik.
-Pero...
- No hay peros que valgan. Nos llevamos el catalejo sin discusiones.
- Pero...
- Y ayudadme a subir todo esto a bordo... y deprisa.
- Vamos, señores - dijo Gatorix- , ¿no iréis a zarpar tan tarde?
- No queda otra - replicó Jorian- . Deprisa, Ayuir; y también vos, Zerlik.
De un cuarto de hora a media hora más tarde, el Pez Volador, aparejado, descendía por el estuario. Era un barco de dos mástiles de velas latinas, con el casco azul y el velamen amarillo. A proa se alzaba una vela mayor y, a popa, una cangreja. Sentados a ambos lados de la cabina, Jorian y Zerlik se ocupaban cada uno de un remo. Jorian no podía emplear toda su fuerza si quería que el navio avanzase en línea recta. Era más fuerte que Zerlik, tanto que, si se hubiera empleado a fondo, el Pez Volador habría empezado a girar en redondo.

Mientras se alejaban a exasperante lentitud, Ayuir, en el muelle, les despedía efusivamente; poco después desapareció rumbo al albergue. El Pez Volador se alzaba y saltaba sobre las olas, empujado por el estuario por un fuerte viento del oeste. El sol aún estaba alto y ardiente en un cielo azul claro.

- Espero que todo le vaya bien hasta Penembei - opinó Zerlik con voz preocupada. (El joven iraziano estaba verdoso.)- . Apenas habla unas cuantas palabras de novariano.

- ¡Pobre muchacho! Le tendría que haber dado algunas lecciones.

- ¡Oh! ¡No es él el que me preocupa, sino mi espléndido carruaje y todo mi equipaje! Me resultará fácil conseguir otro criado.

Jorian masculló entre dientes.

- Perdonadme - pidió Zerlik- . He oído hablar de esas extrañas ideas que se han difundido por Novaría sobre el respeto que se debe a las clases inferiores, y creo que será mejor que controle mis opiniones. ¿Por qué no ponemos ya las velas?

- Antes, debemos alejarnos de la orilla, si no queremos que la brisa del mar nos empuje hasta ella y nos aplaste contra las rocas.

Remaron en silencio durante un tiempo hasta que Zerlik pidió:

- Dejadme descansar unos instantes. Estoy agotado.

- Muy bien. ¿Qué lengua habláis en Penembei?

- El penembiano, claro.

- ¿Se parece al fediruniano? Hablo bastante bien el fediruniano, así como el mulvaniano y el shvénico.

- No. El penembiano no se parece a ninguna otra lengua - de esta parte del mundo, al menos- , aunque tiene bastantes palabras de origen fediruniano y mulvaniano. Nuestra dinastía es de origen fediruniano, como ya sabréis, pero eso ocurrió hace mucho tiempo. El rey Juktar era un jefe nómada de Fedirun. Pero antes de eso, un aventurero novariano ya había fundado la ciudad y una dinastía. El penembiano es un idioma mucho más preciso y lógico que los dialectos novarianos. Casi todos nosotros hablamos un poco fediruniano, pues es la lengua de culto de nuestro gran dios Ughroluk.

- Tendréis que enseñarme el penembiano.

- Con mucho gusto. Al menos no tendré la mente ocupada constantemente en este maloliente olor a pescado. Decidme, ¿por qué aceptasteis el exorbitante precio que os pidió Gatorix por ese anteojo? ¿Por qué aquella súbita prisa?

Jorian se rió entre dientes.

- Miraba cómo descendía el Kyamos con el catalejo cuando observé a un escuadrón que bajaba por el camino que bordea el río. Apenas veía unos puntitos, pero tuve la impresión de que se trataba de guardias xylarianos... ¡Echemos un vistazo!

Jorian se dirigió a la cabina para tomar el catalejo. Empezó a escrutar la costa.

- ¡Por las tetas de marfil de Astis! ¡Esos canallas están en el muelle!

- Pasadme el catalejo - dijo Zerhk.

En el aparato se podía ver en el muelle a un grupo de hombres vestidos de negro; uno de ellos sujetaba los caballos mientras los demás discutían con algunos chemnitas. Incluso se les veía gesticular.

- Esperemos que no consigan embarcación con la que perseguirnos por mar - murmuró Jorian- . Siendo ocho contra dos, nos cogerían en muy poco tiempo. ¡Remad más fuerte!

Tras unos momentos, Zerlik preguntó:

- ¿No podríamos alzar las velas ahora?

- Podríamos, pero no contéis mucho con ellas. Con este viento que nos empuja hacia la costa, tendremos que barloventear hasta que lleguemos a mar abierto, y no sé cómo se comportará nuestra barca. Pasadme el catalejo. ¡Veinte mil demonios! ¡Han encontrado una embarcación y la están aparejando! ¡Estamos listos!

II
EL PEZ VOLADOR

Debemos izar las velas inmediatamente - dijo Jorian.
- ¿Cómo? - preguntó Zerhk- . Nunca he navegado.
- Empecemos por ponernos de cara al viento.
Remando vigorosamente, Jorian hizo girar la proa del Pez Volador hacia el oeste. La pequeña embarcación cabeceó peligrosamente al chocar con las olas. Jorian dejó el remo.
- Ahora, mantenedla en esta posición mientras izo las velas. ¡Que el diablo me lleve!
- ¿Qué pasa?
- Me había olvidado de que las velas estaban agoladas.
- ¡Creía que erais un marinero avezado!
- ¡Callaos y dejadme pensar!
Jorian no tardó en deshacer los nudos de la cangreja.
- También mi piel está en juego - dijo Zerlik dolientemente.
- No temáis por vuestra preciosa piel. Ellos sólo me quieren a mí.
- Si empezamos a combatir, no creo que hagan tan sutiles distingos...
Jorian, ocupado con las drizas de la cangreja, no se molestó en contestar. Le vela se fue alzando a trompicones. La cangreja amarilla chascaba y batía al compás del viento. Jorian gritó:
- ¡Mantened el barco de cara al viento!
- ¿Por qué no nos limitamos a emplear sólo esa vela?
- Está demasiado atrás y el barco se gobernaría mal.
- No comprendo nada de todas esas expresiones técnicas. Nuestros perseguidores nos ganan terreno.
La negra barca, propulsada por ocho remos, ya había recorrido la mitad de la distancia que separaba al Pez Volador del muelle. Zerlik preguntó:
- ¿Por qué no izasteis primero la vela delantera?
- Porque primero debe izarse la de popa. Si empezásemos por la de proa, el viento haría girar al navio sobre su eje y nos encontraríamos dados la vuelta, que es al último sitio al que queremos ir.
Jorian amarró la driza y se dirigió hacia el mástil mayor. Un instante más tarde, Zerlik escuchó un juramento estentóreo.
- ¿Qué pasa ahora? - preguntó.
- ¡Ojalá que los diablos se entretengan mil años con el hijo de perra que ha agolado esta vela! La ha atado a la proa y no se ve el nudo.
- Daos prisa, pues, si no, los xylarianos se nos van a echar encima.
Los perseguidores estaban ya tan cerca que se les distinguían los rostros.
- Hago lo que puedo. ¡Cerrad la boca y mantened el rumbo!
La verga de la vela mayor, donde se encontraba atada la vela, sobrepasaba la proa en varios pies. El nudo que retenía la driza estaba en el extremo de la verga. Jorian debió reptar para alcanzarlo, agarrándose con la mano izquierda, apoyando los pies en el ancla, mientras tanteaba en el extremo de la verga con la mano libre. Deshacer un nudo apretado no es un asunto sencillo, pero si, además, uno sólo puede emplear una mano y se debe hacer a ciegas, la tarea es muchísimo más delicada.
El fresco viento alzaba las olas cada vez más en el estuario. El Pez Volador saltaba como un caballo salvaje con cada impacto. El casco de la pequeña embarcación crujía con cada sacudida.
Bamboleado por cada ola, subiendo y bajando en cada ocasión más de ocho pies, Jorian se agarraba a duras penas a la verga. El sol, casi a punto de ponerse, irradiaba oro sobre las olas que cegaba a Jorian más vivamente que si estuviera mirando un brasero.
La barca se les acercaba. Los xylarianos estaban ya al alcance de un tiro de flecha, pero Jorian sabía que no se atreverían a emplear los arcos. En primer lugar, porque el viento desviaría las saetas, y, en segundo, porque le querían vivo.
- ¡Maldito Zevatas! - exclamó cuando el viento se le llevó el sombrero, que se posó suavemente en la cresta de una ola y empezó a flotar a su antojo en el estuario.

- ¡Jorian! - exclamó Zerlik- . Uno de los hombres está preparando un lazo.
Cuando todo parecía perdido, Jorian notó que el nudo se aflojaba bajo sus dedos crispados. La negra canoa estaba tan cerca que les podrían haber alcanzado con un escupitajo. El nudo se deshizo finalmente. De manera febril, Jorian soltó la vela y, recogiéndola, la echó hacia atrás. Cayó sobre Zerlik y le envolvió como si fuera una pitón. Intentando liberarse, soltó el remo.
- ¡Manteneos de cara al viento! - aulló Jorian, ocupado con la verga mayor.
Zerlik se libró de la vela y recuperó el remo.
- ¡Atención al lazo! - exclamó.
Un xylariano acababa de arrojarlo, pero el lanzamiento, demasiado corto, terminó en el mar. La vela mayor amarilla subió poco a poco. Se hinchó de golpe y la sacudida repercutió en toda la nave.
- ¡Amuras de estribor! - gritó Jorian.
- ¿Qué es eso?
- ¡Oh! ¡Grandes dioses! ¡Que el viento viene de la derecha, animal!
Zerlik tomó el remo e hizo lo que le mandaba. Según viraba el barco hacia babor, el viento hinchó las velas violentamente. El Pez Volador empezó a avanzar, adquiriendo cada vez mayor velocidad.
Jorian volvió arrastrándose hacia atrás y vio que el xylariano estaba enrollando la cuerda. Su negro capuchón se había bajado, descubriendo una larga cabellera amarilla. Sin duda, se trataba de un nómada de las estepas de Shven, pensó Jorian. Xylar contrataba a menudo a aquellos nórdicos en la guardia real, sobre todo por la habilidad que tenían para manejar el lazo, pues la tarea principal de tales guardias no era proteger al rey, sino impedirle escapar y capturarle vivo si es que lo conseguía.
Aquella vez, Jorian se encontraba a la distancia propicia. Se precipitó a la cabina.
- Dejad el remo - le dijo a Zerlik- y sujetadme firmemente por el cinturón, a la espalda.
- ¿Para qué?
- Ya lo veréis.
El remo cayó en el fondo de la nave. Jorian se incorporó, con una mano sobre el mástil de la cangreja, con la otra les hizo burla a los xylarianos. Zerlik le cogió del cinturón como le pedía. El xylariano apoyó un pie en la borda para asegurar el lanzamiento.
Impulsado por el viento, el lazo silbó en el aire y se enroscó alrededor de los hombros de Jorian, que agarró la cuerda con las dos manos y tiró de ella con un golpe seco, ayudado por Zerlik. ¡Salas! El xylariano perdió el equilibrio y cayó al agua.
Lanzando gritos de rabia, los xylarianos dejaron de remar y le tendieron los remos al zambullido. Llevado por el impulso, uno de ellos le golpeó en la cabeza con el remo. El hombre se sumergió, aunque no tardó en volver a aparecer.
El Pez Volador ganaba velocidad. Jorian se acuclilló en la cubierta, sujetando el timón con una mano y alzando la cuerda con la otra. Le hizo una mueca a Zerlik.
- ¡Nunca se llevan bastantes cuerdas en un barco!
La embarcación adversaria se fue quedando atrás mientras los xylarianos izaban a bordo a su camarada, empapado como una sopa.
- ¿Estamos ya a salvo? - preguntó Zerlik.
- No lo sé. El Pez Volador parece que se comporta bien con el viento de cara, pero ya veremos qué pasa cuando haya que arriar las velas.
- Y eso significa...
Jorian explicó las características de las velas latinas y las ventajas e inconvenientes de tener que modificar la posición de las vergas con cada bordada. Miraba hacia adelante con aspecto preocupado, hacia la parte más alejada del estuario, cuyas características se iban concretando a medida que se acercaban: una larga línea verdosa formada por pantanos y bosques alternando con campos de labranza y aldeas.
- Pasad adelante, Zerlik, y vigilad los bajíos. Podemos encallar.
- ¿Qué debo hacer?
- Mirad el fondo y gritad cuando creáis verlo.
Tras un momento, Jorian oyó gritar a Zerlik; bajó el timón suavemente y el Pez Volador viró

a babor. La pequeña nave respondía bien y viraba a un lado tan rápidamente como a otro. Zerlik le advirtió:
- Los xylarianos no han abandonado todavía, Jorian; intentan cerrarnos el paso.
Jorian se colocó la mano a modo de visera. Remando contra el viento, sus perseguidores se dirigían penosamente hacia mar abierto. El Pez Volador se desplazaba mucho más deprisa que la barca, pero los xylarianos habían calculado el ángulo de la siguiente abordada y remaban obstinadamente hacia el lugar por el que tendría que pasar el velero por necesidad.
- ¿No nos hará falta virar de nuevo si llegamos demasiado cerca? - preguntó Zerlik.
- Quizá, pero ellos siempre estarán al sur con relación a nosotros. Podrían adentrarse más en el mar e interceptarnos en la siguiente bordada. Tengo una idea mucho mejor.
Con un brillo de audacia en la mirada, Jorian mantuvo el rumbo. Se acercaban a la barca.
- Ahora - dijo Jorian- , tomad el altavoz, id a proa y gritadles que mantendremos el curso. Que se aparten si no quieren ser embestidos.
- Jorian! ¡La colisión hundiría los dos navios!
- Haced lo que digo.
Agachando la cabeza, Zerlik se dirigió a proa y gritó su advertencia. Los xylarianos se volvieron hacia el Pez Volador, que se les echaba encima. Se produjo a bordo cierto desorden mientras los guardias preparaban redes y lazos. El Pez Volador siguió en su rumbo.
- ¿Sabéis nadar, Zerlik? - preguntó Jorian.
- Un poco, pero no lo bastante para llegar hasta la costa. ¡Grandes dioses, Jorian! ¿Tenéis de verdad intención de embestirles?
En el último momento, la barca se puso en movimiento. Los remos batieron furiosamente contra las olas e iniciaron la maniobra de retroceso. El Pez Volador pasó tan cerca de la barca que fue sacudido por el remolino de su estela. Uno de los xylarianos se incorporó para increparles con el puño, pero sus camaradas le contuvieron.
- ¡Uf! - respiró Zerlik- . ¿Les habríais golpeado?
Jorian hizo una mueca.
- ¡Nunca lo sabréis! Pero, con este barco, no me habría costado trabajo esquivarles. En todo caso, ahora podemos poner rumbo a Iraz, siempre que las tormentas, la falta de aire, los monstruos marinos y los piratas no se inmiscuyan. Ahora, perdonadme si los abandono, pero voy a rezar a Psaan para que nos libre de tales peligros.
Llegó la noche, pero la brisa seguía soplando. Tras devolver el desayuno, incapaz de tragar nada para cenar, Zerlik se lamentaba, con la cabeza entre las manos.
- ¿Cómo lo conseguís? - Preguntó, observando con desagrado a Jorian que, con una mano en el timón, devoraba una consistente comida- . ¡Coméis de sobra para los dos!
Jorian mordió una manzana, se tragó el bocado y contestó:
- En otro tiempo, también, yo me vi afectado por la enfermedad del mar. Durante la primera incursión que dirigí contra los piratas, cuando fui rey de Xylar, me puse malo como un perro. Era como ese personaje de la opereta Las enaguas del Barco Feliz, de Galliben y Silfero, la que canta intrépidamente el capitán pirata.
- No la conozco. ¿Podéis cantármela?
- Puedo intentarlo, aunque se trate de una actividad a la que no he dedicado todavía el tiempo suficiente.
Con voz baja y fuerte, ligeramente falseada, Jorian atacó:

¡Soy el intrépido capitán pirata, Que carga sus navios de joyas y oro, Y mata, a sus cautivos, jóvenes y viejos Para reinar en el rabioso mar, oh!
¡Si el viento es caliente o frío, Mi nave ancha o estrecha, De cuanto me rodea soy el rey
Cuando cruzo libre el océano, oh!
¡Pese a los tesoros que llenan la cala, Aunque mis botines se pagan bien, Tengo un secreto que nunca diré:
Que en la mar enfermo como un perro, oh!

- No está mal - dijo Zerlik- . Me gustaría aprenderla. No conozco ninguna canción novariana.

Empezó a cantar con voz de tenor, aguda, pero firme.
- Nunca conseguiré cantar tan bien como vos - dijo Jorian, tras acompañar a Zerlik en el cántico.
- Entre nosotros, el canto forma parte de las cualidades de cualquier caballero que se precie de tal. ¿Cómo conseguisteis libraros del mal del mar?
- Bueno, fue gracias a Psaan...
- ¿Gracias a quién?
- A Psaan, el dios novariano del mar. Cuando mi cuerpo se hubo acostumbrado, el mal del mar desapareció definitivamente. Quizá acabéis por acostumbraros. A propósito, mi pasado tan... , bueno, turbulento, ¿es conocido en Iraz?
- Por lo que yo sé, no.
- Entonces, ¿cómo lo conocíais vos?
- El doctor Karadur me explicó que fuisteis rey de Xylar y que le acompañasteis a Mulvan y a Sirven para que pudiera reconoceros más fácilmente. Me hizo jurar que guardaría el secreto.
- Un punto para él. Karadur es un sabio, aunque a veces pierda la cabeza. Cuando lleguemos a vuestro país, me gustaría que no dijeseis ni una palabra sobre mis funciones reales o mis otras aventuras. Para los irazianos, seré, sencillamente, un simple artesano. ¿Entendido?
- Perfectamente, señor.
- Venid aquí y tomad el timón. Debe ser la hora del buho y me hace falta dormir un poco.
- ¿Puedo navegar más cerca de la costa? Apenas se ve la orilla y todo este agua a mí alrededor me desconcierta.
Zerlik esbozó un gesto en dirección al este, donde la tierra se dibujaba como una delgada línea negra entre el cielo y el mar, iluminada por la naciente luna. Irradiaba destellos plateados sobre las olas que corrían entre la orilla y el Pez Volador.
- ¡Grandes dioses! - ¡Claro que no! - exclamó Jorian- . Con una costa batida por el viento, cuanto más lejos estemos, mejor. Mantened el bote a esta distancia y despertadme si ocurriese algo.
A la mañana siguiente, el viento seguía soplando del oeste, moviendo pequeñas nubes por el cielo. Zerlik se lamentaba del dolor de cabeza, pero consiguió, tras recurrir a todo su coraje, tragar algo de alimento. Jorian, que había reemplazado el sombrero por un pañuelo anudado al estilo pirata, tomó el timón. Guiando el Pez Volador, empezó a interrogar a Zerlik sobre el penembiano. Tras una hora de explicaciones, se golpeó la frente en señal de desesperación.
- ¡Por todos los dioses! - exclamó- . ¿Cómo os las habéis arreglado los penembianos para crear un idioma tan difícil? Puedo comprender que haya tiempos de indicativo, interrogativo, imperativo, condicional y subjuntivo; pero que a todos ellos se añadan además el optativo, el causativo, el dubitativo, el relativo, el acelerativo, el narrativo, el continuativo y...
- ¡Es evidente, mi querido Jorian! Pretendemos que nuestro idioma sea superior a todos los demás. Permite expresar exactamente lo que uno quiere decir. Tomemos nuevamente el aonsta perfecto relativo del verbo dormir. En novanano, diríamos: Decían que tenía la costumbre de dormirme, pero en penembiano podemos expresar todo eso con una sola palabra...
- Una sola palabra con treinta y seis sufijos - rezongó Jorian. Un instante más tarde, añadió- : Sin duda, me tendría que haber contentado con aprender las expresiones más sencillas, como buenos días y ¿cuánto?. Creía que estaba bien dotado para los idiomas, pero vuestro sistema gramatical me confunde.
- Al principio, quizá sí, pero cuando conozcáis las reglas, os bastará con observarlas para hablar correctamente. No tenemos ninguna de esas irregularidades o excepciones que hacen tan irritante el novariano.
Hacia la mitad de la mañana, el viento y el mar se habían calmado. Sintiéndose mejor, Zerlik paseó por el pequeño bote, aprendiéndose los nombres de los palos, cabos y las diferentes partes de la embarcación.
- Ahora ya soy un verdadero lobo de mar - exclamó en un acceso de entusiasmo. De pie sobre la borda, junto al mástil de la cangreja, empezó a bramar Las enaguas del Barco Feliz. Al llegar al final, soltó la verga para adoptar una postura teatral. En aquel instante, el Pez

Volador se encabritó sobre una ola alta. Con un grito de angustia, Zerlik cayó al mar.
- ¡Por el culo de bronce de Vaisus! - Exclamó Jorian empuñando el timón- . El Pez Volador hizo cara al viento y las velas empezaron a flamear. Jorian atrapó el lazo que le quitara al xylanano, ató un extremo a una cornamusa y lanzó el otro a Zerlik, cuya cabeza aparecía y desaparecía entre las olas.
Al tercer lanzamiento, al fin, Zerlik la atrapó y Jorian tiró de él y le subió por encima de la borda, agarrándole del capuchón. Zerlik, atrozmente enfermo, tosía, escupía, estornudaba, tenía convulsiones. Jorian le dijo:
- ¡Eso os enseñará a tener siempre un punto de apoyo cuando estéis lejos de la cubierta! Recordad esto: una mano para vos, una mano para el barco.
- ¡Ghrlp! - le contestó Zerlik.
El viento amainó. El sol desapareció en una capa de bruma que rodaba sobre el mar.
- Esa bruma - explicó Jorian- traerá la calma. Lo mejor será que nos acerquemos a la costa y anclemos la nave.
Una hora más tarde, los primeros bancos de bruma alcanzaron al Pez Volador, Jorian arrojó el ancla y recogió las velas. El mar parecía de aceite y las olas apenas tenían la fuerza necesaria para acunar el barco suavemente. Jorian y Zerlik achicaron el agua de la cala con un cubo y una esponja.
Cuando desapareció la luz del día, la oscuridad se espeso, pues la luna no se levantaba más que varias horas después de la puesta de sol. Jorian encendió una linterna. Cuando Zerlik y él se cansaron de los cursos de idiomas, decidieron jugar. Jorian ganó algunos marcos.
- Nunca faroleéis más de una vez por mano - dijo- . ¿Queréis que haga el primer turno de guardia?
- No. Con toda el agua que he tragado, no conseguiría dormir.
Jorian se despertó súbitamente.
- He oído un ruido - susurraba Zerlik.
Bostezando y frotándose los ojos, Jorian salió de la cabina. La luna se había alzado y brillaba como un disco de ópalo entre la bruma. El océano parecía más calmado que un lago y Jorian se sentía desorientado.
Se escuchaba un ruido cadencioso. Jorian prestó oído y dijo:
- Son los remos de una galera.
- ¿Qué clase de galera?
Jorian se encogió de hombros.
- De las de Ir, Xylar o los piratas algarthianos.
- ¿Qué harían galeras de Ir o Xylar en estas tinieblas?
- No lo sé. El poder marítimo de esos dos Estados está en decadencia... Ir, porque el Sindicato es demasiado avaro como para mantener una flota, y Xylar, porque ya no estoy yo allí para mantenerla en marcha. De ello deduzco que todos los navios de esos dos Estados estarán al abrigo de los puertos, de modo que sólo pueden ser los piratas.
- Me gustaría pensar que también los algarthianos tendrían miedo de embarrancar, como nosotros.
- Ellos cuentan con magos que gracias a sus dotes de doble visión pueden prevenirles cuando un arrecife o un banco de arena está cercano. También pueden advertir las tempestades y la bruma. No tenemos que preocuparnos, al menos, mientras no nos oigan.
- Un caballero penembiano - dijo Zerlik- se avergonzaría de verse obligado a mantener silencio por miedo a tales canallas.
- Sed todo lo caballeroso que queráis cuando se trate sólo de vos, pero, en este caso, recordad que también mi vida está en juego... como ya observasteis el otro día vos mismo. Como no soy ni penembiano ni caballero, prefiero salvarme escondiéndome, y me preocuparé muy poco si no dejo mi valor en buen lugar. Ahora, cerrad la boca.
- No tenéis ningún derecho a hablarme en ese tono... - replicó Zerlik indignado. Jorian le dispensó una mirada tan feroz que el joven prefirió no añadir nada.
El ruido de los remos iba en aumento. El redoble del tambor del timonel y algunos fragmentos de conversación se mezclaban con el chapoteo de los remos. Jorian escuchó atentamente.

- No consigo reconocer su idioma - susurró Jorian.
Los ruidos fueron disminuyendo antes de desvanecerse a lo lejos.
- ¿Podemos hablar ya? - preguntó Zerlik.
- Creo que sí.
- Decidme, si esos magos pueden anticipar el tiempo, ¿por qué no pueden controlarlo?
- Ver es una cosa, hacer es otra. Hay muy pocos magos capaces de mandar en las olas y los vientos, y muy a menudo sus esfuerzos no son concluyentes. Por ejemplo, tomad el caso del rey Fusinian.
- ¿Qué historia es ésa?
Jorian se instaló cómodamente.
- Fusinian, hace ya muchos años, fue rey de Kortoli, mi país natal. Era hijo de Filoman, el Bienintencionado, y fue apodado Fusinian el Zorro a causa de su pequeño tamaño, su delgadez y la vivacidad de su mente.
Un día, el rey Fusinian invitó a los principales personajes de su corte a un almuerzo en la playa de Sigrum, a pocas leguas de la ciudad de Kortoli, donde las olas del Mar Interior se rompen en playas de arena plateada. Es un lugar muy agradable para acampar, nadar y todas las distracciones de ese estilo. La playa describe una curva muy amplia al pie de un pequeño acantilado. El rey Fusinian, su bienamada esposa, la reina Thanuda, y los hijos reales fueron a aquel lugar acompañados por los nobles del reino con sus esposas e hijos.
Uno de los invitados, un primo lejano del rey, llamado Forvil, ocupada la sinecura de conservador del museo de arte real. Gordo y perezoso, Forvil daba a todos los que le conocían - incluido el rey- la impresión de una estupidez inofensiva. Pero, en realidad, Forvil alimentaba una ambición desmesurada: quería ser rey, en la época en que se sitúa la aventura de la excursión, y ya había empezado a maquinar sus intrigas.
En presencia de Fusinian, sin embargo, Forvil no se apartaba jamás de la más servil adulación. En aquella ocasión se sobrepasó, pues dijo:
- Su Majestad, los criados de Su Majestad han instalado las mesas y las sillas del almuerzo en un lugar que quedará inundado con la marea alta.
- ¿De verdad? - preguntó Fusinian, abriendo los ojos a causa de la sorpresa- . ¡Por Zevatas, tienes razón! Daré las órdenes oportunas para que coloquen todo un poco más arriba.
- ¡Oh, Su Majestad, eso no sería nada útil! - aseguró Forvil- . Los poderes de Su Ilustre Majestad son tan grandes que bastará con que le ordenéis a la marea que se retire para que ésta os obedezca.
Las mareas del Mar Interior son más débiles que las que se encuentran en estas costas, pero, de todos modos, son lo bastante importantes como para empapar a una bandada de excursionistas que se instalen despreocupadamente por debajo del nivel de las aguas más altas.
- No digáis estupideces - contestó Fusinian, alejándose para impartir las órdenes necesarias para que movilizaran las mesas y sillas.
- ¡Sire, es evidente! - insistió Forvil- . Si no me creéis, ordenádselo al flujo y lo veréis!
- ¡Maldita sea, lo haré! - bramó Fusinian, que empezaba a preocuparse preguntándose si Forvil no intentaría burlarse de él- . Y tú, querido primo, verás cuántas estupideces dices.
Fusinian se levantó, hizo con las manos algunos movimientos que pretendían ser pases mágicos y gritó:

Hocus pocus
¡Párate!
¡No nos mojes!

A continuación, se sentó, siguió con el interrumpido almuerzo y dijo:
- Si nos empapamos, Forvil, pagarás todo lo que nos cueste reponer el vestuario.
Los invitados se conformaron con la actitud del rey y siguieron sentados, aunque a disgusto, pues, por un lado, temían estropear sus ropajes de ceremonia si se quedaban, y, por otro, no podían hacer una afrenta al rey salvándose cuando él, estoicamente, se quedaba. Las cosas

siguieron así durante el resto de la comida, hasta que llegó el momento en que sirvieron los vinos que acompañaban los postres.
Pero, por extraño que parezca, la marea no apareció a la hora prevista. La gente miraba subrepticiamente sus relojes solares, interrogándose mutuamente con la mirada y observando - con creciente respeto- a su divertido rey, que comía y bebía con un aspecto muy campechano. Al fin, no quedó ninguna duda: la marea se había retrasado. Forvil contemplaba al rey, con el gordo rostro tan pálido como si fuera de mármol.
Fusinian estaba intrigado por aquel fenómeno, pues sabía muy bien que no había lanzado ningún encantamiento mágico ni recurrido a ninguna horda de demonios para que contuvieran la subida de la marea. Y, mientras reflexionaba - impasible- , uno de sus hijos se acercó a él y le dijo:
- Papá, una dama que hay en aquella colina nos ha pedido que te demos esto.
Fusinian vio que el billete provenía de la maga, que habitaba en las montañas del sur de Kortoli, y que ocupaba, desde hacía mucho tiempo, el puesto de primera hechicera del reino. De hecho, ella no había conseguido la licencia de adivina a causa de una querella que la oponía desde hacía mucho tiempo con el despacho de Comercio y Licencias de Fusinian. Sin ser invitada, acudió a la excursión, esperando convencer al rey de que interviniera ante su administración. Cuando, gracias a sus poderes extraordinarios, sorprendió la conversación entre Fusinian y Forvil, aprovechó el momento y, oculta en los bosques que se alzaban en la cima del acantilado, lanzó el encantamiento más poderoso que conocía para detener la marea.
Sin embargo, los poderes de, como los de todos los seres vivos, eran limitados. Durante casi una hora, contuvo el flujo, hasta que sintió que su autoridad se debilitaba. Escribió la nota y llamó al joven príncipe que jugaba al escondite con otros muchachos en el acantilado. El mensaje decía: " a Su Majestad: Sire, mi encantamiento se debilita y las aguas van a empezar a subir. Ganad las alturas".
Fusinian comprendió lo que había pasado. Pero, si reconocía la verdad, todo el beneficio de aquella marea retrasada se perdería y Forvil ganaría aquella ronda. Gritando, se levantó.
- Amigos, hemos comido y bebido más de lo necesario según lo recomendable para una buena salud. Para aplacar nuestros estómagos, ordeno una carrera hasta la cima del acantilado. Habrá tres categorías: la primera, para los niños de hasta trece años, cuyo vencedor recibirá un potro de los establos reales; la segunda, para las mujeres, cuyo premio será una tiara de plata del tesoro real; la tercera y última, para los hombres, el más rápido de los cuales ganará una ballesta de las reales armerías. Os prevengo que yo mismo tomaré parte en la tercera carrera. Como, de todos modos, sería ridículo concederme ningún premio, le entregaré el mío, si gano, al que llegue en segunda posición. ¡Preparaos, niños! ¡A vuestros puestos! ¡Listos! ¡Fuera!
Y los niños se lanzaron hacia el acantilado como una aullante jauría. Luego, dijo:
- ¡En vuestros puestos, Señoras! Si queréis correr deprisa, recogeos las faldas hasta las rodillas. ¡A vuestros puestos! ¡Listas! ¡Fuera! Y, ahora, los hombres. - Dio la señal de partida.
Zerlik le interrumpió:
- Si el rey tomaba parte en la carrera, ¿no verían sus nobles como un detalle el perder?
- Con algunos reyes, así habría sido, pero no con Fusinian, que era un rey muy deportivo.
Sabían que su rey se irritaría si se daba cuenta de que alguien le dejaba ganar deliberadamente. Así que lo hicieron lo menos posible. Como Fusinian era nervioso y rápido, llegó el primero a la cima del acantilado; pero el pobre Forvil, gordo y torpe, jadeaba a los pies de las peñas, intentando trepar, cuando la marea se desencadenó; le derribó y le hizo rodar como un guijarro, medio ahogándole antes de que dos criados pudiera sacarle del agua.
Fusinian sostuvo que no tenía nada que ver con aquel fenómeno, pretendiendo que debía tratarse de alguna influencia de la luna. Pero su pueblo no tuvo en cuenta sus negativas y le consideró con mucho más respeto a partir de entonces.
- ¿Recompensó a la hechicera?
- No, pues dijo que ella había actuado a su antojo y que, con ello, le puso en una situación de lo más incómodo pues tenía que evitar el flujo normal de la marea. Cuando, poco después, padeció un tenaz dolor en las plantas de los pies, sospechó que se habría vengado mediante algún truco mágico. Pero no podía probar nada; y el doctor Aichos, su primer mago,

consiguió curarle.
-¿Y Forvil?
- Tras esto que os he contado, Fusinian empezó a desconfiar de su primo. Como el rey no era nada tonto, encontró un método original para apartar a Forvil tanto de la corte como de las intrigas. Recordando que Forvil era un iluminado esteta, le invitó a la fortaleza que había encima de su palacio para que le diera su opinión acerca del modo en que el monarca tocaba la cornamusa. Las pertinentes críticas de Forvil, decía, le permitirían convertirse en muy poco tiempo en el mejor intérprete de cornamusa de toda Novaría. Tras tres días de suplicio, Forvil ingresó en una orden monástica y se convirtió en sacerdote de Astis. Después de ello, sus obligaciones sacerdotales le proporcionaron una excusa válida para no volver a padecer los atroces chirridos del instrumento real. En todo caso, abandonó las intrigas para evitar un castigo aún más terrible.
Una hora después de la salida del sol, la bruma se aclaró. Una ligera brisa procedente de tierra adentro empezó a soplar. La bruma se deshilachó y se desvaneció; el sol adquirió un brillo cegador. Jorian alzó el ancla e izó las velas amarillas. Cuando estuvieron en mar abierta, Zerhk dijo:
- ¡Es muy práctico que el viento sople de la costa justo cuando queremos zarpar! ¿Habéis rezado a Psaan?
Jorian sacudió la cabeza a modo de negativa.
- No, no valía la pena. Una brisa de tierra se alza todas las noches y empuja las naves de cabotaje y los pesqueros al mar antes del alba. Esta se parece más a ese viento del este que anuncia la tormenta... ¡Peste! Aquello que se ve a estribor, ¿no son barcos?
Zerlik se agachó para mirar por debajo de la cangreja.
- Sí, tenéis razón. Uno es un velero y el otro parece una galera a la que hayan puesto velas.
- Tomad el timón.
Con el catalejo, Jorian examinó los navios que se lanzaban hacia el Pez Volador con ayuda de las velas.
- ¡Qué me corten las pelotas, tendría que haber puesto más atención! Tendría que haberlos detectado en cuanto aparecieron por el horizonte las puntas de sus mástiles. Ahora, nos han visto.
- ¿Piratas?
- Sin duda alguna. Ese pabellón azul que se ve es la bandera algarthiana.
- ¿Podemos huir?
- No tenemos ninguna oportunidad. Si conociera los arrecifes y los bancos de arena de la región, podríamos buscar refugio en aguas poco profundas, donde no pudieran seguirnos; pero no es ése el caso. Si Karadur estuviera con nosotros, podría emplear algún encantamiento que nos hiciera invisibles, o, al menos, para que pareciésemos unos escollos; pero tampoco está con nosotros.
- ¿Por qué no se unen las Doce Ciudades para terminar con esta plaga?
- Porque están demasiado ocupadas querellándose entre ellas, y siempre hay alguien que contrata los servicios de los piratas para buscarles problemas a los demás. Hace algunos años, bajo el reinado de Tonio de Xylar, el Sindicato de Ir alquiló los servicios de la marina de Zolon para expulsar a esos canallas, pero desde entonces los novarianos se han tumbado a dormir y los piratas han vuelto a invadir el archipiélago.
- Necesitáis un emperador todopoderoso, como nuestro rey. Si nos detienen, ¿qué podemos hacer?
- Recordad que somos pobres pescadores. Echad una caña y vigiladla.
Los navios se habían acercado y se podían distinguir sus detalles claramente. Uno era una carraca mercante convertida en barco de guerra; el otro, un antiguo birreme en el que se habían practicado aberturas por debajo de la fila inferior de remos para facilitar la navegación con mal tiempo. Los remos estaban recogidos, pero empezaban a meter algunos por las aberturas superiores para aumentar la velocidad de la nave.
- ¡No, no puedo! - dijo Zerlik.
- ¿No podéis qué? - preguntó Jonan, frunciendo el ceño sorprendido.

- ¡Pasar por un humilde pescador! He pasado mucho tiempo huyendo y escondiéndome desde que estoy con vos
Y ya me he cansado. ¡Voy a provocar a esos villanos para ver de lo que son capaces!
- ¡Calmaos, imbécil! ¿No pretenderéis combatir solo contra toda una tripulación filibustera?
- ¡Me da igual! - bramó Zerlik, irritándose cada vez más- . ¡Algunos de esos condenados morirán conmigo!
Se lanzó hacia la cabina y volvió armado con la cimitarra, arrancando los trapos untados con aceite que la envolvían; desenvainó. La agitó en dirección a las naves enemigas, obligando a Jorian a tirarse de boca para evitar los remolinees del arma.
- ¡Venid! - Aullaba Zerlik- . ¡Os desafío! Acercaos y probar el filo del arma de un caballero...
Un violento golpetazo le interrumpió y se derrumbó sobre las tablas de la cubierta; su arma cayó junto a él. Jorian le había golpeado en la cabeza con la pesada maza de plomo que formaba el pomo de su daga. Ató el timón, volvió a enfundar la cimitarra y la ocultó, sacó un aparejo de pesca y dejó que por la popa del barco arrastrase el sedal de una caña.
- ¡Pon la barca al pairo! - le gritó alguien con un altavoz desde el castillo de proa de la galera.
La caña de Jorian sufrió una brusca sacudida: había cogido un pez. Tiró de la caña y sintió fuerte resistencia.
- ¡He dicho que te pongas al pairo! - le gritaron de nuevo desde la galera- . ¿Quieres que te hundamos?
- Ya ves que he pescado algo, ¿no? - gritó Jorian, debatiéndose con la caña.
Empezó a discutir con el de la galera. Entre los algarthianos, algunos, más deportivos, sostenían que debían darle la oportunidad al pescador para recoger su pesca antes de abordarle. La galera viró a estribor, levantando el agua con los remos. Bajó las velas y marchó a la par con el Pez Volador, a una distancia de unos veinte pasos. La carraca orientó sus velas para seguirles un poco más lejos.
Jorian había atrapado una caballa. Dejando que el pez agonizase en la cubierta del bote, junto al inconsciente Zerlik, condujo al Pez Volador a favor del viento.
- Buen Dios, ¿qué queréis de mí? - preguntó en un acento xylariano del sudoeste- . ¿Queréis comprarme pescado? Tengo éste, recién pescado, y doce o quince más, salados, en la cala. ¿Qué queréis?
Las conversaciones corrieron por la galera. El hombre del altavoz gritó:
- ¡Nos quedamos con los peces, pescador! - Según maniobraba la galera para acercarse al Pez Volador, añadió- : ¿Quién es ése que está tumbado en cubierta?
- ¡Un pobre idiota... es mi sobrino, que pensó que era mejor vaciar todas las tabernas del puerto antes de levar anclas! Vedle, ahora. Estará bien dentro de una hora.
Alguien hizo bajar de la galera un cestillo con ayuda de una cuerda. Mientras varios piratas mantenían los barcos unidos mediante unos garfios, Jonan echó tanto el pez recién pescado como los que tenía en salazón en la cesta. Cuando los piratas hubieron izado la cesta a bordo de la galera, Jorian preguntó:
- ¿Hablamos ya del precio?
El pirata del altavoz esbozó una sonrisa por encima de la boquilla.
- ¡Oh, te daremos algo infinitamente más precioso que la plata!
-¡Ah! ¿Qué es?
- Sencillamente, la vida. ¡Adiós, pescador! ¡Hasta la vista!
Jorian se sentó, con aspecto iracundo, lanzando silenciosas invectivas a la galera que se alejaba a remo y que no tardó en izar las velas. Luego, sus muecas se transformaron en una sonrisa, giró el timón a estribor y el pequeño barco, impulsado por el viento procedente de tierra, cambió de rumbo. Las velas se hincharon y el Pez Volador volvió a enfilar hacia el sur.
Zerlik se movió, gruñendo, y se sentó en el banco. Preguntó:
- ¿Con qué me golpeasteis?
Jorian sacó la daga de la vaina.
- ¿Veis esto? La hoja no sale si no se aprieta este botón.
Puedo emplearla como cachiporra, sujetando la vaina y golpeando con el pomo de plomo. Tenía una hace dos años, cuando seguí al doctor Karadur. La perdí, pero encontré un sistema

muy práctico de hacerme con otra. Es muy útil cuando se quiere poner a alguien fuera de combate sin matarle... por ejemplo, la emplearía si alguien quisiera cortarme la garganta para demostrar lo valiente y bravo que es como buen caballero.
- ¡Os devolveré el golpe, sucio traidor!
- Os interesará llegar a Iraz antes de cumplir vuestra revancha; no estoy seguro de poder manejar solo este barco y, si yo no lo consigo, estoy seguro de que vos tampoco.
- ¿Sois igual de bestial en tierra? ¿No tenéis sentimientos humanos? ¿Sois un ser humano o un conjunto de poleas y correas?
Jorian se rió entre dientes.
- ¡Oh! ¡Puedo decir que haría el imbécil como cualquiera si me dejara llevar! Cuando tenía vuestra edad...
- ¡No sois un débil anciano!
- Cierto, todavía no tengo treinta años. Pero las vicisitudes de una vida irregular me han madurado antes de tiempo. Si la suerte nos acompaña, podréis desarrollaros fácilmente antes de que la pueril estupidez os mande a una sucesiva encarnación... lo que ya ha estado a punto de pasar tres veces en este viaje.
- ¡Hump! - Zerhk se marchó a la cabina, donde se sentó con la cabeza entre las manos; se quedó allí, moroso, todo el resto de la jornada.
A la mañana siguiente, sin embargo, recuperó el buen humor. Obedeció las órdenes e hizo lo que debía hacer como si nada hubiera pasado.

III
LA TORRE DE KUMASHAR

Durante unas cien leguas, los majestuosos Lograms acompañan a la costa oeste. La sierra con dientes de tiburón de la cadena montañosa, cubierta de bosques sombríos eternamente verdes, se prolonga bajo el mar. Por esa razón, esta zona del océano Occidental está sembrada de islotes, de bajíos y arrecifes batidos por las olas, que obligan a los navios a derivar hacia alta mar. Luego, los Lograms declinan, y continúan en las colinas de Penembei, verdes en primavera, y que se colorean en otoño de un color marrón oscuro tachonado aquí y allá por algunos restos verdosos.
En el momento en que el sol se alzaba sobre las colinas brumosas manchadas de verde, el día veinticuatro del Mes del Unicornio, Jorian apuntó con el catalejo hacia tierra, en dirección al sur.
- Echad un vistazo, Zerlik. Aquella cosita que se alza en el punto en que la orilla se confunde con el horizonte, ¿es vuestra atalaya?
Zerlik miró.
- Quizá... creo que es... Sí, veo una columna de humo que se alza del techo. En efecto, se trata de la Torre de Kumashar.
- ¿Puedo afirmar que su nombre es el de un antiguo rey?
- No. Es una historia muy curiosa.
- Contad.
- Es necesario que sepáis que Kumashar era un gran arquitecto y un ingeniero de gran renombre, que vivió hace más de un siglo bajo el reinado de Shashtai III, llamado Shashtai el Maníaco. Kumashar persuadió al rey Shashtai para que éste le confiara la construcción de esa torre, que habría de servir de faro... los relojes se instalaron más tarde.
- Lo sé - dijo Jorian- , porque mi propio padre, querido mío, fue quien los colocó en su sitio siendo yo un niño.
- ¿De verdad? Ahora que me lo decís, creo que Karadur decía algo así en su carta. ¿Os llevó vuestro padre a Iraz en su viaje?
- No; nosotros vivíamos en Ardamai, en Kortoli, y se ausentó durante vanos meses para terminar el trabajo. A su vuelta, estaba muy furioso porque vuestro rey le engañó en el momento de pagarle sus servicios... con un impuesto sobre la plata que se pretendía sacar del

reino. Pero, seguid con la historia.
- Pues, bien, el rey Shashtai quería que su nombre - y no el del arquitecto- fuera el que se inscribiera en el monumento para que todos pudieran verlo. Cuando Kumashar pretendió que su nombre apareciera también, el rey se encolerizó y le dijo a Kumashar que había perdido la razón y que tenía que ceder.
Pero Kumashar no se dejó impresionar. Construyó la torre, dejando un pequeño hueco a un lado, en el que él mismo grabó: "Erigida por Kumashar, hijo de Yuinda, en el año doscientos treinta de la dinastía juktariana". Luego, cubrió la inscripción con yeso hasta disimular perfectamente la cavidad, y grabó encima el nombre del rey, tal y como le habían ordenado.
Durante varios años, la torre llevó el nombre de Shashtai. Hasta que las lluvias y la humedad afectaron al yeso que se agrietó y no tardó en aparecer el nombre del arquitecto.
El rey Shashtai se enfureció al descubrir que le habían engañado. Las cosas le habrían ido muy mal a Kumashar si - desgraciada o felizmente, depende del punto de vista- no hubiera muerto antes por causas naturales.
El rey ordenó que se borrara la inscripción que tanto le ofendía para reemplazarla por otra más de su agrado. Pero sus ministros tenían en mucha estima al difunto Kumashar y no tanta a Shashtai el Maníaco, que en aquel tiempo ya estaba viejo y enfermo. Así que aceptaron los deseos reales, aunque siempre encontraban nuevos pretextos para retardar la ejecución. No había dinero bastante en el tesoro real; imprevisibles problemas técnicos; y así sucesivamente. El rey Shashtai no tardó en morir y la inscripción nunca se modificó.
- Lo que demuestra que el poder de los monarcas, incluso el de los más poderosos, puede ser limitado por factores humanos - opinó Jorian- , cosa que puedo atestiguar por las experiencias de mi propio reinado. Es muy fácil decirle a un subordinado: Haz esto; y oírle contestar: Sí, Señor, vuestras órdenes serán obedecidas; aunque entonces surge el problema de controlar el modo en que se transmiten las órdenes y verificar que no se deforman. Actualmente, ¿qué clase de rey tenéis?
- ¿El rey Ishabar? - los rasgos de Zerlik se fijaron en una expresión estudiada. Sonrió mecánicamente, de un modo idéntico al que Jorian observó tan a menudo en los rostros de cortesanos y funcionarios cuando fue rey de Xylar- . ¡Es un rey extraordinario! Un verdadero parangón de sabiduría, justicia, valor, moralidad, prudencia, dignidad, generosidad y nobleza.
- Me parece demasiado bueno para ser verdad. ¿De verdad que no tiene ningún defecto?
- ¡Que Urhroluk nos guarde! No, absolutamente ningún defecto. Naturalmente, uno podría aventurar que concede gran importancia a las artes de la buena mesa, pero son placeres inofensivos si se puede dejar que los expertos se ocupen de los detalles relativos a la marcha de los asuntos de Estado, sobre los que no ejerce más que un benévolo control. Además, su prudencia es demasiado grande para que se arriesgue a perder su valiosa vida recorriendo el reino, evitando con ello los elevados gastos que saquearían el tesoro real y el de las regiones que le recibieran; además, esta ingerencia intempestiva molestaría a los funcionarios y los militares locales. Como todo buen rey, se queda en palacio y no se interesa más que de los asuntos que le conciernen más de cerca.
En otros términos, pensó Jorian, es un perezoso y un gozador que se atiborra en su antro dorado y deja que el reino vaya como pueda.
Las colinas dieron paso a un ancho valle por el que corría un río majestuoso, el Lyap, en cuya desembocadura se alzaba la magnífica Iraz. El Pez Volador bordeó suavemente el barrio de Zaktan, en la orilla norte del río. Zerlik señaló con el dedo hacia un gran edificio con muchas torres y torretas, sobre cuyos techos dorados se reflejaban los brillantes rayos del sol en el cénit.
- El templo de Nubalyaga - explicó.
- ¿Qué es eso de Nubalyaga?
- Nuestra diosa de la luna, el amor y la fecundidad. El campo de carreras se encuentra detrás. Parece que hay un túnel secreto bajo el río uniendo el templo y el palacio real. Se cuenta que fue abierto, con grandes dispendios, durante el reinado del rey Hoshcha, para que éste pudiera ir por él a la Unión Divina; pero no conozco a nadie que pretenda haberlo visto.
- Si alguna vez existió, estará inundado - dijo Jorian- . Siempre hay fugas en semejantes

construcciones y haría falta un ejército con escobas y cubos para recoger toda el agua. ¿Qué es eso de la Unión Divina?

- Las noches de luna llena, en el templo de Nubalyaga tiene lugar la celebración del matrimonio de Nubalyaga y Ughroluk, el dios del sol, las tempestades y la guerra. El rey desempeña el papel de Ughroluk y la gran sacerdotisa el de Nubalyaga. Chaluish, el gran sacerdote de Ughroluk, y la gran sacerdotisa Sahmet son teóricamente marido y mujer, según sus funciones, pero están a la greña desde hace mucho tiempo y cada uno intenta quitarle al otro parte de sus poderes. Todo empezó hace diez años, a propósito de las Profecías de la Salvación.

- ¿De qué profecías se trata?

- ¡Oh! Sahmet anunció que Nubalyaga le había revelado en un sueño que la salvación de Iraz dependía de un bárbaro llegado del norte.

Zerlik miró a Jorian de un modo penetrante.

- ¿Seréis vos el salvador venido del norte?

- ¿Yo? ¡Por las tetas de marfil de Astis! No soy un bárbaro y ya tengo bastante con intentar conservar mi propia piel sin tener que ocuparme de toda una ciudad. Pero, ¿cuál es la otra profecía?

- Bien, pues, para no ser menos, Chaluish proclamó que aquella historia del salvador bárbaro era una estupidez. Su dios, Ughroluk, se le manifestó estando en trance y le anunció que la salvación de Iraz dependía de la buena marcha de los relojes de la Torre de Kumashar. Las cosas se quedaron estancadas - aunque estancadas no sea la palabra más conveniente, pues los dos adversarios siguieron tramando e intrigando uno contra otro desde aquel día.

Entraron en la desembocadura del Lyap, donde innumerables navios de todas clases estaban anclados. Había galeones mercantes, pequeñas carracas, carabelas, naves costeras, barcas de pescadores, pontones y las formas imponentes, bajas, oscuras y siniestras de las galeras de combate. Pero, por encima de todo, se divisaban varios catamaranes enormes que podían contar con varios miles de remeros, marinos y combatientes en cada uno de los cascos gemelos. El sol resplandecía en los ornamentos dorados de las galeras. La enseña penembiana, una antorcha de oro sobre fondo azul, ondeaba en el bauprés.

- Creo que los piratas algarthianos no osarían aventurarse por estos contornos si vieran tal flota - dijo Jorian.

Zerlik se encogió de hombros

- Bueno, no es tan formidable como parece.

- ¿Por qué?

- El coste de la vida ha aumentado tanto que Su Majestad no puede reclutar tripulaciones adecuadas, y esos monstruos de guerra de casco doble, si su efectivo de remeros no está completo, son muy lentos e incapaces de medirse con los piratas. De hecho, ha habido varias incursiones filibusteras a pocas millas de Iraz el año pasado. Incluso parece que los corsarios negros de Paalua, al otro lado del océano, tomaban parte en los saqueos.

- Ya han invadido Ir, ¿verdad?

- Sí, no hace mucho.

Los gritos de los pescadores se oían débilmente por encima de las aguas mientras bajaban las velas y los remolcadores llevaban a los navios por el puerto. Otras embarcaciones partían, izando las velas y enfilando al viento.

El Pez Volador sobrepasó la desembocadura del río sin problemas y llegó hasta el puerto. Allí, los navios dejaban los muelles, otros buscaban sitio, a costa de muchos gritos y juramentos.

En los muelles y malecones, grúas de madera giraban lentamente, alzando o bajando su carga, como pájaros de largos cuellos. Eran accionadas mediante enormes ruedas movidas por forzados. Detrás de todo aquello se alzaban las murallas de la ciudad, por encima de las cuales se veían las cúpulas y torres de Iraz. El sol resplandecía en los techos de cobre, a veces con placas de oro y plata. Más allá de Iraz, sobre una elevación, una hilera de molinos de viento se movía perezosamente al compás de una suave brisa.

- ¿Dónde atracaremos? - preguntó Jorian.

- Yo... yo creo que el desembarcadero de los pescadores está totalmente al sur - contestó Zerlik.
El Pez Volador pasó ante la Torre de Kumashar, que se alzaba más de doscientos metros. A mitad de su altura, a cada lado, el disco de un reloj rompía la uniformidad ocre del muro. La única aguja de los relojes indicaba la hora de la Nutria. Jorian sacó un anillo con cadena y lo dejó colgar, girándolo lentamente hacia el sol. Un minúsculo agujero en la parte superior del anillo dejaba pasar un fino rayo de luz que iluminaba las horas grabadas en su interior.
- Es lo que pensaba, ya ha pasado la hora de la Tortuga - dijo Jorian.
- Si queréis emplear ese aparato para saber qué hora es en Ir - le explicó Zerlik- debéis tener en cuenta la distancia que hemos recorrido.
- Lo sé, pero, incluso haciendo la corrección, es evidente que esos relojes están parados.
- Hace meses que no funcionan. El viejo Yiyim, el relojero, repetía incesantemente que ya los arreglaría. Finalmente, Su Majestad perdió la paciencia. El doctor Karadur insistía en ocuparse de la tarea y el rey acabó por confiársela. Así que el doctor le pidió al rey que me mandase a buscaros. ¡Y ya hemos llegado! Perdonadme si os dejo unos instantes, pero tengo que vestirme de un modo más adecuado.
Zerlik desapareció en la cabina, de donde volvió cambiado de pies a cabeza. Vestía una camisa de seda de mangas largas sobre la que llevaba una chaqueta bordada, corta y sin mangas. Una falda plisada le llegaba hasta las rodillas; babuchas de levantadas punteras calzaban sus pies. Llevaba en la cabeza el tocado iraziano sin ala, cilíndrico, muy parecido a un cubo invertido.
- Lo mejor sería que también vos os vistierais lo mejor posible - le aconsejó- . Aunque pretendáis que no sois un caballero, os interesa parecerlo.
- Sin duda, tenéis razón - confesó Jorian.
A su vez, se atavió con una camisa, una chaqueta, pantalones bombachos y ligeras botas.
- No hay duda de que sois extranjero - constató Zerlik, examinándole- , pero no tiene importancia: Iraz es una ciudad cosmopolita y estamos acostumbrados a los más variados atavíos.
El Pez Volador penetró en la zona de los pescadores, que secaban sus redes, tendidas entre las casas como gigantescos murciélagos. Jorian guió la embarcación a poca distancia del primer sitio libre que encontró y recogió las velas.
- ¿Por qué no las dejamos para que nos acerquen al muelle? - preguntó Zerlik- . Daría mejor impresión eso que llegar remando como dos pobres estibadores.
- Si conociera mejor el barco y el muelle, sería posible. Pero no en estas condiciones; podría cometer un error de cálculo, aplastarme contra el malecón y hacer naufragar el navio, lo que daría todavía peor impresión que llegar remando.
En el momento en que atracó el Pez Volador, Jorian y Zerlik saltaron al muelle para amarrar el navio. En el mismo instante, un individuo con aspecto de oficial, con botones de cobre sobre una chaqueta azul oscura y a cuyo costado pendía una pequeña espada curva se precipitó hacia ellos y empezó a hablar en penembiano. Zerlik le contestó. Jorian, aunque era capaz de construir algunas frases sencillas en un idioma tan complicado, no pudo comprender la rápida conversación de los dos hombres.
- Es un inspector marítimo - le explicó Zerlik cuando el hombre subía a bordo del Pez Volador- . Va a establecer la tasa portuaria y a daros un pasaporte temporal. Luego, tenéis que ir al despacho de Transportes e Inmigración para obtener un permiso de extranjero residente.
- ¿Podemos dejar aquí el barco?
- No creo que tengamos derecho a hacerlo, pero con un poco de vino creo que arreglaré el asunto. No debería costarle mucho trabajo a nadie de mi rango.
- ¿Cómo encontraré a Karadur?
- ¡Oh, me ocuparé de ello! En lugar de tener que llevar nuestro equipaje como sencillos marinos, quedaros en el barco, vigilándolo, mientras me acerco a comunicarle nuestra llegada a Karadur. Nos enviará un medio de transporte adecuado para gente de nuestra alcurnia.
A Jorian no le entusiasmaba el plan, pues temía verse abandonado en una ciudad desconocida de la que ignoraba incluso el idioma. Mientras sopesaba su respuesta, el inspector saltó al

muelle y se puso a hablar con Zerlik. Luego sacó algo con lo que escribir y varias hojitas de papel de junco.
- Quiere saber vuestro nombre y nacionalidad - dijo Zerlik.
Jorian dio los datos que le pedían mientras Zerlik los traducía y el inspector rellenaba los dos ejemplares del formulario, que le hizo firmar a Jorian cuando hubo terminado.
- Tendríais la gentileza de leérmelo - pidió Jorian- . No me gusta firmar algo que desconozco, y la escritura penembiana no es para mí otra cosa que un montón de anzuelos.
Zerlik tradujo el texto que establecía la identidad de Jorian, el fin de su visita y algunos otros detalles importantes. Este, al fin, firmó. El funcionario le entregó una copia y se marchó. Zerlik gritó para llamar la atención de un joven con un burro que había al otro lado de la calle y el muchacho llegó corriendo, seguido por su animal.
- Os digo adiós por el momento - exclamó Zerhk, oscilando a grupas del animal- . Prestad atención a nuestras cosas.
Se fue traqueteando por la calle que bordeaba el muelle, seguido del muchacho que no dejaba de correr al lado del asno. Giró y no tardó en desaparecer por una de las inmensas puertas fortificadas de las murallas que se alzaban más allá de la hilera de casuchas construidas a lo largo del puerto.
Jorian se puso la mano como visera en la frente para protegerse del sol que casi se ponía y miró al mar, transformado en un ondulante tapiz de manchas doradas. Luego, examinó lo que le rodeaba.
Los hombres iban y venían por el muelle. Sobre todo, se veían muchos penembianos, reconocibles gracias a sus sombreros de fieltro. Algunos llevaban faldas plisadas que les llegaban hasta las rodillas, como la que se puso Zerlik, y otros mantenían las piernas encerradas dentro de pantalones bombachos que se estrechaban en los tobillos. Había algunos fedirunianos, ataviados con largas túnicas, y algún mulvaniano con ancho turbante. Ocasionalmente, aparecía un hombre con la piel negra - un paaluano, de cabellos y barba rizados, adornado con una amplia capa de plumas, o, quizá, con los cabellos crespos, la nariz aplastada, un indígena de las junglas tropicales de Beraoti, vestido con la piel de un animal o con un pedazo de tela colgado del hombro. Pasó una caravana de camellos, con las campanillas tintineantes y balanceando los fardos al ritmo de su marcha.
Jorian esperó.
Pasaron las horas; siguió esperando.
Dio una vuelta por los muelles, echando un vistazo al interior de las tabernas y albergues que se adosaban a las murallas, mirando displicentemente los escaparates de las tiendas. Se dirigió a algunos irazianos, intentando averiguar el domicilio del doctor Karadur. Consiguió reunir las pocas palabras de la pregunta, pero cada vez le respondían con una frase pronunciada tan rápidamente que nada comprendía. Detuvo a un hombre vestido con una larga túnica y se dirigió a él en fediruniano, pero sólo obtuvo una lacónica respuesta:
- Lo lamento, señor, pero soy extranjero y no conozco la ciudad.
Jorian volvió al Pez Volador y siguió esperando. El sol se puso. Se preparó una cena compuesta por los restos que encontró por el barco; comió; esperó un poco más y fue a acostarse a la cabina.
A la mañana siguiente, Zerlik seguía sin dar señales de vida. Jorian se preguntó si el hombre habría tenido algún accidente, o si habría sido víctima de alguna trampa, o si deliberadamente le habría abandonado.
A Jorian le habría gustado pasear por los alrededores y reconocer así las calles cercanas, pero no se atrevía a dejar el Pez Volador sin vigilancia. La cabina estaba cerrada con llave, pero cualquier ladrón audaz podría haberla forzado con una sencilla ganzúa. Jorian quiso comprobar su solidez, y sacó de una bolsa de cuero, disimulada en las perneras, un trozo de alambre de hierro con el que abrió sin dificultad la puerta cerrada con llave. Aprendió a forzar cerraduras cuando se preparaba para huir de Xylar.
Encontrar un hombre en una ciudad desconocida, sin guía, sin mapa, sin poder preguntar el camino porque no se conocía el idioma, era una empresa formidable. (Nunca había oído hablar de las placas con los nombres de las calles y los números de las casas, de modo que no

lamentó el desconocimiento.) Quizá no fuera nada tan peligroso como tener que matar a un dragón o enfrentarse con un mago de primera clase en su propio terreno, pero aquella situación era capaz de desconcertar al hombre más emprendedor.

Un navio mercante recaló en un muelle cercano y bajaron de él varios viajeros. Un hombre se precipitó para ofrecer sus servicios. Jorian, por su parte, desconfiaba bastante de tales personajes. Cuando se ocupan mucho de los extranjeros obedece, casi siempre, a que quieren robarles o matarles.

Llegó la hora de la Liebre y Jorian seguía aún buscando una solución. Por ejemplo, si pudiera encontrar a algún oficial portuario que le entendiera, podría pedirle que le indicase un guía digno de confianza. Naturalmente, era posible que el inspector le recomendara un malandrín con el que se las hubiera entendido para compartir los pillajes...

Mientras Jorian, sentado en la borda del Pez Volador, reflexionaba en sus problemas, un rostro familiar apareció a lo lejos, balanceándose a lomos de un asno en dirección al Pez Volador. Era un hombre mayor, de piel morena, con largos cabellos y barba blanca, vestido con una larga túnica marrón y con un voluminoso turbante blanco. Iba seguido por un joven montado en otro asno y que llevaba a un tercer animal sujeto por una traílla.

Jorian saltó y se lanzó hacia el muelle.

- ¡Karadur! - gritó.

El hombre mayor tiró de las riendas y descendió con cierto penar. Jorian le estrechó con un amistoso abrazo. Luego, le sujeto de los brazos.

- ¡Por las pelotas de bronce de Imbal! - exclamó Jorian- . Hace más de un año...

- Pareces en plena forma, amigo mío - dijo Karadur, que llevaba una sortija con una piedra azul, ancha y redonda, en el dedo corazón de la mano izquierda- . ¡Qué bronceado estás! Te veo tan negro como un indígena de las junglas de Beraoti.

- He pilotado ese barquichuelo durante diez días y ni siquiera me puse el sombrero. A propósito, Venerable Padre, es vuestro.

- ¿Qué quieres decir, Jorian?

- Que el Pez Volador os pertenece. Lo compré con vuestro dinero en Chemnis.

- Seamos serios, hijo mío, ¿qué iba a hacer yo con ese barco? Soy demasiado viejo para dedicarme a la pesca como modo de vida. Quédate el barco, te lo doy.

- ¡Siempre tan poco práctico, doctor Karadur! - se burló Jorian- . Yo tampoco soy pescador, y espero que no heriré vuestros sentimientos si lo vendo... Pensándolo mejor, creo que me lo quedaré. Cuando uno se lanza a la aventura, nunca sabe cuándo terminará y quizá necesitemos un medio que nos permita huir rápidamente. Pero, decidme: ¿Dónde, por los cuarenta y nueve infiernos mulvanianos, está ese imbécil de Zerhk? Me prometió avisaros ayer mismo.

Karadur agachó la cabeza.

- Creo que es un joven descerebrado. Me lo encontré por casualidad esta mañana, en palacio. Cuando me vio, se dio un golpe en la frente y exclamó: ¡Oh! ¡Grandes dioses, me había olvidado por completo de vuestro amigo Jorian! Lo dejé en el puerto esperándome! Y me contó su historia.

- ¿Qué hizo?

- Cuando te dejó, se fue a toda prisa a su casa para reunirse con su familia y enterarse de si su criado había vuelto con el carro y los caballos. Precisamente, habían llegado la víspera; muy excitado por el encuentro, Zerlik se olvidó de todo lo demás.

- Le excitaría la idea de que le fueran mandando a todas sus mujeres durante toda la noche - dijo Jorian- . Lo mejor para él será que no me lo encuentre.

- ¡Oh, pues él siente por ti la más profunda admiración! No ha dejado de decirme el maravilloso compañero que eras, que sabías hacerlo todo con un dominio y un vigor envidiable. Cuando hayas acabado lo que tienes que hacer aquí, quiere acompañarte a cualquier precio, como el escudero a su caballero.

- Da gusto saber que hay alguien que le quiere a uno, pero no me ha resultado muy útil. Supongo que no es muy mal chico, ¡aunque sea un poco imbécil! Creo que ni siquiera yo cometí tantas tonterías cuando tenía su edad. ¿Nos vamos ya? Necesito tomar un baño.

- Vendrás a mi casa, donde te he reservado habitaciones. Pon las maletas en el asno vacío y

dejaremos las de Zerlik en su casa según pasamos.
Tras la comida, que tomaron ya en casa de Karadur, una morada espaciosa muy cerca del palacio, Jorian dijo:
- Por lo que he entendido, queréis que repare los relojes de la Torre de Kumashar, lo que me permitirá liberar a Estrildis de su prisión xylariana. No he entendido muy bien qué relación hay entre los dos asuntos.
- Hijo mío, de momento no veo ningún método que permita liberar a tu esposa...
- Pero, entonces, ¿a qué viene este viaje de cien leguas? Evidentemente, si pagan bien...
- Pero - esto es confidencial- , creo que encontraré un medio de hacerlo si arreglas los relojes. Esa joven no se ha vuelto a casar, ¿verdad?
- ¡No, estoy seguro! He tenido noticias suyas gracias a un hermano que viajaba a Xylar para vender y reparar relojes y que consiguió hacerle llegar un mensaje de mi parte. ¿Cómo conseguiría verla reparando las clepsidras de Kumashar?
- Verás: el gran sacerdote de Ughroluk predijo que esos relojes salvarían a la ciudad siempre que funcionasen. El año pasado se detuvieron. El relojero titular, Yiyim, no ha podido repararlos, lo que no tiene nada de sorprendente, pues el tal Yiyim era un primo necesitado del rey a quien le dieron ese puesto no porque tuviera idea de mecánica, sino porque necesitaba dinero.
- ¿Y la industria relojera de Iraz?
- Inexistente, salvo algunas clepsidras importadas de Novaría y las que tu padre instaló en la Torre. En la Casa de la Sabiduría hay varios sabios intentando dominar este arte. Han conseguido fabricar aparatos que no retrasan o adelantan más que un cuarto de hora diario. Creo que dentro de unos años podrán construirse en Iraz relojes tan buenos como en cualquier parte. Pero, de momento, los irazianos deben contentarse con relojes solares, de arena y velas para medir el paso del tiempo.
- ¿Qué es eso de la Casa de la Sabiduría? - preguntó Jorian.
- Es una institución grande y hermosa, creada hace más de un siglo en tiempos de... ¿cómo se llamaba aquel rey? - Karadur chascó los dedos- . ¡Maldición! Mi memoria se debilita cada día que pasa. ¡Ah, ya me acuerdo, el rey Hoshcha! Está dividida en dos partes: la Escuela de la Materia y la Escuela de la Mente; la primera trata de las artes mecánicas y la segunda de las artes mágicas. Cada escuela tiene bibliotecas, laboratorios y salas de conferencias en las que los sabios transmiten su saber a los estudiantes.
- Como en la Academia de Othomae, pero en gran escala - observó Jorian.
- Así es, hijo mío, así es. Salvo que la Academia se consagra fundamentalmente al estudio de la literatura y la historia, mientras que la Casa de la Sabiduría se interesa por cuestiones más prácticas. He obtenido un puesto en la Escuela de la Mente.
- Me parece haber oído hablar de esa Escuela cuando estudiaba poesía en la Academia. ¿No es allí donde se inventó el molino de viento?
- Sí, la misma; pero la Casa de la Sabiduría ya no es lo que era.
- ¿Y eso? - preguntó Jorian.
- Hoshcha y sus sucesores inmediatos estaban muy interesados por las ciencias, tanto materiales como espirituales y pudieron realizar grandes avances. Pero, después, los reyes se dieron cuenta de que, a pesar de todos los descubrimientos de los laboratorios, siempre tenían que vérselas con los mismos problemas humanos: la vigilancia, ni siquiera la más eficaz, impedía que los funcionarios recibieran jarras de vino, escamotearan fondos y oprimieran al pueblo. Cualquier encantamiento que se lanzase contra la viruela no curaría al rey de la locura, la lujuria y los errores de juicio. La mejora de una canalización de agua no modificaba en lo más mínimo la actitud de unos subditos que pretendieran envenenarle o usurpar el trono.
- ¿No se corre el riesgo de hacer de este mundo algo tan mecanizado como el mundo futuro al que van nuestras almas después de la muerte y donde todas las tareas son realizadas por las máquinas? Recordaréis que tuve una visión cuando era rey de Xylar.
Karadur inclinó la cabeza en señal de asentimiento y continuó:
- Al darse cuenta de que aquella vida, por agradable que fuese materialmente, no era la más feliz, los reyes perdieron el interés que tenían por la Casa de la Sabiduría. Desde hace

cincuenta años, las subvenciones han sido fuertemente reducidas y, desde el descubrimiento del telescopio, hará ya treinta años, apenas se ha inventado nada importante.
El actual director de la Casa de la Sabiduría es un tal Borai, para el que todo esto es mera sinecura, pues es incapaz de asumir sus funciones. Por la profecía sobre los relojes, el rey y sus consejeros están muy preocupados por su mal funcionamiento. El rey ha hecho responsable a Borai, quien a su vez ha hecho responsable al decano de la Escuela de la Materia, que a su vez ha hecho responsable a Yiyim, el relojero... todo ello sin ningún resultado.
Ninguno de tan preclaros caballeros quiere admitir que un puesto en la Casa de la Sabiduría debe atribuirse en función de los méritos y el saber, pues así pondrían en peligro sus propios puestos. Pretenden que un especialista tendría demasiadas ideas preconcebidas sobre lo que es posible o no hacer. Sólo un aficionado iluminado puede abordar los arcanos de tales artes con la mente abierta. Y las cosas se han quedado en ese punto muchos meses, entre muchos discursos y pocas acciones.
El mes pasado, Su Majestad dio un banquete en honor de los profesores de la Escuela de la Mente. El rey nos ofreció manjares tan raros como lengua de ave fatuliva que anida en el lejano país de Burang. ¡Por los dioses de Mulvan, lo que puede comer ese hombre! Como personalmente soy de gustos sencillos, me daban horror tales delicadezas exóticas, pero si así conseguía someter a Su Majestad algunas de mis ideas... Dejé caer que, si yo tuviera la autoridad de Borai, arreglaría bastante deprisa los relojes de la Torre de Kumashar.
Dimos muchas vueltas, pues los cortesanos prudentes no se atreven a decir tan brutales verdades ante los reyes, lo mismo que los reyes más sabios no suelen descubrir lo que piensan. El rey Ishbahar, no obstante, no es un individuo irracional cuando su mente no se preocupa por su estómago. Admitió que se debería hacer algo con respecto a tan interminable reparación. Por otro lado, no podía pedir la dimisión de Borai, que cuenta con poderosos amigos en la nobleza, por los simples rumores de un profesor asistente, extranjero, además.
Al fin, llegamos a un compromiso: Ishbahar me encargó una misión espacial, como Amigo del Rey (lo que significa delegado real). Puedo hacer cuanto quiera para reparar los relojes. Si lo consigo, el rey despedirá a Borai y me dará a mí su puesto. Aprovechando mi posición, envié a buscarte a Zerlik, tras ubicarte con cierta precisión gracias a mis poderes mágicos.
- ¿Y cómo sacaremos a mi dulce Estrildis de su dorada prisión de Xylar?
- ¿No lo entiendes, hijo mío? Como director de la Casa de la Sabiduría, podría dirigir los esfuerzos de los sabios y los magos en la dirección que quisiera, buscando así los medios más eficaces para recuperar a tu mujer. Con toda esa fuerza intelectual...
- Me pregunto si no habréis encontrado vos mismo algún método mágico...
- Actualmente, no puedo. El decano de la Escuela de la Mente, Fahramak, es de la misma índole que Borai y Yiyim. Para asegurarse de que yo no le... bueno, adelantaré, me ha confiado una de las tareas más ingratas que ha podido encontrar: compilar un diccionario del idioma de los demonios del Quinto Plano. Me visita frecuentemente para asegurarse que no consagro mi tiempo a otras investigaciones.
- ¿En qué habéis pensado para salvar a mi esposa?
- En un vehículo volador, mágico, que me parece el más apropiado. Sin duda habrás oído hablar de las escobas y las alfombras voladoras. Las hemos estudiado y hemos descubierto que, aunque es posible aprisionar a un demonio dentro de objetos y obligarle a obedecer, dejan bastante que desear como vehículos aéreos.
- ¿Por qué?
- Zigzaguean, se vuelven, caen como hojas, y más inconvenientes del mismo estilo, a menudo fatales para los que se atreven a utilizarlos. Algunos de los sabios de Fahramak estudian actualmente esos problemas. Si consigues reparar los relojes, estaré en la posición adecuada para asignar más colegas a esas investigaciones, y estoy seguro de que llegaremos en poco tiempo al fin deseado.
- ¿Quién me pagará - preguntó Jorian- , y cuánto?
- Te pagaré de los fondos que me han asignado como Amigo del Rey. ¿Que te parecería medio real penembiano al día?

- ¿Cuánto es en moneda novariana?
- El real penembiano equivale a unos dos marcos y medio en moneda iraniana, o un sexto de león xylariano.
- En ese caso, medio real diario está bien.
- No es tanto como parece a simple vista, pues la vida en estas grandes ciudades es bastante cara. Si lo encuentras poco, sólo tienes que decírmelo.
- Creo que lo mejor será que dedique mi primer jornal a comprarme ropa del país para que no se me note tanto.
Karadur le miró atentamente.
- Eso me recuerda algo importante: el atavío tiene aquí un significado político.
- ¿Eh? ¿Cómo?
- En las carreras hay dos facciones, los Kilts y los Pants - abreviaturas de pantalones y...
- Perdón: ¿habéis dicho dos facciones en las carreras?
- Sí. Creo que lo mejor será empezar por el principio. Sin duda, sabrás que de toda la humanidad el pueblo de Iraz es el más apasionado por los deportes, y que los irazianos son verdaderos fanáticos cuando se trata de carreras. Las tienen de todas clases, incluso de tortugas.
- ¿De qué? ¡Sin duda, una carrera de caracoles resultaría apasionante!
- Ahórrate las bromas, hijo. Se trata de tortugas gigantes procedentes de lejanas islas. Las montan y organizan competiciones en el hipódromo. Y hay dos facciones que se distinguen por sus ropas. Una facción lleva kilts, como el que habrás visto que llevaba maese Zerlik; la otra, pantalones. Es muy raro que una carrera no concluya con una riña entre facciones; los cuchillos y las espadas aparecen frecuentemente; y a veces hay disputas entre los enemigos incluso fuera de las carreras.
- ¿Cuál es su color político?
- Con partidarios tan apasionados, las facciones no tardaron en politizarse. Se podría decir que los Pants son liberales y los Kilts conservadores, pues el kilt es la ropa más tradicional. Los Pants no se organizaron como facción hasta el siglo pasado, inspirándose para el traje en la ropa que se lleva en Mulvan septentrional.
- Me tendré que enrolar en el partido liberal - dijo Jorian, pues prefiero los pantalones. ¿Qué dice el rey de todo esto?
- Finge ser neutral, pues las facciones tienen cierto estatuto público y proporcionan compañías a la guardia civil. De hecho, siente simpatía por los Kilts, que son impetuosos partidarios de la monarquía absoluta; los Pants, por su parte, preferirían que el poder real quedase limitado por un consejo electo. Los Pants no están muy bien vistos últimamente, pues un grupo disidente del partido ha huido de Iraz y se teme que esté fomentando la revolución en el campo. En consecuencia, será más sabio vestirse con kilt.
Jorian sacudió la cabeza obstinadamente.
- Llevaré pantalones, pues nunca me sentiría bien con una falda. Demasiadas corrientes de aire. Les explicaréis que soy extranjero y que no concedo ningún significado político al atuendo.
Karadur suspiró.
- Lo intentaré. Como te he dicho, el rey Ishbahar no es mal tipo, si es que no se le molesta cuando está dedicado a cuestiones gastronómicas.

IV
RELOJERO MAYOR

Vestido con nuevos pantalones bombachos a la moda iraziana, Jorian esperaba en el patio de la Torre de Kumashar y, echando la cabeza hacia atrás, parpadeó al mirar el brillante cielo.
- ¡Por el culo de bronce de Vaisus! - exclamó- . ¡Hay que subir treinta pisos para llegar a esos relojes? ¿Estoy condenado a subir y a bajar esos treinta pisos todos los días?
- A pie no, hijo mío - le contestó Karadur- . En los primeros tiempos, cuando la torre fue

construida en el reinado de Shashtai III, los criados debían trepar setenta pisos para subir el combustible que alimentaba el fuego del faro; pero perecieron tantos de crisis cardiaca que, cuando Hoshcha creó la Casa de la Sabiduría, les pidió a los sabios que encontraran un modo de subir a los hombres y sus cargamentos a lo alto de la Torre. Sígueme, te lo enseñaré.

Se acercaron los dos a la entrada principal de la cara norte, en la que una maciza puerta de madera de teca se veía flanqueada y rematada por esculturas que representaban leones, dragones y grifos. El soldado, apoyado en la jamba de piedra, se puso firme, dio un paso adelante, chocó los talones para llamar la atención y gritó algo en penembiano.

Karadur le escrutó con mirada miope.

- ¡Oh! - dijo, y respondió en la misma lengua- . ¡Aquí /1 esta!

- El viejo mulvaniano sacó un rollo de pergamino y se lo pasó al soldado. Este último, que necesitó las dos manos para desenrollar el tenso legajo, deslizó desgarbadamente la lanza en el hueco del brazo mientras leía. Luego, dejó que el pergamino se enrollase solo con un seco crujido y se lo devolvió a Karadur.

- Pasad, señores - dijo, plantando el puño en la coraza a modo de saludo. Movió el enorme cerrojo de cobre y sonó un chasquido al tiempo que el guardia abría uno de los batientes de la puerta de teca. Chirriaron los goznes.

El interior, polvoriento, parecía una caverna. Cuando se venía del exterior, donde brillaba un sol cegador, parecía oscuro, a pesar de que las ventanas de cada piso dejaban entrar la luz. Sin embargo, había poca claridad, a causa del polvo que cubría los cristales.

A la derecha se alzaba la escalera principal. Serpenteaba por el interior de la torre, dando acceso a rellanos, en cada piso, que permitían alcanzar múltiples habitaciones pequeñas. El caracol de la escalera se perdía en la oscuridad de más arriba.

Sobre el suelo se distinguían las diferentes piezas de un complicado aparato: cadenas y cuerdas colgaban del techo, y un molino, que debía ser accionado por un caballo, se encontraba a un lado. Era un eje vertical en lo alto del cual se veía fijada una barra transversal. A cada uno de los extremos de aquella barra colgaban correas y un collarín, aunque el arnés estaba vacío.

- ¿Qué es eso? - preguntó Jorian.

- Cuando las clepsidras funcionan, el agua que las hace funcionar debe ser bombeada diariamente de los pozos y enviada al depósito que hay arriba. Dos muías, atadas a este molino, hacen girar el eje, que mueve la bomba gracias a esas cadenas y aquellas poleas. Pero estoy seguro de que comprendes todo esto mejor que yo. Desde que los relojes se pararon, las muías se emplean en otras necesidades. ¡Hola! ¡Saghol!

Un montón de harapos se movió en un rincón y Jorian distinguió a un hombre dormido. Al tiempo que se levantaba este último, una sonrisa hendió su rostro oscuro y descubrió una hilera irregular de dientes amarillentos.

- ¡Ah! ¡Doctor Karadur! - dijo el hombre, que siguió hablando en penembiano. Jorian interpretó que quería saber si deseaban subir.

- Sí - respondió Karadur y, volviéndose hacia Jorian, le preguntó- : ¿Cuánto pesas, hijo mío?

- Noventa y cinco la última vez que me pese. Empiezo a preocuparme cuando paso de los cien. ¿Por qué?

- Para darte un contrapeso.

Karadur se volvió hacia el encargado del ascensor.

- Danos ciento setenta y cinco.

Saghol tiró de una de las cuerdas que colgaban y se oyó el débil tintineo de una campana.

- Sube conmigo - dijo Karadur.

El mago se instaló en una gran caja de madera descubierta, de seis pies de lado, con un quitamiedos y un arco de metal unido a una cadena que se perdía en la oscuridad que empezaba por encima de sus cabezas.

Saghol tomó una cuerda y tiró de ella trece veces, esperando después de cada tirón. Luego, tiró dos veces de la primera cuerda. La campana volvió a tintinear.

- ¿Que hace? - preguntó Jorian.

- Advierte a sus colegas de arriba para que coloquen un contrapeso de ciento setenta y cinco

en el otro lado. Agárrate bien.
Jorian agarró uno de los montantes de la caja, que empezó a subir oscilando.
- ¡Por las doradas patillas de Zevatas! - exclamó, mirando hacia abajo.
- No hagas movimientos bruscos - le pidió Karadur- , si no harás balancear la cesta como si fuera un péndulo.
Las escaleras y las salas de la torre desaparecían en la oscuridad a medida que subía el ascensor. Las paredes se acercaban progresivamente, pues la torre tenía forma piramidal. En el piso dieciséis se cruzaron con la otra cestilla, cargada con piedras. El chirrido de las poleas y los chasquidos de las ruedas dentadas eran cada vez más ruidosos.
La cestilla se detuvo y Karadur salió de ella apresudaramente, seguido de Jorian. Dos musculosos irazíanos, cubiertos de sudor, descansaban del esfuerzo que debieron so portar para girar las dos grandes ruedas provistas de unos mangos. El eje que soportaban aquellas ruedas estaba unido mediante un engranaje a una enorme rueda dentada colocada justo encima del pozo de la torre. La barquilla en la que Jorian y Karadur habían subido colgaba del extremo de una cadena de hierro fijada a la rueda dentada, y la otra barquilla, la que sirviera de contrapeso, colgaba al otro extremo de la cadena. Una cuña fijaba el engranaje.
- ¡Buf! - resopló Jorian, mirando el pozo que se hundía en las profundidades de la torre- . Es más terrible que ver a la princesa Yargali convertirse en serpiente en mi cama.
- ¡Vamos, vamos, hijo mío! ¿Por qué te rebajas? - protestó Karadur- . ¿Vuelves a caer en tu antiguo vicio?
- No muy a menudo, Venerable Padre. De todos modos, no creo que estos individuos entiendan el novariano.
Se acercó a una de las ventanas. Iraz la magnífica se extendía bajo sus ojos, con largas y rectas avenidas cortadas por un laberinto de calles y callejas. Sobre el mar de techos de color ocre, las placas metálicas que cubrían los templos y los edificios públicos brillaban bajo el sol como diamantes esparcidos sobre una alfombra roja.
- ¡Oh! - exclamó Jorian- . Decidme, Karadur, ¿y el palacio? ¿Y el templo de Ughroluk? ¿Y la Casa de la Sabiduría? ¿Dónde vivimos?
Karadur señaló algunos lugares interesantes. Jorian observó:
- Me pregunto por qué el rey no intenta aumentar su tesoro permitiendo que todo el mundo suba a la torre para admirar la ciudad... cobrando algo por la entrada.
- Uno de los predecesores de Ishbahar lo hizo, pero hubo tantos jóvenes que se tiraron de la torre después de un desengaño amoroso que al final se arrepintió de su decisión. Ya has visto bastante. Sígueme.
El anciano precedió a Jorian por una estrecha escalera que conducía al piso superior, lleno de piezas de una máquina. Por un lado, se alzaba un ascensor parecido al que les había llevado hasta la mitad de la torre, pero más pequeño.
- Este sube el combustible hasta el faro - explicó Karadur- . Y este es Yiyim.
Un ruido metálico provenía del mecanismo de relojería. Un hombrecillo del tamaño de un enano, de barba grisácea, salió de las ruedas de la máquina. Llevaba un martillo en la mano, con el que acababa de golpear en la gran rueda de bronce.
- ¡Eh! Yiyim - dijo Karadur- , te presento a Jorian el Kortoliano, a quien el rey ha pedido que repare los relojes. Jorian, te presento al maestro relojero, Yiyim.
Yiyim les miró en silencio, con los puños en las caderas; sólo se le oía el aire que le salía por la nariz. Luego, arrojó furioso el martillo contra el suelo.
- ¡Maldito viejo adulador! - exclamó con voz penetrante- . ¡Aborto de trucha y demonio! ¡Estúpido metomentodo!
Añadió varios epítetos que no entraban en el vocabulario penembiano que conocía Jorian.
- Así que tu intriga al final ha funcionado, ¿eh? Y piensas que le voy a enseñar a este joven charlatán cómo funcionan los relojes, para que me robe mis ideas y las ponga en marcha y se quede con mi puesto, ¿verdad? Bien, no le ayudaré en nada! ¡Ni palabra! ¡Y ojalá os pillen las ruedas y os conviertan en pasta de carne! ¡Ojalá y los dioses os escupan a la cara!
Yiyim se desvaneció por la escalera. El ruido del ascensor al ponerse en marcha anunció su partida.

- Algo me dice que será mejor que no me ponga a los pies de la torre cuando ese tipo esté arriba - dijo Jorian- . Me temo que podría recibir algo en la cabeza.
- ¡Oh, es inofensivo! Si lo consigues, Ishbahar le asignará una pensión tras despedirle y no se atreverá a plantar cara por miedo a perderla.
- ¿Sí? ¡Humm! Ya he visto lo que pasa cuando creéis que alguien es honesto y digno de confianza.
Jorian recogió el martillo.
- Ya tengo una herramienta. Hay un armarito en aquella pared, pero está casi vacío.
- Las herramientas se han perdido o han sido robadas con el paso de los años - explicó Karadur- . Tendrás que conseguir otras nuevas.
- Lo haré cuando haya visto los trabajos que hay que efectuar.
Durante una hora, Karadur se quedó sentado en la postura del loto sobre el suelo, absorto en sus meditaciones, mientras Jorian inspeccionaba, palpaba y golpeaba el mecanismo. Al fin, dijo:
- Hace años que no trabajo con un reloj, pero está claro que este mecanismo no puede funcionar.
- ¿Por qué, hijo mío?
- Por varias razones. En primer lugar, una de las paletas de escape está torcida. Además, alguien ha debido dar un buen golpe en una de las ruedas y le falta un diente. Por último, el aceite de los rodamientos se ha secado y está endurecido, de modo que no se pondría esto en marcha ni aunque todo lo demás estuviera bien.
- ¿Podrás reparar las clepsidras?
- Así espero, pero primero tengo que encargar herramientas. ¿Quién es el mejor artesano de Iraz?
El día veintitrés del Mes del Ciervo, una procesión llegó al patio de la Torre de Kumashar. Una orquesta iba en cabeza. A continuación, una compañía de guardias reales, formada por tres pelotones de alabarderos, espadachines y ballesteros. Al fin, la litera real, llevada a hombros, no por esclavos, sino por caballeros de alto rango de la corte, la mitad de los cuales vestía pantalones y la otra mitad kilts. Un escuadrón de caballería cerraba el desfile.
Los cortesanos depositaron la litera ante la entrada principal. En el momento en que se corrieron los cortinajes, los soldados se pusieron firmes y entrechocaron sus armas a modo de saludo, mientras los restantes miembros de la escolta echaban pie a tierra.
Un hombre enorme, vestido con una toga blanca bordada de oro, con una peluca rizada coronada por una tiara de oro con forma de serpiente, se separó a duras penas de la litera. Jadeaba por el esfuerzo.
Cuando se hubo calmado su respiración, alzó la mano solemnemente y el sol hizo centellear el enorme rubí que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda. Con voz aguda y sofocada, dijo:
- ¡Levantaos, amigos míos! ¡Ah, doctor Karadur!
El rey avanzó bamboleante. El día anterior había llovido y un charco le cerraba el paso. Uno de los caballeros se apresuró a cubrirlo con la capa.
Karadur se inclinó. El rey dijo:
- ¿Es éste vuestro joven... bueno, Maese... hum?
- Jorian, Su Majestad - contestó Karadur.
- ¿Maese Jorian? Me alegra conoceros, joven, ¡je, je! ¿Están ya reparados los relojes?
- Sí, Su Majestad - dijo Jorian- . ¿Os gustaría verlos?
- Con mucho gusto. ¿Funciona el ascensor?
- Si, Sire.
- Esperemos que todos sus elementos sean sólidos y robustos, pues no somos tan delgados, precisamente, como una sílfide, ¡je, je! Vamos.
El rey avanzó jadeando hasta la monumental puerta. En el interior, el suelo de la torre había sido barrido y aseado a toda prisa. Dos mulos hacían girar el molino y un mulero, de vez en cuando, golpeaba a uno u otro animal con el látigo. Las ruedas y las poleas chirriaban suavemente. El rey se instaló en la barquilla.

- Doctor Karadur - dijo- , sería un crimen que a vuestros años tuvierais que subir a pie treinta pisos, así que poneos a nuestro lado; vos también, Maese Jorian, así podréis responder a nuestras preguntas técnicas.
- ¡Su Majestad! - gritó uno de los nobles, un hombre alto y delgado con una barba gris recortada en punta- . Sin querer ofender a los señores Karadur y Jorian, debo decir que será muy arriesgado no llevar con vos a un guardia armado.
- Bien, bien. Un soldado de élite bastará.
- Si el ascensor puede llevar su peso - comentó Jorian.
- ¿Cuál es el máximo?
- No lo sé exactamente, pero con nosotros no creo que ande ya muy lejos.
- ¡Ah! Bien. Bueno, es igual, ya es muy tarde para que sigamos un régimen. ¡Coronel Chuivir!
- Sí, Sire - respondió el soldado que tenía más penacho, un hombre de sorprendente belleza, tan alto como Jorian.
- Designad algunos guardias que suban a pie por la escalera, permaneciendo siempre al nivel del ascensor en el que nos encontramos. Elegid hombres de sólido corazón. No querríamos verles caer en mitad de la carrera, ¡je, je!
Como la torre, Saghol, el ascensorista de la planta baja de la torre, había sido aseado para celebrar la ocasión. Tiró de las cuerdas y la barquilla se elevó.
Cuando llegaron al nivel de los relojes, el rey salió del ascensor que, liberado de tal peso, empezó a oscilar, siguiendo el monarca su camino soplando hasta el piso superior, donde se encontraba el mecanismo de las clepsidras.
El aparato estaba en plena acción y hacía un ruido infernal. El eje, arrastrado por el molino situado en la planta baja, giraba al accionar la bomba que elevaba el agua de la cisterna hasta el depósito de más arriba. El agua se vertía en el depósito por un conducto que llegaba por encima de una gran rueda que tenía pequeños cubos por toda su circunferencia. Cuando uno de los receptáculos se llenaba, el escape liberaba la rueda, permitiéndola girar hasta que otro se encontraba bajo el chorro.
Cumplido el recorrido, los cubos se invertían, vaciando su contenido en una cañería que conducía hasta la cisterna. La rueda que los transportaba tenía un dispositivo que la enlazaba con los ejes de los cuatro relojes situados en los cuatro costados de la torre. Otro mecanismo hacía sonar las horas.
- Je, je! Hacía años que no subíamos hasta aquí - dijo el rey Ishbahar, alzando la voz para que le oyeran por encima del ruido- . ¿Seríais tan gentil para explicarme cómo funciona todo esto, maese Jorian?
Jorian hablaba ya el penembiano con bastante fluidez, aunque todavía se liaba un poco con la gramática. Le explicó al rey el mecanismo de las clepsidras, ayudado por Karadur cuando tenía algún problema de traducción. Mientras Jorian hablaba, varios caballeros, que habían tomado el ascensor en un segundo viaje, entraron en la habitación.
- Sin duda, habréis oído hablar del doctor Borai, Jorian - dijo el rey- . Es el director de la Casa de la Sabiduría... al menos, de momento.
Borai, de voluminoso vientre, con kilt y barba gris, se inclinó ante Jorian murmurando algo que Jorian no entendió y mirando de soslayo a Karadur.
- Perdonadnos unos instantes - dijo el rey- . Nos gustaría hablar acerca de unos planes relativos a la ciudad y, ¿qué mejor lugar podríamos encontrar para discutir tal tema que este nido de águilas desde el que la ciudad se extiende a nuestros pies como un mapa?
El rey se tambaleó hasta una ventana, seguido de Borai, a quien señaló varias cosas, charlando animadamente.
- Permitid que me presente, maese Jorian. Soy lord Vegh, estasiarca de los Pants. Por vuestra ropa, veo que sois un hombre de ideas liberales, como los honorables miembros de mi grupo. Cuando adoptéis la nacionalidad penembiana, quizá queráis...
- Reclutando un nuevo miembro, ¿verdad, Vegh? - dijo el hombre alto y delgado que llevaba barba gris y puntiaguda- . Eso no es muy deportivo, ya lo sabéis.
- El primero en llegar es a quien primero sirven - dijo Vegh.
- Perdonadme, señores - dijo Jorian- . Nada sé de la política iraziana. Explicadme, por favor.

Vegh sonrió.
- Os presento a lord Amazluek, estasiarca de los Kilts. Naturalmente, a él le gustaría enrolaros en sus...
- ¡Bah! - bufó Amazluek- . Ese pobre muchacho acaba de llegar a Iraz. ¿Cómo iba a conocer las antiguas y gloriosas tradiciones que cultiva y apoya mi grupo? Sabed, sin embargo, joven, que si tenéis interés en frecuentar amistades de la más alta condición, deberíais abandonar ese ropaje bárbaro y grosero...
- Me parece que maese Jorian y yo estábamos discutiendo algo cuando aparecisteis, Amazluek - le cortó Vegh- . Tened la amabilidad de ocuparos de vuestros asuntos mientras...
- ¡Me ocupo de mis asuntos! - exclamó Amazluek- . Cuando os veo acorralando a un pobre extranjero inocente...
- ¡Acorralar! - aulló Vegh- . ¿Cómo os atrevéis...
- ¡Señores, señores! - exclamaron varios cortesanos, interponiéndose entre los estasiarcas y su cólera.
- ¡En todo caso - dijo Amazluek- , nadie de mi grupo se ha portado como un traidor y ha huido a las provincias para fomentar la rebelión!
Se dio la vuelta y se marchó dignamente.
- ¿De qué hablaba? - preguntó Jorian, con aire inocente.
- ¡Oh! - le contestó Vegh- . Aludía a ese perro de Mazsan, jefe de una facción disidente. Era miembro de mi honorable grupo, del que tuvimos que expulsarle. No se puede eludir a los extremistas dispuestos a todos; Mazsan era el nuestro.
- ¿En serio?
- Ved, maese Jorian, nosotros - es decir, los Pants- , somos moderados. Seguimos la vía media, pidiendo que el Consejo Real sea elegido y que se le otorgue poder legislativo. Por un lado, están los conservadores atrasados, como Amazluek, que querrían luchar contra el progreso. Al otro, los fanáticos como Mazsan, que querría abolir la monarquía. Sólo nosotros somos razonables.
- ¿Y qué sabéis de la marcha de ese tal Mazsan?
- Huyó con algunos cómplices, y todos han desaparecido. Corre el rumor de que han abandonado la ciudad tras una intentona fallida de usurpar mi puesto a la cabeza del grupo. Pero nadie les ha vuelto a ver. Quizá algunos de los jóvenes y ricos secuaces de Amazluek sorprendieran una reunión de conspiradores, los ejecutaran, y hayan ido contando la historia de su huida para desacreditar a los Pants. Así que...
- Señores - dijo el rey, jadeante, Nos parece que ya hemos tenido bastante por hoy. Volvamos al pie de la Torre. Tenemos que hacer una declaración.
De vuelta al patio, el rey Ishbahar se adelantó al centro de un cuadrado delimitado por sus guardias y dijo:
- Nos complace anunciar que, como reconocimiento a los servicios prestados a la Corona y al Estado - a saber, la reparación de los relojes de la Torre de Kumashar- , nombramos al doctor Karadur de Mulvan director de la Casa de la Sabiduría, y a maese Jorian de Kortoli Relojero Mayor del Rey. En reconocimiento a sus numerosos años de buenos y leales servicios, el doctor Borai y el Relojero Mayor Yiyim disfrutarán de una pensión de retiro. El doctor Borai es nombrado asimismo miembro honorario de la comisión de urbanismo.
- ¡Vaya! ¿Quién ha dicho que yo quería ser relojero mayor? - le susurró Jorian a Karadur.
- No te inquietes, hijo mío. Tendrás que hacer algunas cosas mientras me ocupo en encontrar el medio de rescatar a tu mujer, y el salario es interesante.
- Bueno, bueno. A Borai no parece gustarle el retiro.
- No me sorprende, pues ganará menos de la mitad. La comisión de urbanismo no retribuye a sus miembros.
- Otro enemigo al que atender.
- Eres demasiado desconfiado...
- Y, ahora, señores, dijo el rey, volvamos a nuestra humilde morada. Doctor Karadur y Maese Jorian, por nuestro placer, os invitamos a compartir nuestro almuerzo.
En el camino que conducía de la torre al palacio, Karadur y Jorian franquearon un enorme

portal que se abría en los jardines de la morada real. Su cima estaba coronada por picas de hierro; una de ellas mostraba una cabeza humana.
- La Puerta de la Felicidad - dijo Karadur.
- Ese de ahí arriba no parece muy contento - dijo Jorian, señalando la cabeza
- Sí, ahí es donde se exponen las cabezas de los malhechores.
- ¡Que idea más curiosa nombrar de ese modo un lugar parecido!
- Dices la verdad, hijo mío. Y, no obstante, el actual monarca es clemente y misericordioso. Raramente se exhibe más de una cabeza. Los conservadores murmuran que tanta indulgencia no puede hacer otra cosa que animar a los bandidos.
En el palacio, el rey despidió a los caballeros que llevaban la litera. Jorian y Karadur fueron conducidos a un comedor privado, donde comieron solos con el rey, salvo dos guardias, que se mantuvieron en un rincón, un secretario tomando notas, y el hombre encargado de probar los platos antes que el rey.
Tras algunas trivialidades, Jorian empezó a hablar de su encuentro con los piratas de Algarth durante su viaje por mar.
- Por lo que he oído decir - explicó- , son cada vez más agresivos en las costas. ¿Podría preguntarle a Su Majestad qué medidas se han tomado contra ellos?
Con aspecto embarazado, el rey Ishbahar se volvió hacia su secretario:
- Recuérdame que hable de ello con el almirante Kyar, Herekit. Me gustaría - siguió, volviéndose hacia Jorian- persuadirles para que vivieran como los demás hombres. ¿Sabéis que esos canallas han tenido la desfachatez de pedir un aumento de la ayuda anual que les damos?
- Queréis decir que Su Majestad paga un trib... ¡ay! - Jorian se calló bruscamente, pues Karadur acababa de darle una patada por debajo de la mesa- . Quiero decir que, ¿vuestro gobierno les entrega una... subvención a esos individuos?
- Podría verse así, sí. Sé que es un tema muy sujeto a la controversia. A menudo lo discutimos en las reuniones del consejo. Pero nuestro gran filósofo, Rebbim, sostiene que no se debe culpar a tales individuos por sus acciones. El archipiélago algarthiano es un montón de rocas desoladas y batidas por las olas donde es difícil encontrar alimento. Los habitantes de aquel implacable país deben elegir entre la piratería y el hambre. Nos pareció más humano y caritativo ayudarles, a condición de que no ataquen nuestros navios.
Además, esta subvención, en principio, apenas era una fracción de lo que habría que dedicar a poner en marcha una flota de guerra. ¿Sabéis que el timonel de un banco de remeros gana tres escudos diarios? ¡Hay gente que nunca está satisfecha! - El rey agachó la cabeza y sus carrillos oscilaron- . Pero pasemos a un tema más agradable. Probad ese hígado de rinoceronte acompañado de una salsa de sesos de lamprea. Estoy seguro de que nunca habréis probado nada semejante, ¡je, je!
Jorian lo probó.
- Su Majestad tiene razón - dijo, tragándose todo lo que podía- . Su servidor nunca ha comido nada parecido. Pero, sin querer disgustar a Su Majestad, he llegado a un punto en que apenas puedo masticar y ya no puedo tragar un bocado más. Estoy lleno.
- ¡Vamos! ¿Un muchacho robusto y vigoroso como vos? Lo que habéis comido no salvaría a un pájaro de la muerte por inanición. ¡Ni a un pájaro!
- Eso depende del pájaro, su Majestad. He comido tres veces más de lo que como de ordinario. Es como la historia del rey Fusinian y el Diente de Grimnor que le he contado a Su Majestad.
Las mejillas del rey se agitaron por la risa.
- ¡Ah! ¡Maese Jorian! Si los dioses Nos lo hubieran permitido, nos habría gustado tener un hijo como vos!
Jorian, sorprendido, alzó los ojos.
- Soy indigno de vuestras bondades, Majestad, pero... - Su mirada planteaba una muda pregunta.
- Maese Jorian - dijo Karadur- lleva muy poco tiempo en Iraz, Sire, y ha trabajado noche y día en los relojes. Sabe muy poco de los problemas dinásticos.

- Los problemas dinásticos, según la expresión delicada de nuestro querido y sabio doctor, se reducen a poca cosa. Hemos tenido varias mujeres, dos de las cuales aún están con vida. Pese a todas las personas del sexo femenino que tenemos a nuestra disposición, no hemos podido tener más que un hijo, que murió antes de llegar a la edad adulta. No nos queda más remedio que transmitir la corona a uno de nuestros sobrinos que, dicho sea de paso, no valen gran cosa.

Pero hablemos de temas más alegres. Dentro de tres días se celebrarán las fiestas de Ughroluk y las mayores carreras del año. Los dos ocuparéis, como caballeros de mérito, asientos reservados en el hipódromo, justo detrás de nuestro palco real. Estaréis más seguros si las facciones arman problemas.

El rey suspiró al contemplar los platos que se encontraban ante él, aún abundantemente llenos.

- Nos gustaría pasar toda la tarde entregados a los inofensivos placeres gustativos, pero, ay, tenemos que echarnos la siesta, tras la cual hemos de ocuparnos de un proceso muy fastidioso. ¡Oh, qué duro es ser rey!

Sabéis, maese Jorian, que, en nuestra juventud, padecimos el mal de la erudición. Se sigue encontrando en las bibliotecas nuestro tratado de pronunciación del penembiano en tiempos de Juktar el Grande. Pero todo eso, ay, ¡qué lejos queda! Estos últimos años, nos hemos esforzado en escribir nuestras memorias, pero los asuntos públicos roen tan implacablemente nuestro tiempo que apenas hemos alcanzado el tercer capítulo.

- Os comprendo muy bien - dijo Jorian- , pues a veces siento deseos de ser un sabio como el doctor Karadur. Hace tiempo, efectué algunos estudios en la Academia de Othomae, pero las exigencias y las contingencias de la vida nunca me han permitido permanecer el tiempo suficiente en ningún lugar como para emprender estudios más serios.

- Ahora que vivís entre nosotros - concluyó el rey- , estoy seguro de que conseguiréis resolver esas dificultades. Pero debemos despedirnos. Hasta pronto, queridos amigos.

Un poco más tarde, Jorian observó:

- Parece un hombre amable y bueno.

- Amable, sin duda - dijo Karadur- , pero olvida los deberes públicos en beneficio de su estómago, y no tiene más nervios que una mota de mantequilla. Desde un punto de vista estrictamente moral, apruebo su actitud bonachona, pero me temo que no sea la actitud más adecuada para hacer frente a un mundo tan podrido.

Jorian esbozó una mueca:

- ¡Sois el mismo hombre que me reprochaba incesantemente mi juvenil cinismo, como disteis en llamar! ¡Decís cosas muy amargas!

- Debe ser contagioso y me he quedado con algo de tu crítico espíritu. En tanto el reino no se las vea con graves problemas, el rey Ishbahar se las arreglará muy bien, pero si estalla una crisis... ¡Bueno, ya veremos!

- ¿Tiene Mazsan alguna posibilidad? Un puñado de hombres no puede llevar durante mucho tiempo las riendas de un estado.

- Mazsan ha vivido en Novaría y volvió de allí con la cabeza llena de ideas sublimes relativas a la implantación de una república siguiendo el modelo de Vindium. Tiene una influencia muy grande en el país, pues hay muchos funcionarios reales corrompidos que oprimen al pueblo. Esperemos, no obstante, que Mazsan no triunfe.

- ¿Por qué? Los vindinos no se portan peor que cualquier otra de las Doce Ciudades, aunque tengo la impresión de que no les va tan bien.

- No hay nada que objetar acerca de las ideas de Mazsan, que, en sí mismas, no son malas, sino en cuanto al individuo... Le conozco. Es enérgico, brillante e idealista, pero lleno de odio, de rencor y crueldad. Ha jurado que, si llega al poder, no habrá una cabeza en la Puerta de la Felicidad, sino mil. Se dice que quiere conseguir que los nómadas salvajes de Fedirun le ayuden a lograr su objetivo.

- Qué lástima que no podamos separar al hombre de sus ideas - suspiró Jonan.

- Sí, pues ése es el arrecife donde se han estrellado muchas hermosas teorías políticas. Mazsan habría podido elaborar la mejor constitución del mundo, aunque, ¿qué interés tendrán en ella los irazianos si los decapita a centenares... lo que hará en cuanto tenga en poder?

- En ese caso - dijo Jorian- , elegir entre la amable mota de mantequilla real y la inteligencia sanguinaria de Mazsan es elegir entre el ahorcamiento y la decapitación.
- Es cierto. ¡Así van las cosas en este perro mundo!

V
EL TÚNEL DE HOSHCHA

En la mañana del día veintiséis, un cielo nuboso, anunció lluvia. La desembocadura del Lyap estaba cubierta de pequeñas embarcaciones que hacían la travesía de una orilla a la otra, diseminándose como una nube de insectos. Millares de irazíanos cruzaban el río camino a Zaktan.
Jorian y Karadur subían por la calle que se alejaba del puerto de Zaktan. Conducía hasta el sagrado recinto del templo de Nubalyaga. Siguiendo la riada del populacho, Jorian y Karadur rodearon el templo por la derecha. Pasaron ante la entrada del recinto sagrado, enfrentada al este.
El templo era una edificación imponente, rematada por cúpulas, torreones y flechas. Los techos recubiertos de plata brillaban mates bajo el cielo gris. Dos estatuas de Nubalyaga, de treinta pies de altura, flanqueaban su entrada. Representaban a una mujer desnuda y muy hermosa. Una de ellas mostraba a la diosa tensando un enorme arco; la otra vertía agua de una jarra.
- La de la izquierda, aleja los eclipses - le explicó Karadur- , mientras que la otra, controla las mareas.
Jorian se detuvo para admirarlas.
- Divertido - comentó- . Soñé la noche pasada con una mujer parecida.
- ¿De verdad? ¿Qué hacía?
- Dijo algo así como: Desconfía de la segunda corona, hijo mío. Pero estaba tan vestida como estas estatuas y, como he permanecido casto, aun a mi pesar, desde que dejamos Metouro, intenté hacerle el amor. En aquel momento se transformó en humo y desapareció. Pensé que el suelo no era más que una representación de mis deseos reprimidos, y como aquellas palabras no querían decir nada, no presté atención, y me he olvidado del resto de la visión.
- Hum. Debe ponerse mucho cuidado con tales manifestaciones, pues los dioses aparecen de verdad a los ojos de los mortales, ya lo sabes.
- Si el consejo de la diosa no es mejor que el de Tvasha, el diosecillo verde que encontramos en Shven, creo que podría prescindir de él gustosamente.
El templo se situaba en una elevación del terreno, y la ruta que se alejaba hacia el este descendía suavemente por la ladera. Una densa multitud se apretujaba en la calle: irazianos, hombres con pantalón o kilt y mujeres con túnicas rojas; extranjeros de Fedirum o Novaria, e incluso - sudando bajo las pieles y gruesas ropas de lana- rubios bárbaros de la lejana Shven. Los irazianos ataviados con kilts llevaban los colores de su grupo, rojo y blanco, mientras los miembros de los Pants vestían de azul y oro.
- Me alegra saber que padeces los asaltos de la carne - dijo Karadur- . Es la etapa preliminar e indispensable para cualquier progreso en el camino de la perfección moral y la iluminación espiritual. ¿Te has ligado a alguna filosofía o doctrina ascética?
- No. Me he limitado a suponer que a Estrildis no le gustaría saber que la engaño. En cierta medida, es lo que llamáis amor. Pero, si la encuentro, recuperaré el tiempo perdido.
Llegaron al pie de la muralla exterior del hipódromo, donde superpuestas arcadas de piedra sustentaban las gradas. La multitud se escindió en varias filas, cada una de las cuales se dirigía a una entrada.
- Nuestra entrada dice Puerta Cuatro - dijo Jorian- . ¿Cuál es?
- A la derecha - contestó Karadur.
Entre la multitud se alzaban los gritos de los buhoneros, vendiendo banderines, juguetes, programas hechos a mano, comida y bebida. Jorian y Karadur encontraron la Puerta Cuatro y fueron arrastrados al interior del estadio por la marea de los espectadores. Un acomodador les

pidió los billetes, hizo una profunda reverencia al ver el sello de Ishbahar y condujo a los dos hombres hacia unos asientos situados justo por encima del palco real que caía a pico sobre el centro de la pista elíptica.

Jorian y Karadur se instalaron y sacaron algo de comer. A la izquierda, los asientos estaban reservados para los miembros activos de los Pants, y, por lo tanto, decorados de azul y oro. A la derecha, el rojo y el blanco dominaban las filas destinadas a los Kilts. Desde un lado y otro de los asientos reservados a los cortesanos y a los altos funcionarios - donde se encontraban Jorian y Karadur- , los miembros de los dos grupos se lanzaban hostiles miradas. De vez en cuando, se oía un insulto por encima de la barahúnda general.

Jorian terminó su cerveza en el momento en que una fanfarria anunció la llegada del rey. Todos los espectadores se levantaron mientras Ishbahar se tambaleaba hacia el palco y se instalaba en el trono dorado. Los espectadores se sentaron, y el rey hizo un gesto a su heraldo, que tomó un altavoz. Ishbahar sacó una hoja de papel de junco y unas gafas. Empezó a leer con voz aguda, haciendo pausa entre las frases para que el heraldo pudiera repetir sus palabras.

El discurso era breve y bastante soso, y Jorian pudo entender algunas palabras: ... ocasión favorable... gloriosa nación... valerosos adversarios... espíritu deportivo... que gane el mejor...

Cuando el rey terminó, un miembro de los Pants se levantó y gritó:

- ¿Cuándo castigará Su Majestad a los asesinos de Sefer?

El rey contestó por mediación del heraldo:

- Por favor, querido señor, no es éste el momento más adecuado para resolver ese problema. Nos ocuparemos...

Pero la voz del heraldo quedó cubierta por los alaridos de ¡Justicia! ¡Justicia! lanzados por la multitud de los Pants. A su vez, los Kilts, empezaron a gritar:

- ¡Sentaos! ¡Silencio! ¡Sentaos! ¡Silencio!

- ¿Quién es Sefer? - preguntó Jorian.

- Un importante miembro de los Pants que apareció asesinado. Los Pants pretenden que a manos de un grupo de Kilts; los Kilts lo niegan.

Los gritos del heraldo y los amenazantes movimientos de los guardias con relucientes armaduras de bronce y cascos de acero rematados con penachos consiguieron acallar a las facciones rivales.

- La carrera de tortugas será el primer evento - dijo Karadur- , para divertir a la multitud y acallar el odio de los espíritus (si es que puedo permitirme tal palabra) de los hombres de las dos facciones.

En la línea de salida de un extremo de la pista, Jorian descubrió, gracias al catalejo, cuatro enormes tortugas. Cuando se alzaban sobre sus gruesas patas arqueadas, la parte más alta de su caparazón llegaba a la altura de un hombre de buena estatura. Sobre el dorso de cada tortuga iba atada una silla, idéntica a la de los camellos. Sobre cada silla se sentaba un hombre vestido con un traje abigarrado.

Una trompeta dio la señal de partida, y las cuatro tortugas partieron con paso tambaleante. Necesitaron bastante tiempo para alcanzar las tribunas donde se encontraba Jorian. Mientras tanto, las apuestas corrieron por las gradas.

Cuando las tortugas pasaron ante las tribunas, caminando penosamente, la multitud aulló, animando a los jinetes, dos de los cuales portaban los colores de los Kilts y los otros dos los de los Pants. En su excitación, empezaron a golpear a latigazos a sus adversarios, saltando peligrosamente sobre las monturas, entregados a risibles cabriolas.

- Siento cierta simpatía por los Kilts, aunque yo lleve pantalones - dijo Jorian.

- ¿Por qué, hijo mío? ¿Te gusta el espíritu aristocrático?

- En lo más mínimo; pero sus colores, rojo y blanco, son los mismos que los de la bandera de Xylar. El grito de guerra xylariano era el mismo ¡Rojo y Blanco! - Jorian suspiró- . A veces lamento que aquellos imbéciles no me dejaran demostrar lo buen rey que podría llegar a ser.

Las tortugas siguieron su camino por la otra parte de la pista. Sólo darían una vuelta. El buen humor de la multitud había vuelto a ocupar las gradas.

A continuación, se celebró una carrera de cebras. Luego, un destacamento de la guardia real,

cuyas armaduras brillaban como espejos, desfiló bajo los acordes de una marcha militar, deteniéndose ocasionalmente para ejecutar algunas demostraciones del manejo de la jabalina.
Seis camellos, montados por hombres del desierto de Fedirun ataviados con túnicas marrones, recorrieron la pista cuatro veces. Un carro tirado por blancos bueyes, con una estatua dorada del dios Ughroluk, precedido por un centenar de sacerdotes cantando un tenante himno, dio vuelta a la pista lentamente. Muchos espectadores acompañaron el cántico de los sacerdotes. El dios, coronado con plumas de avestruz de colores escarlata, oro y esmeralda, llevaba un rayo de plata en una mano y un rayo de sol, dorado, en la otra.
Dos elefantes del rey Ishbahar, vestidos de púrpura y oro, se arrastraban pesadamente por la pista, avanzando lentamente pese a los gritos de sus cornacs y los aguijonazos que les propinaban. Luego, se enfrentaron dos equipos de unicornios.
- Y, ahora, los caballos - dijo Karadur- . Como esos animales son los más rápidos, su carrera decidirá quién, los Pants o los Kilts, gana la jornada.
La tensión aumentó. Los clarines marcaron la salida. En el momento en que los cuatro carros - dos azul y oro; dos rojo y plata- pasaron ante las tribunas, no se escuchó otra cosa que los gritos de aliento de los dos grupos.
Los concursantes debían dar siete vueltas a la pista. Con cada pasada, la excitación iba en aumento. En el momento en que los carros recorrían las tribunas, los espectadores se levantaban, alzando los puños, aullando, espumeándoles la boca.
Cuando los cuatro vehículos empezaron a dar la cuarta vuelta, se escuchó un chasquido y se vieron volar fragmentos de carro. Dos contendientes habían colisionado. Una rueda siguió corriendo durante medio camino de flecha antes de caer. Cuando se disipó el polvo, Jorian pudo ver a dos camilleros que cruzaban la arena para llevarse a uno de los conductores. Vio, igualmente, un caballo herido que intentaba levantarse.
Cuando los dos carros que quedaban empezaron a dar la quinta vuelta, los miembros de los servicios habían limpiado lo más visible de los daños. Los dos concursantes pasaron y volvieron a pasar sin destacarse uno del otro. En la última vuelta, se lanzaron rueda contra rueda hacia la meta. En el momento en que pasaron ante el palco real, Jorian no pudo distinguir cuál de ellos llevaba ventaja.
Los jueces se reunieron para discutir la llegada en el extremo de la pista; acto seguido, dos de ellos se precipitaron hacia el palco real. Tras una corta discusión, el heraldo anunció:
- ¡Ha ganado el conductor Paltoi, de los Pants!
Los Pants aplaudieron. Jorian observó que los penembianos aplaudían como los novarianos, chocando las manos y no chascando los dedos, corno los mulvanianos.
De las filas de los Kilts se alzó un murmullo. Cada vez se hizo más fuerte, siendo entrecortado por el grito de ¡Tramposo! Los Pants también empezaron a gritar.
- Bueno, no soy un experto en cuestiones deportivas; y mis ojos están demasiado fatigados como para distinguir irregularidades. De todos modos, creo que sería mejor que nos fuésemos.
- ¿Por qué?
- Las carreras han terminado; sólo quedan por entregar las recompensas de los vencedores; pero mis sentidos espirituales me dicen que una reyerta está a punto de estallar. Además, creo que va a llover.
- Muy bien - dijo Jorian, levantándose.
En aquel momento, una pesada jarra de cerveza partió desde el grupo de los Kilts en dirección a los Pants y, girando por el aire, se aplastó en la cabeza de Jorian, que se derrumbó en su asiento.
- ¡Hijo mío! - exclamó Karadur- . ¿Estás herido?
Jorian sacudió la cabeza.
- No tengo la impresión de que el poco cerebro que me queda se haya quebrantado, pero mejor vámonos.
Se levantó, aunque un tanto vacilante, y se dirigieron hacia la salida. Un hilillo de sangre le corría por el rostro. Otros proyectiles sobrevolaban la hilera central entre los dos grupos enemigos. Los caballeros que ocupaban aquella zona neutral se apresuraron a cubrirse, y las dos facciones no tardaron en levantarse en bloque y arrojarse una contra otra, sacando dagas y

espadines, ocultos hasta entonces. Las trompetas empezaron a resonar; el heraldo aulló; los pitos chirriaron.
Grupos de brillantes guardias se precipitaron desde todas partes intentando separar a los contendientes con ayuda de las jabalinas. Otros se abrieron paso hasta el palco real para proteger al monarca que, sentado, temblaba como una hoja y agitaba desesperadamente las gordas manos. El combate se extendió con rapidez por todo el estadio y los espectadores más pacíficos corrieron hacia las salidas. El ruido adquirió ensordecedoras proporciones.
Tirando de Karadur, Jorian se abrió un trabajoso camino entre la multitud que se dirigía hacia la Puerta Cuatro. En el exterior, se formaban grupos que lanzaban proyectiles, blandían improvisadas armas o combatían a puñetazos, patadas o puñaladas.
Jorian intentó deslizarse entre los combatientes hasta la entrada principal. En el momento en que llegaba a la verja, escuchó un alarido que le hizo volverse.
- ¡Matad a esos sucios extranjeros! - gritaba un hombre. Un relámpago le iluminó y Jorian reconoció a Borai, el antiguo director de la Casa de la Sabiduría. Arengaba a un grupo de Kilts armados. A su lado se encontraba Yiyim, el relojero. La tormenta retumbaba.
- El viejo brujo ha lanzado un hechizo sobre nuestro equipo - gritaba Borai- ; por eso hemos perdido.
- Y el que le acompaña es su aprendiz - añadió Yiyim- . ¡Matadles a los dos! ¡Hacedles pedazos!
La descarnada carcasa de un pollo voló por los aires sin alcanzar a Jorian; lo mismo que un puñado de estiércol de caballo. Un ladrillo, en cambio, alcanzó a Jorian en la cabeza y le hizo tambalearse.
- ¡Corramos, hijo! - jadeó Karadur.
- ¿Dónde? - gritó Jorian.
- ¡Al templo! ¡Al templo de Nubalyaga! ¡Pediremos asilo!
Echaron a correr; la lluvia empezó a caer. El grupo de Kilts se lanzó tras ellos. En el inicio de la pendiente que conducía al templo, Karadur dijo con un suspiro:
- Sigue solo, hijo mío. Yo no podré trepar por esta pendiente.
- No os abandonaré...
- Huye, te digo. Soy viejo, a ti te quedan muchos años...
Sin discutir, Jorian cogió el viejo saco de huesos y se lanzó hacia la cima de la colina llevando a Karadur, pese a las protestas del mulvaniano. Jorian trastabilló en las piedras resbaladizas a causa de la lluvia y cayó. El turbante de Karadur se deshizo. Jorian se levantó y, recogiendo su fardo, echó a correr. La multitud les ganaba terreno.
En la entrada del templo, dos eunucos, detrás de la verja, guardaban la puerta; cruzaron sus lanzas para cerrarles el paso. Jorian, con el rostro cubierto de lluvia, sudor, barro y sangre, estaba demasiado agotado para hablar. Fue Karadur quien gritó:
- ¡Dejadnos entrar, guardias! ¡En nombre de la dama Sahmet! ¡Soy el doctor Karadur, de la Casa de la Sabiduría!
Los eunucos apartaron las lanzas. Cuando Jorian y Karadur estuvieron en el interior, los eunucos cerraron las verjas de bronce. Desde distintos lugares del recinto sagrado, llegaron otros guardias. En un instante, una docena de eunucos, con las ballestas cargadas, se apostaron ante las verjas.
- ¡Largaos o dispararemos a través de los barrotes! - gritaron.
La multitud se agitó y gritó, pero no intentó franquear la verja. Jorian y Karadur se lanzaron hacia la construcción principal del templo.
- Te debo la vida - dijo Karadur.
- ¡Tonterías! Si lo hubiera pensado, quizá os hubiera abandonado a vuestra triste suerte. Os lo merecíais, después de decir que Borai y Yiyim eran inofensivos. ¿Dónde está esa tal dama Sahmet?
- Le haré llegar nuestros nombres. Si no está ocupada con sus deberes religiosos, creo que deseará vernos.
Pese al aguacero, el grupo de los Kilts, encabezado por Borai y Yiyim, se extendía en línea, empezando a rodear el recinto sagrado.

- Van a asediar el templo - dijo Jorian.
- Estoy seguro de que los hombres del rey les dispersarán. Si no es así, espero que la dama Sahmet encuentre alguna solución.
- Si tuviéramos una de esas máquinas voladoras de las que me hablasteis, podríamos pasar por encima de sus cabezas. O, también, si tuviéramos un carro, o un carro y un caballo, o sólo un caballo. ¿Es fuego aquello? - Jorian señaló una columna de humo y chispas que se alzaba de los vecinos tejados.
- Sí, en efecto. Si les dejan seguir, estos brutos van a prender fuego a toda la ciudad.
La gran sacerdotisa Sahmet recibió a Jorian y a Karadur en la sala de audiencias. Era una mujer alta, de recia osamenta, que llegaba a la cuarentena, bastante hermosa a pesar de las cuadradas mandíbulas y la nariz ganchuda. Vestida con una ligera túnica de color gris pálido, con motivos simbólicos bordados en plata, se sentaba en un sillón y contemplaba con sus enormes ojos oscuros a los descompuestos fugitivos. En la habitación había otras dos sacerdotisas.
- Qué placer volver a veros, querido doctor Karadur - dijo con voz profunda- aunque las circunstancias no sean las más favorables. ¿Quién es este joven?
- Soy Jorian el Kortoliano - dijo Jorian- , de momento, Relojero Mayor de Su Majestad. Me siento muy honrado de conocer a Su Santidad.
La mujer miró a Jorian de modo penetrante; luego, chascó los dedos.
- ¡Inkyara! Traed más luz, por favor. - Inkyara acercó un candelero doble y encendió las velas. Sahmet siguió hablando- : Maese Jorian, creo que os conozco.
- ¿A mí, señora? No creo tener el placer...
- No quiero decir que os conozca por este plano material. Me habéis aparecido en sueños.
- ¿De verdad, señora?
- ¡Sois el Salvador Bárbaro!
- ¿Eh? ¡Oh, vamos, señora Sahmet, no soy un bárbaro! ¡No tenía ni cinco años cuando me aprendí las letras! Y he estudiado en la Academia de Othomae. No me comporto como un caballero en la mesa, pero no dejo que nadie se ría de mí. Sólo soy un humilde artesano y no estoy calificado en lo más mínimo para salvar a Iraz de ninguna amenaza. Pero, ¿qué intenciones tenéis para con nosotros?
- No os echaré de pasto a las bestias.
Habló en voz baja con una de las dos sacerdotisas, que salió, volviendo casi en el acto. Murmuraron durante unos instantes y, al fin, Sahmet dijo:
- Se han desatado incendios en vanos barrios de Iraz y Zaktan, y los soldados están demasiado ocupados en combatirlos para ocuparse de las facciones. Los Kilts que rodean el templo son cada vez más numerosos, así que no puedo dejaros salir a las calles.
- Tampoco poseemos el poder mágico de pasar por encima de sus cabezas - observó Jorian.
- Dejadme pensar - pidió Sahmet- . No puedo permitir que paséis aquí la noche, pues la diosa se ofendería a causa de la presencia de verdaderos machos, a quien sólo autoriza a pernoctar con ocasión de la Unión Divina. Afortunadamente, hay otro medio. Sin embargo, antes de revelarlo, debo tener vuestra promesa de que, a cambio, me prestaréis un pequeño servicio.
Los ojos de Jorian se transformaron en dos rendijas.
- Señora, he movido mis huesos por muchas partes de este bajo mundo, y he aprendido algo: a saber exactamente dónde me meto siempre. Si está en mi mano, encantado de ayudaros, pero debo saber antes de qué se trata.
- Nada que os cueste mucho. Simplemente, os pido que interpretéis cierto papel en una ceremonia que habrá de celebrarse.
- Si queréis hacer de mí un eunuco, señora...
- ¡Grandes dioses, por nada del mundo! Os juro solemnemente que no os costará nada de vuestro espléndido físico. Por ahora, no puedo deciros nada más.
- ¿Ni un sentido, ni una facultad, ni una capacidad?
- No, nada de todo eso. ¿Qué decís, señor?
Jorian intentó discutir un poco más, pero no pudo obtener nada salvo lo dicho por parte de Sahmet. Intercambió algunas miradas con Karadur, pero el viejo mago no le fue de ninguna

ayuda. Jorian repugnaba prometer nada en tales circunstancias, pero no veía otra solución.
- ¡Muy bien, señora Sahmet - dijo- , acepto!
- ¡Bien! No lo lamentaréis. Ahora, seguidme.
Una sacerdotisa asistente apareció con una linterna y se la entregó a Sahmet. La gran sacerdotisa les mostró el camino. Atravesaron antecámaras, cámaras, bajaron escaleras; Jorian no sabía ya dónde se encontraba. En un pasadizo subterráneo, débilmente iluminado por una única antorcha, Sahmet se detuvo ante una maciza puerta de madera con sólidos cerrojos.
- Maese Jorian - dijo la sacerdotisa- , no haría esto por nadie en el mundo, ni siquiera en caso de peligro mortal. Pero, puesto que se trata del Salvador Bárbaro, no tengo elección.
Se quitó un pesado anillo de uno de los dedos.
- Tomad. Cuando lleguéis a una puerta que encontraréis al otro extremo del túnel, golpead cuatro veces, así. (Dio dos golpes, esperó un instante; luego, otros dos.) Cuando se abra la mirilla, mostrad el anillo; me gustaría que me lo devolvierais cuando haya pasado el peligro.
Corrió los cerrojos y abrió la puerta. Luego, le tendió la mano.
- Buena suerte, señores. - Sostuvo un momento la mano de Jorian y la apretó más fuerte de lo que esperaba nuestro hombre- . Os volveré a ver, maese Jorian, y antes de lo que pensáis.
Le entregó la linterna. La bujía enviaba una débil claridad a través de los cristales oscurecidos por el humo. La pesada puerta chascó a espaldas de Jorian y Karadur.
El pasadizo se hundía cada vez más en el suelo. Las piedras del túnel brillaban a causa de la humedad.
- Sin duda - dijo Jorian- , estamos en el túnel bajo el Lyap, del que ya me han hablado. Estoy seguro de que ya nos encontramos bajo la capa acuífera.
- ¿La qué, hijo mío?
- La capa acuífera. Ya sabéis que, a cierta profundidad, el agua se desliza en los pequeños espacios que existen entre las partículas de tierra; si se cava por debajo de ese nivel, se consigue un pozo.
- No, no lo sabía. He estudiado muy poco las ciencias materiales, al contrario que las espirituales. ¿Cómo has aprendido todo esto?
- Cuando trabajé para el Sindicato de Ir.
- Has vivido muchas experiencias.
Jorian, en la oscuridad, sonrió.
- Sí, es cierto. - Recitó:
Jorian era un hombre lleno de habilidad Que podía, galopar en un fiero corcel, Cruzar la espada con un bandido del camino, Componer un soneto, un rondó, una tonada, Robar el corazón de crédulas damas, Matar con mano certera, reparar péndulos, Gobernar un reino, forzar una cerradura, Trazar caminos y rutas, navegar a toda vela.
Pese a todo su talento, un hombre tan dotado, Nunca pudo llegar al fin soñado: Fundar un hogar con la mujer amada, Llevar la vida burguesa de un serio artesano Que ama su trabajo y no conoce envidias.
Jorian se apresuró a añadir:
- Espero no ser tan pretencioso como todo esto. Lo recito porque me parece divertido.
Karadur se rió.
- Muchacho, te has descrito muy bien, pero no creo que aspires a una vida tan tranquila como dices. Si no, ya habrías...
- ¿De verdad? ¿Y qué me hizo dejar el trabajo de topógrafo, todo descanso, para lanzarme en medio de las intrigas y la insurrección?
- ¡Pero en tu última carta me decías que intentabas rescatar a Estrildis!
- Bueno, bueno, es verdad. Eso no impide que esté seguro de que nos encontramos bajo el Lyap. ¿Qué nos protege del agua? No veo bombas.
- Tres magos, noche y día, lanzan un encantamiento que protege el Túnel de Hoshcha de la inundación. Se trata de Goelnush, Luekuz y Firaven, del departamento de Taumaturgia Aplicada. La Casa de la Sabiduría es, además, en estos momentos, escenario de una violenta querella que tengo que calmar y para la que he de encontrar solución. Las cosas han llegado a tal extremo, que los decanos de las dos Escuelas no se hablan.

- ¿Por qué?
- Goelnush, Luekuz y Firaven forman parte de la Escuela de la Mente. Ahora bien, los ingenieros de la Escuela de la Materia sostienen que utilizando las bombas más recientes se podría mantener seco este túnel por mucho menos costo y sin temer la debilidad humana. El decano de la Escuela de la Mente replica que las bombas no son más seguras que un equipo de taumaturgos bien preparados; además, aparte de la energía que sería necesaria para hacer funcionar las bombas, habría que contar con los fontaneros que mantuvieran en buen estado las tuberías; en fin, las máquinas y las conducciones atestarían el túnel y molestarían al rey cuando debe pasar por el túnel, cosa que hace todos los meses.
- ¿Con ocasión de la Unión Divina de la que me habló Zerlik?
- Sí. ¿Estás ya al corriente?
- No sé más que lo que me dijo Zerlik. Ese matrimonio ritual, ¿se practica de modo carnal?
- Pues, claro que sí. De hecho, cuando el rey no puede ejecutar su papel viril, es ejecutado.
- ¡Grandes dioses, cómo me recuerda eso las costumbres de Xylar! ¿Qué pasa?
- Cuando el rey no puede... bueno, penetrar carnal-mente a la gran sacerdotisa, ella se lo comunica a su marido nominal, el gran sacerdote de Ughroluk. Entonces, éste, acompañado por una delegación de sacerdotes subalternos, se encamina al palacio del rey y le presenta la cuerda sagrada con la que debe ahorcarse.
- Y el pobre imbécil, ¿lo hace?
- Sí; sin embargo, ese tipo de suicidio sólo se perpetró una vez en el siglo pasado. Todos los demás reyes murieron en la guerra, o asesinados, o de enfermedad, antes de tener que afrontar la cuerda.

Alzando la linterna, Jorian dio algunos pasos por el oscuro túnel sin decir una palabra. Luego, preguntó:

- ¡Por los cuernos de Thio! ¿No pensaréis que la promesa que me ha arrancado Sahmet estará relacionada con esa ceremonia y pretenderá que yo tome el lugar del rey?
- No lo sé, hijo mío, pero me temo que ella ya tiene una idea muy clara en la cabeza.
- ¡Está bien! He oído atentamente todos vuestros sermones acerca de las virtudes de la continencia y he intentado ponerlas en práctica. Pero los propios dioses conspiran contra mi castidad, y eso no os altera.
- Cierto. Jorian. Aunque estimo muy poco la fornicación, creo que esta vez habré de absolverte.
- Bueno. Algo, es algo. Al menos, espero que Sahmet no se transformará en una monstruosa serpiente, como pasó con la princesa Yargali. Entiendo muy bien que Sahmet piense que Ishbahar no es un agradable compañero de cama. Pero, ¿por qué me ha elegido a mí?
- Es práctica. Te vio - o pretendió verte- en sus visiones; quizá te encuentre de su agrado.
- Si soy de su agrado en este estado, seré irresistible cuando no esté tan sucio. Bien, puedo decir que mantendré mi palabra en todos los sentidos del término. Esperemos que Estrildis no lo sepa o, si lo descubre alguna vez, que me perdone.
- No traicionaré el secreto, hijo mío.
- Gracias. Pero, ¿por qué mantiene el rey un túnel tan costoso que sólo sirve para las visitas amorosas? ¿Por qué no atraviesa el Lyap en barca como todo el mundo?

Karadur se encogió de hombros

- Algunos pretenden que el rey Hoshcha - que no era descendiente de Juktar el Grande, y cuyos derechos a la corona seguían siendo cuestionados por los legitimistas- temía ser asesinado al ir por la calle. Otros sostienen que hizo construir el túnel para poder escapar en caso de revolución. De todos modos, fue él quien empezó a emplear el túnel para la Unión Divina, y sus sucesores le han imitado.
- ¿Qué le pasó a Hoshcha?
- Pese a todas sus precauciones - incluso vestía cota de malla debajo de la ropa- resbaló al salir del baño y se rompió el cráneo.

Cuando llegaron al extremo de la interminable escalera del final del Túnel de Hoshcha, Jorian llamó cuatro veces a la pesada puerta. Cuando se abrió la mirilla, mostró el anillo de Sahmet. Se oyó el ruido de un cerrojo al moverse y la puerta se abrió con un chirrido. El rey Ishbahar

apareció en ropa de dormir y sin la peluca. La luz hizo brillar su cráneo liso como un huevo. Dos guardas se situaban a su lado; dos criados se ocupaban de sus cosas un poco más allá.
- ¡Por la raja de Nubalyaga! - gritó el rey- . ¡Jorian! ¿Qué os ha pasado, amigo mío? ¡Entrad, entrad! ¡También vos, doctor!
Penetraron en la alcoba real, y Jorian le contó brevemente lo que les había pasado desde el principio de la reyerta. Un guardia cerró la puerta, que no se distinguía apenas de los demás paneles que formaban el muro. El cerrojo que la cerraba parecía un simple adorno.
- Habéis hecho lo que había que hacer - dijo el rey- . Haremos detener a esos dos miserables, Borai y Yiyim. Cenad conmigo esta noche. Pero, antes, mi querido Jorian, debéis asearos un poco. Parece que habéis combatido con un dragón y que el bicho os haya infligido graves daños, ¡je, je! ¡Al menos, emplead la bañera real!
- Soy indigno de la bondad de Su Majestad - dijo Jorian.
- ¡Bobadas, muchacho! Más que un soberano y un súbdito, somos amigos. ¡Ewelik! Conduce a estos caballeros a la sala de baños y vela porque no les falte de nada.
La bañera real era un enorme recipiente de cobre pulido. Enjabonándose, Jorian le dijo a Karadur, que se lavaba las manos y la cara:
- Decidme, Karadur, ¿no os parece que el rey tiene costumbres muy raras?
- No, salvo por su gusto por los placeres de la mesa...
- Quiero decir que parece que le gustan más los muchachos o los hombres que las mujeres.
- ¡Ah! ¡Oh! Ya veo. Mi respuesta es negativa. Aunque... tal comportamiento está muy difundido en Iraz, no creo que Ishbahar lo siga. Cuando era joven, tenía varias mujeres, todas las cuales - salvo dos- murieron o fueron repudiadas; pero no sé nada más acerca de sus gustos. De hecho, creo que la única pasión capaz de ponerle a prueba está relacionada con los más raros manjares. ¿A qué viene esa pregunta?
- ¿Por qué iba a buscar la amistad de alguien a quien no conoce - un simple artesano extranjero, como yo- si no fuera por esa razón? No veo otra solución.
- Quizá te tiene afecto, hijo mío. O quizá tiene interés por averiguar qué planes te ha reservado Sahmet.
- Hum. Lo pensaré. Y, a propósito, me parece que esta bañera vendría a las mil maravillas para nuestro viaje hasta Xylar. Gracias a su peso, sería más estable que las escobas o las alfombras voladoras.
Karadur sacudió la cabeza dubitativamente.
- Haría falta un demonio muy poderoso para levantar tal peso, y los demonios odian dejarse aprisionar en cobre o plata, pues saben que les resultaría muy difícil escapar.
- ¿Por qué no empleamos a Gorax, al que mantenéis prisionero en ese anillo? Es el demonio más fuerte que conozco.
- ¡Ay!, Gorax sólo me debe ya un trabajo. Luego, será libre de volver a su propio plano. No quiero utilizarlo más que en caso de absoluta necesidad.
- Me parece que cuando nos perseguía la multitud esta mañana era un caso de necesidad absoluta.
- Es cierto; pero perdí completamente la cabeza y ni siquiera lo pensé.
Al terminar la colosal comida que les hizo servir el rey Ishbahar, Jorian preguntó:
- ¿Cómo van los combates, Majestad?
- Afortunadamente para Iraz, la lluvia empezó a caer tan fuerte que dispersó a los combatientes. Ha habido muy pocos muertos, y sólo unas cuantas casas saqueadas e incendiadas. Esta guerra ente los Pants y los Kilts es un asunto atroz, pero no sabemos cómo terminarla. Tomad algunas truchas. Fueron pescadas en las costas de Shven y las han traído hasta aquí metidas en hielo.
- ¿Por qué no termina Su Majestad con las carreras?
- ¡Ah! Uno de nuestros predecesores - Huirpalam II, si nuestra memoria es buena - , intentó hacerlo. Las dos facciones se unieron contra él, arrastraron al pobre Huirpalam al hipódromo y le despedazaron, trozo a trozo. ¿No querréis que yo sufra una suerte parecida? ¡Je, je!
- Si Su Majestad excusara la libertad que voy a tomarme, me permitiría decirle que debería enfrentarse al problema un día u otro. Aunque el asunto es sólo competencia de Su Majestad.

Decidme, Sire, ¿por qué la dama Sahmet quiere que tome parte en los servicios de la diosa de la luna?
El rey pareció sorprendido.
- ¿Os lo ha pedido? Un instante.
Despidió con un gesto de la mano a todos los que se encontraban en la habitación, a excepción de Jorian y Karadur. Incluso despidió a los guardias personales y al criado encargado de probar su comida. Luego, en un suspiro, murmuró:
- ¿Conocéis la suerte reservada al rey impotente en nuestro país?
- Me han hablado de ello, Sire.
- La historia es verdadera. - Y el rey, mostrando una lámpara colgada, siguió hablando- : Es totalmente cierta. Se quita la lámpara y se pasa la cuerda por esa argolla. Luego, debemos subir a la mesa, anudarnos la cuerda alrededor del cuello y tirar la mesa... ¡Puagh! Así es cómo se libra uno de un monarca indeseable sin poner manos impías sobre su sagrada persona.
- ¿Considera Su Majestad que sus deberes sacerdotales son... bueno...?
- ¿Delicados? ¿Me dais vuestra más solemne palabra?
Jorian y Karadur juraron que guardarían el secreto. Ishbahar prosiguió:
- Nuestra vida está en vuestras manos. No nos confiaríamos a vos si las situaciones desesperadas no requirieran remedios desesperados. Desde hace varios meses, la dama Sahmet está insatisfecha de nuestra actividad; a decir verdad, tendríamos interés en abandonar tales juegos, pues nuestra robustez plantea ciertos problemas técnicos en cuanto al proceso coital, y los ardores de la juventud se apagaron en nos hace ya mucho tiempo.
Así que Nuestra vida se encuentra en manos de dama Sahmet desde hace mucho tiempo. Ella sólo tiene que decírselo a su esposo nominal, el gran sacerdote Chaluish, para que éste nos visite con la cuerda sagrada. Todavía no lo ha hecho por dos razones: una, odia al gran sacerdote Chaluish y no querría, por nada del mundo, hacerle un favor; dos, le he prometido reemplazarme por un jovenzuelo, de los más deseables, provisto de una verga de acero, si no traiciona mi confianza. Vos seréis ese jovenzuelo.
Jorian respondió:
- Espero ser digno del honor que Su Majestad me hace. Hubo un rey de Kortoli que también tuvo que enfrentarse a una situación parecida.
- Contadme su historia, querido hijo.
- Era el rey Finjanius, que reinó justo después de la edad oscura que siguió a la caída de la antigua Novaría tras la invasión de los nómadas de Shven. La tradición novariana preveía que cuando, por una razón u otra, el rey no era digno de seguir reinando, los grandes sacerdotes del reino le invitaban a beber una copa de veneno. Si se negaba a bebería, la unión mágica que le enlazaba con el país quedaba rota - decían los sacerdotes- y se perderían las cosechas y el hambre dominaría la región.
Finjanius se fue a perfeccionar su educación a la Academia de Othomae. La Academia era entonces una institución reciente, que apenas contaba con un puñado de profesores (los edificios no estaban cubiertos de hiedra, como están ahora.) En la Academia, Finjanius adoptó las ideas modernas, consideradas entonces como heréticas. Poco después de su regreso de Othomae, subió al trono cuando el antiguo rey, su tío, murió.
Durante cosa de un año, Finjanius se ocupó lo mejor que pudo de los asuntos del reino. Era joven, tenía poco respeto por las tradiciones e hizo numerosas reformas: suprimió la costumbre que exigía que sus subditos se postrasen golpeando nueve veces con la frente sobre el suelo cuando se acercaban al rey, y les permitió hablar en primer término. Aquella última costumbre casi le hizo perder una guerra emprendida con Aussar, pues ninguno de sus oficiales fue capaz de advertirle de que les habían tendido una emboscada.
También fue Finjanius el que introdujo el uso de los baños públicos en Kortoli, y animó a todo el mundo, fuese cual fuese su edad, sexo o rango, a frecuentar tales establecimientos. Dio ejemplo, y no se alteró por mezclarse con sus subditos, salpicándoles y echándoles agua y dejándose recibir el mismo trato.
Tal conducta le hizo muy popular entre el pueblo, pero ofendió gravemente a los elementos

más conservadores. Los principales sacerdotes pertenecían a las grandes familias más tradicionales, conservadoras, y todos se pusieron de acuerdo. Poco después, una delegación de sacerdotes se presentó ante el rey con el fatal arresto.

- ¡Oh, oh! ¿Qué pasa?

- Los dioses - respondió el gran sacerdote de Zevatas, han decidido que Su Majestad no es digno de seguir reinando.

- ¿Y cómo te has enterado, tunante? - preguntó Finjanius.

- Nos lo han hecho saber mediante visiones y sueños, Sire - respondió el sacerdote- . Exigen que se sacrifique al hombre más importante del reino, pues, si no, verterán su cólera sobre todos nosotros.

- Desean la vida más preciosa, ¿verdad? - dijo el rey. Contó a los sacerdotes; había ocho- . Bien, incuestionablemente, soy el hombre más importante del reino, aunque vosotros no lo sois mucho menos, santos padres. ¿Estáis de acuerdo, señores?

- Sí, Su Majestad, pues, en caso contrario, los dioses no nos admitirían como sus intermediarios.

- Cierto. Bien, supongamos que la vida de uno de vosotros vale... digamos que la octava parte que la mía. Es razonable, ¿no?

- Muy razonable, Sire.

- Bien, pues ya que los dioses exigen la vida del más importante de nosotros, deberían satisfacerse también con ocho vidas que valen la octava parte de la mía. ¡Eh! ¡Guardias! ¡Apresad a estos ocho hombres y ahorcadles ahora mismo!

Así lo hicieron. A partir de entonces, nadie intentó una experiencia semejante y la costumbre cayó en desuso.

El rey Ishbahar preguntó:

- ¿Pensáis, querido Jorian, que debemos adoptar una actitud semejante?

- Es cosa de Su Majestad. Ya se ha hecho una vez, y lo que ha hecho un hombre, otro puede repetirlo.

Jorian se volvió hacia Karadur.

- ¿No es un proverbio de vuestro sabio mulvaniano? ¿Cuál era su nombre?

- Cidam - contestó Karadur.

El rey se estremeció y le tembló la papada.

- Ay. Nos gustaría. ¡Nos gustaría mucho tener la temeridad de intentar tal empresa! (Dos lágrimas corrieron por sus gordas mejillas.) Pero somos incapaces de alzarnos contra las tradiciones. Tememos que no somos de la raza de Finjanius.

El rey empezó a sollozar y se cubrió el rostro entre las manos.

- Su Majestad - gritó Karadur- , si vuestros criados o guardias entran y os ven llorando, creerán que es culpa nuestra y nos ejecutarán.

El rey se limpió el rostro con la servilleta y sonrió a través de las lágrimas.

- Vamos, olvidemos nuestros problemas. ¡Probad ese vino de Vindium! Maese Jorian, esperamos que seáis un hombre en todos los sentidos del término y que vuestros deseos y aptitudes respondan a la definición.

- Sí, Sire.

- En ese caso, la tarea que os confiamos no será ni difícil ni desagradable. Aunque ella sea un poco mayor que vos, la dama Sahmet no es ni poco atractiva ni fría. Todo lo contrario. Recordad que también podréis satisfacer las partes más nobles de vuestra persona preservando nuestro real cuello. Herekit se ocupará de las formalidades de vuestra educación al rango de Amigo del Rey, lo que ya sois, de todos modos, de manera extraoficial.

- Os lo agradezco, Su Majestad - dijo Jorian- . ¿Cuándo se celebrará la orgía sagrada?

- En la próxima luna llena, en la noche del undécimo día. Bebamos por vuestro éxito. ¡Ojalá le deis a Su Santidad una noche cuyo recuerdo le dure hasta el último día de su vida!

VI
EL GENERAL GOLEM

Al día siguiente, por la mañana, Jorian se dirigió a la Torre de Kumashar para inspeccionar los relojes. Constató con placer que los disturbios de la víspera no habían afectado a la Torre. Se abrió camino entre la animada multitud hasta la Casa de la Sabiduría.
Los centinelas le conocían y le dejaron pasar sin dificultad. Al pasar por los pasillos, fue echando ocasionales vistazos a los laboratorios donde se desarrollaban las investigaciones. En un laboratorio, los ingenieros de la Escuela de la Materia se ocupaban de una máquina destinada a utilizar la fuerza producida por el agua en ebullición. Aquel proyecto era ya muy antiguo, pero hasta el momento nadie había conseguido resultados satisfactorios. En otro, unos técnicos trabajaban en un telescopio, empleando el principio del catalejo ordinario, pero aumentando su potencia, esperando poder observar los cuerpos celestes.
Otras salas estaban ocupadas por los magos de la Escuela de la Mente. En una de ellas, tres sabios intentaban capturar a un demonio del Décimo Plano, una criatura poco inteligente, capaz de obedecer las más sencillas órdenes. En otra, un curandero experimentaba un hechizo destinado a curar la peste; tenía como sujetos a unos condenados de derecho común que se habían presentado voluntarios a cambio de una promesa de libertad si sobrevivían a la experiencia.
Además de aquellas salas en las que se practicaban experimentos, muchas otras estancias permanecían vacías. Puesto que las subvenciones reales habían menguado mucho, la Casa de la Sabiduría no contaba más que con efectivos restringidos, y los proyectos de los que se ocupaba eran de poca monta.
- Al menos - dijo Jorian, sentado en el despacho del director- , las desgracias de ayer han valido para algo: os habéis comprado un nuevo turbante. El antiguo parecía tan andrajoso que siempre me preguntaba si no sería una madriguera de ratas.
El mismo se había cortado el pelo para que le pudieran curar las heridas de la cabeza.
- ¿Por qué te burlas de mi viejo tocado? - preguntó Karadur- . Aquel turbante había adquirido cierto poder mágico a fuerza de oírme lanzar sortilegios y pronunciar encantamientos. ¿Funcionan bien los relojes?
- Tan regularmente como los cuerpos celestes. Vengo de la Torre. No habría habido ningún problema si vuestro predecesor hubiera contratado a un mecánico competente en lugar de a un incapaz. Mi padre hizo un buen trabajo, pues era un buen artesano, como podrán confirmar cuantos le conocieron.
De hecho, no he venido a hablar de las clepsidras, sino a considerar el porvenir de Jorian de Ardamai. ¿Habéis encontrado algún medio para efectuar nuestra incursión a Xylar?
- ¡Por los dioses de Xylar, Jorian, no seas tan apremiante! Acabamos de salvar la piel y salir sin daños de una reyerta y una insurrección; hemos recorrido el pasadizo más secreto del reino; nos hemos comprometido en un conflicto que tiene por protagonistas al rey, a la dama Sahmet y al gran sacerdote Chaluish...
- Razón de más para que nos apresuremos. Contadme algo de ese tal Chaluish.
- Es un hombrecillo encanecido... de los que es mejor evitar. Estaba en el grupo de sacerdotes que desfilaron ayer y me lo encontré en el patio, pero...
- El Pez Volador está amarrado en un muelle privado cuyo alquiler no es muy caro, pero me temo que sea demasiado lento si queremos huir en él. Tenemos que considerar la posibilidad de emplear un vehículo mágico más rápido...
- Hijo mío, nunca te he dicho que te acompañaría a rescatar a Estrildis. Aunque tengo mucha estima por la dama, no puedo abandonar un puesto de alta responsabilidad por una banal aventura personal...
- ¡Banal! - aulló Jorian- . Os diré...
- Vamos, vamos, hijo mío, no lo he dicho para ofenderte. Pero ya has visto lo incoherentemente que se gobierna este reino, y - aunque yo sea bastante indigno- ocupo una posición que me permite darle un poco de estabilidad y raciocinio. Será poco responsable por mi parte...
- Cito - dijo Jorian- : Es práctico estar dotado de razón, pues eso permite encontrar un motivo válido para todo cuanto se desee hacer.

- ¿El sabio Cidam?
- No, nuestro filósofo nacional, Achaemo el novariano. Pero, mi querido creador de fantasmas, mi expedición necesita por lo menos dos personas.
- Llévate a Zerlik - dijo Karadur- . Estará encantado.
- ¿Qué? ¿Y tener que limpiarle la nariz a ese mocoso a cada instante? ¡No, gracias! Haría alguna tontería en el momento crítico, como provocar al capitán de la guardia en duelo en el mismo momento en que yo hubiera liberado a Estrildis en secreto.
- Con todo, es bastante fuerte y está muy ágil. Yo no soy ni lo uno ni lo otro, ni tengo edad para lanzarme a aventuras tan peligrosas. Otro viaje como el que hicimos alrededor del Mar Interior me haría dejar esta encarnación.
- Sin embargo, sí sois capaz de lanzar terribles encantamientos, lo que no es el caso de Zerlik. Pero dejemos de lado esta cuestión de los participantes y hablemos del vehículo. ¿Qué os parece la bañera real de cobre?
Karadur inclinó la cabeza.
- ¡Ay! No veo modo alguno de obtenerla. Incluso suponiendo que pudiera convencer al rey de que me la prestase...
- Bien, pues construid una idéntica.
- Sería demasiado caro. Ascendería a cientos de reales, y la subvención anual se ha agotado. Además, no pareces darte cuenta de las dificultades materiales. Tendríamos que practicar una brujería extremadamente activa durante meses para capturar un demonio y obligarle a obedecernos. Y, para tal trabajo, los hombres necesarios, Goelnush, Luekuz y Firaven, están ocupados en mantener seco el Túnel de Hoshcha. Los otros brujos a mis órdenes son menos eficaces. El viejo Omash, por ejemplo, sólo es un cortesano senil y chocheante que espera el retiro. Barch, más joven, está bien pero no tiene cerebro. Por dos veces, ha estado a punto de ser muerto a manos de un demonio hostil al que había evocado, porque cometió un estúpido error en el pentáculo. ¡Pero ni eso le ha servido de lección! En cuanto a Yanmik...
- ¿Por qué no encargáis a esos incapaces que mantengan seco el túnel - cosa que ya debe ser pura rutina- y dedicáis a vuestros mejores hombres a mi asunto?
- El rey lo ha prohibido. Tiene miedo de que un desfallecimiento de los magos de turno permitiera la inundación del túnel en el momento en que entrase en él para ir a honrar a la dama Sahmet. Exige que mis mejores hombres se ocupen de esa tarea. Y, a propósito del rey, hay otro... problema.
- ¡Demonios! ¿De qué se trata?
- Esto... Su Majestad, esta mañana, me ha prohibido formalmente que te ayude a abandonar Iraz. Sin duda, teme lo que podría pasarle si no estuvieras aquí la próxima luna llena para contentar a la gran sacerdotisa.
Jorian sonrió torvamente.
- Maldita sea, me hicisteis abandonar un buen empleo, seguro y respetable, en una región cercana a aquella en la que se encuentra mi amada, para hacer venir a una ciudad lejana y turbulenta con la promesa de ofrecerme un medio de rescatarla. Todo lo que necesitabais, así escribisteis, era convertiros en director de la Casa de la Sabiduría, y asunto arreglado. Bien, ya he reparado los relojes, y gracias a eso os habéis convertido en director. ¿Qué pasa ahora? No podéis hacer esto por tal razón, ni aquello por esta otra, y así sucesivamente. No os confundáis, no soy tan tierno con los que pretenden engañarme...
- ¡Hijo mío, hijo mío! Te lo ruego, abandona ese tono airado y hostil. De momento, no veo ningún medio sencillo para conseguir tus nobles fines. Pero ten un poco de paciencia, los dioses nos ayudarán. Nunca han... ¿Sí, Nedef? - Karadur empezó a hablar en penembiano- . Querido Jorian, te presento a nuestro vidente oficial; maese Nedef, os presento a Jorian el kortoliano, nuestro nuevo relojero mayor. ¿Qué me decís?
- Doctor Karadur - dijo el vidente- , soy portador de siniestras noticias.
- Podéis hablar ante maese Jorian.
- Iraz está amenazada por un ejército de asaltantes.
- ¿Qué? ¡Por Vurnu, Kradha y Ashaka! ¿Qué asaltantes? ¡No estamos en guerra con nadie!
- ¿Puedo sentarme, señor? Estoy destrozado por lo que he visto.

- Claro, sentaos, y contad deprisa lo que pasa.
El vidente inspiró profundamente.
- Del norte, del este, del sur y del oeste, convergen de todas partes. Del oeste viene una flota de piratas algarthianos; del sur, una jauría de campesinos armados bajo el mando de Mazsan; del este, una nube de nómadas fediruniano montados en camellos; y del norte, una compañía de mercenarios novarianos.
- ¿A qué distancia están?
- Algunos a más, otros a menos; sin duda, llegarán mañana.
- ¿Cómo han conseguido pasar los fediruniano si hay un ejército vigilando la frontera del este? ¿Nos han derrotado?
- No lo sé, doctor. Cuando les descubrí, habían cruzado la frontera mucho antes.
- Debemos advertir al rey sin demora - dijo Karadur.
Fueron presentados al rey cuando éste estaba merendando, lo que él llamaba un té.
- Sentaos, sentaos, queridos amigos - gritó- . Tomad una taza de este delicioso té traído costosamente desde Kuramon, en Extremo Oriente. Y tomad algunos pasteles de miel que tan maravillosamente lo acompañan. ¿Queréis probar estas sardinas? ¿Puede conseguirse té en Novaría?
- Se puede, Su Majestad - respondió Jorian- , pero tomarlo no es una costumbre que esté muy difundida. Las frecuentes revoluciones que se producen en Salimor bloquean las llegadas, y esa puede ser la causa del hecho. Sin embargo
- Los novarianos deberían acostumbrarse - dijo el rey- . Hemos oído decir que eran muy aficionados a las bebidas alcohólicas. Esto es agradable y sin peligro, lo que sería mucho mejor para su salud.
El rey mordió un enorme plátano de Beraoti.
- La moderación en todo, tal es nuestra regla de conducta.
El plátano menguaba rápidamente.
- Sin duda, Sire, pero tenemos algo importante que...
- De hecho, querido muchacho, ¿os gustaría poseer una concesión real para importar té por Xylar? Podríais gozar de una buena posición...
- Sire - anunció Jorian- , Iraz está a punto de ser atacada. Creo que nos interesa más romper el asedio inminente y hablar luego de comercio.
- ¿Iraz? ¿Asediada? - preguntó el rey, sujetando una aceituna ante la boca totalmente abierta- . ¡Qué Nubalyaga nos proteja! ¡Explicaos!
Karadur le transmitió las imágenes que el vidente descubriera en la bola de cristal.
- ¡Oh! ¡Pobre de nosotros! - dijo el rey, mirando tristemente los montones de comida que aún no había tocado- . ¡Verme obligado a dejar un té tan sabroso! ¡Cuántos sufrimientos padecemos por el bien de nuestro pueblo! ¡Ho! ¡Ebeji! ¡Llama al coronel Chuñar!
Cuando el magnífico comandante de la guardia real hubo saludado, Ishbahar le pidió a Karadur que repitiese su historia; luego, volviéndose hacia Chuivir, dijo:
- ¿Cómo han conseguido esos bárbaros cruzar la frontera sin ser detectados?
- Olvidáis, Sire, que el general Tereyai reunió al ejército encargado de guardar la frontera a los pies de los Lograms, dejando de guarnición a muy pocos hombres. Los fediruniano han podido sorprender algún puesto de guardia e infiltrarse antes de que tuvieran tiempo de dar la alarma.
- ¿Dónde está el almirante Kyar?
- Creo que ha zarpado en el navio almirante para entrenar a los remeros.
- En ese caso, coronel, sois el oficial de mayor rango en Iraz. Trasmitid las noticias al general Tereyai y al almirante Kyar en cuanto podáis. Además, movilizaréis a la guardia real y las compañías de las facciones.
- Pero, Su Majestad, cómo... ¿cómo queréis que transmita vuestras órdenes? ¿Debo enviar una nave en busca del almirante?
Ishbahar golpeó la mesa violentamente, lo que hizo volar copas y platos.
- ¡Coronel Chuivir! ¡No me molestéis con esos detalles! ¡Trasmitid las órdenes, eso es todo! ¡Y, ahora, idos!

Con las orejas gachas, el coronel salió. Él rey inclinó la cabeza.
- ¡Qué desgraciados somos! Creemos haber cometido un grave error al elegir a Chuivir para el puesto que ocupa. ¡Parecía tan marcial en los desfiles. Pero nunca ha combatido.
- ¿Y eso, Sire? - preguntó Jorian.
- Era primo de nuestra tercera esposa, y tenía mucho éxito. Y le confiamos el ejército fronterizo para protegernos del enemigo; nunca pensamos que la defensa de la ciudad podría descansar en los hombros de tal incompetente. ¡Herekit!
- Sí, Sire - contestó el secretario.
- Escribe a Daunas, Gran Bastardo de Othomae, pidiéndole que nos alquile algunos escuadrones de caballería pesada y nos haga saber sus condiciones. Ordenadles a nuestros dos mensajeros más rápidos que estén dispuestos, con los caballos enjaezados y ensillados. Enviad otro mensaje a Shaju, rey de reyes de Mulvan, apremiándole a invadir los desiertos de Fedirun al este, pues ese país está en parte desguarnecido. Sugeridle que saquee su ciudad sagrada, Ubar.
El rey se volvió hacia sus invitados suspirando hondamente.
- ¡Bien! Hemos hecho cuanto podíamos. La suerte de la ciudad descansa ahora en nuestros valientes subditos.
- ¿Tiene Su Majestad intención de tomar parte activa en la defensa de la ciudad? - preguntó Jorian.
- ¡Grandes dioses, claro que no, querido muchacho! Con nuestra corpulencia, ¿nos imagináis luchando en las murallas? Además, siempre hemos sido de naturaleza pacífica y nunca nos han gustado los peligrosos juegos basados en la brutalidad. Pero ahora parece que la salud de nuestra ciudad y nuestra persona depende de los espadachines. Doctor Karadur, debéis decirles a vuestros sabios y magos que se consagren a la defensa de Iraz. Quizá tengáis algún encantamiento con el que poder recurrir a la ayuda de una raza no humana... por ejemplo, los silvanos y faunos de los Lograms.
- Veré lo que puede hacer la Casa de la Sabiduría - dijo Karadur- , pero Su Majestad debe permitirme decir que no se debe contar mucho con tal ayuda. Los Inhumanos no nos aprecian, pues a menudo les hemos tratado muy rudamente. Pedirles ayuda sería casi como sujetar una espada por la punta, pues la mano del que la maneja siempre acaba herida. Pero voy...
- Quedaos, quedaos. Ahora que hemos dado las órdenes más importantes, no hay razón alguna para no terminar el té.
- Pero, Sire, yo...
- No, descansad. Un cuarto de hora más o menos no decidirá la suerte de la ciudad. Tomad unos champiñones, recogidos en las junglas de Beraoti.
- Si Su Majestad los estima comestibles... - aceptó Jorian, mirando con cierto desagrado aquellas masas de color violeta manchadas de amarillo, cuyo aspecto era singularmente repugnante.
- ¡Qué tonterías! Hace años que los comemos y no hemos perdido ni a uno solo de nuestros probadores reales, ¡je, je!
Jorian se tragó resueltamente un buen bocado. Buscando algún pretexto para no comer más, dijo:
- Vuestro coronel Chuivir me hace pensar en el cuento del rey Filoman y el general golem.
- Adelante, muchacho - pidió el rey- . Espero que no veáis inconveniente en que Nos probemos más champiñones.
- Hacedlo, Sire, por favor...
- Aquel rey - empezó Jorian- , al que llamaban Filoman el Bienintencionado, fue el padre del célebre Filoman el Zorro. El rey Filoman fue también, aunque a su modo, un notable monarca. Tenía los más nobles sentimientos y las mejores intenciones del mundo. Inteligente, valiente, honesto, trabajador, de alta moralidad, bueno y generoso... su único defecto era su falta de buen sentido, que, en la práctica, reducía a la nada todos los efectos de sus demás cualidades reunidas.
Dice una leyenda que la conjunción astrológica de su nacimiento es el origen de tal defecto. Otra pretende que, cuando las hadas se reunieron para celebrar su nacimiento, la que debía

transmitirle el buen juicio se marchó al ver que otra bruja llevaba el mismo traje que ella, y que, loca de rabia, desapareció antes de haber transmitido su don.

Desde el comienzo de su reinado, el rey Filoman se ocupó del problema de la defensa de su reino. Era un hombre pacífico, y pensaba que los otros albergarían semejantes sentimientos. Su primer ministro le animó a mantener aquella opinión. Aquel ministro, un hombre bastante anciano, llamado Periax, mantuvo el mismo puesto que ocupara en el reinado precedente.

Periax apremió a Filoman para que redujera la armada y conservase tan sólo algunos guardias reales. Las guerras, decía, eran fruto de temores y sospechas mutuas causadas, a su vez, por los ejércitos. Libraos de ellos y os libraréis de las guerras. En cuanto nuestros vecinos vean que nos desarmamos, comprenderán que no tenemos intenciones agresivas hacia ellos y el temor desaparecerá. Seguirán nuestro ejemplo y la paz y la hermandad reinarán siempre.

Periax no se extendió sobre la verdadera razón que dictaba aquel consejo. Sencillamente, era demasiado viejo y decrépito para montar a caballo, manejar una espada o ejecutar cualquier hazaña guerrera. En aquellos remotos tiempos, el rey y sus ministros debían conducir las cargas personalmente. Periax calculó que su política pacifista evitaría la guerra, al menos mientras él estuviera con vida, y no le preocupaba lo que pudiera ser del reino después de su muerte.

El razonamiento de Periax le pareció a Filoman bastante sensato y se apresuró a despedir al ejército. En aquella época, el vecino meridional de Kortoli, Vindium, estaba en manos de Nevors el Loco, cuyo apodo ilustraba muy bien su carácter. No tengo que contar todas las extravagancias que acompañaron su reinado: vació el tesoro para modelar sus estatuas de oro macizo; hizo ejecutar a sus ministros, parientes y subditos por el menor pretexto; vistió a los soldados con disfraces de rana y les hizo desfilar a cuatro patas, saltando y gritando ¡Diddit! ¡Diddit! mientras el rey Nevors se tiraba al suelo de la risa.

Una conspiración de nobles y altos funcionarios consiguió apartar al rey de sus guardias personales; le hicieron pedazos y arrojaron éstos al Mar Interior. Entonces, se planteó el problema de la sucesión de Nevors, cosa que nadie lamentaba. No tenía herederos, pues había hecho asesinar a todos sus descendientes.

Un leguleyo astuto y ambicioso, el doctor Truentius había previsto aquellos acontecimientos y organizado a sus partidarios, reclutados entre el pueblo, anticipándose a la ocasión. Tras el asesinato del rey Nevors, Truentius marchó sobre palacio a la cabeza de miles de hombres, expulsó a los vasallos del rey y proclamó la república, nombrándose primer cónsul de la misma.

Truentius, el hombre más inteligente de Vindium, había leído todas las profecías, a los filósofos e historiadores, y había reflexionado largamente sobre los problemas que se les plantean a los jefes de estado. Fue él quien, más o menos solo, inventó el gobierno republicano de Novarla. Estableció una constitución para Vindium que, dada la época en que fue promulgada, siempre se ha considerado como una obra maestra de la reflexión y la originalidad.

Sabiendo que era el hombre más dotado, Truentius decretó que las decisiones que tomase para el bien de los habitantes de Vindium eran necesariamente justas. Consecuentemente, los que se opusieran o intentaran oponerse se convertían automáticamente y por definición en enemigos del pueblo y en facinerosos que no merecían clemencia alguna. La ciudad de Vindium no tardó en ver que en la plaza mayor se erigía un enorme cadalso de madera rematado por un hombre tenante de cabeza recubierta por un capuchón y con un hacha enorme, destinado a decapitar a todos los individuos lo suficientemente malos y perversos como para alzarse contra el infalible razonamiento del doctor Truentius.

Al cabo de dos años, el doctor Truentius, dándose cuenta de que problemas tan triviales como la producción y la distribución de las riquezas, la dosificación del orden y de la libertad, se resistían obstinadamente a todos los esfuerzos que él mismo y sus principales ayudantes les dedicaban, decidió exportar los beneficios del gobierno popular al resto de las Doce Ciudades. Además de los beneficios que no dejarían de disfrutar los otros novarianos, aquello permitiría unir a los habitantes de Vindium - que empezaban a crear facciones sediciosas- detrás de su primer cónsul, facilitándole a éste el medio adecuado para ejercer un poder aún más absoluto.

Envió un ultimátum al rey Filoman de Kortoli, pidiéndole que abdicara en favor de un cónsul elegido por el pueblo.
Inquieto y preocupado, el rey Filoman pidió consejo. Los que obtuvo de sus ministros fueron tan contradictorios que el pobre Filoman siguió sin saber qué hacer. Algunos pensaban que armase a todos los hombres del reino para resistir hasta el final. Otros hicieron notar que no se poseían armas suficientes.
Algunos sostuvieron que era necesario reorganizar el antiguo ejército y llamar a los oficiales retirados. Pero la mayor parte de aquellos oficiales se habían marchado al extranjero a luchar como mercenarios. El antiguo general en jefe del ejército kortoliano, por ejemplo, era capitán de los ejércitos del Gran Bastardo de Othomae. Llevaría mucho tiempo llamarles a todos, y no se tenía la seguridad de que quisieran volver.
El viejo Periax apremió a Filoman para que se sometiera ante las demoledoras fuerzas de Truentius. Pero otros añadieron que, si se juzgaba por la conducta de su amo, la primera acción del primer cónsul sería erigir un patíbulo en la ciudad de Kortoli para eliminar a cuantos representasen una amenaza y, sin duda, empezaría por los allí presentes.
Al fin, se decidió fabricar algunas armas, comprar otras, reunir a los jóvenes más vigorosos y llamar a todos los antiguos oficiales que se pudieran encontrar, a quienes se encargaría del entrenamiento de los nuevos reclutas.
Truentius se debatía también con graves problemas militares, y aquello fue lo único que salvo a Kortoli de una rápida derrota. La mayor parte de los oficiales del ejécito de Vindium, miembros del antiguo régimen, habían sido ejecutados o estaban huidos. Truentius sabía que la multitud de artesanos y comerciantes que le habían llevado al poder no estarían dispuestos para una verdadera campaña sin una preparación y entrenamiento intensivos.
Para ganar tiempo, le aconsejaron a Filoman que pidiera una entrevista con el cónsul Truentius. Para asegurar la posición del rey, se organizó un plebiscito entre todos los kortolianos machos adultos, cuyo texto preguntaba si deseaban seguir siendo gobernados por el rey Filoman o si preferían un sistema republicano como el de Vindium. Los resultados del plebiscito mostraron una aceptación del noventa y siete por ciento en favor de Filoman. Puede que los resultados de la votación representasen fielmente lo que pensaban los kortolianos, pues Filoman era muy querido por su modestia, honradez y demás virtudes. Además, las doctrinas republicanas de Truentius se habían desacreditado ligeramente por los relatos del abusivo empleo del hacha.
Se planteó una cuestión importante: ¿quién mandaría el ejército de Kortoli? Varios consejeros se ofrecieron para ocupar el puesto. Pero, cuando uno lo hacía, los demás gritaban y afirmaban que sólo era un intrigante y un ambicioso que intentaría emplear el poder del cargo para usurpar el trono. Cuando se proponía cualquier nombre, la oposición era tan vehemente que Filoman sintió que debía diferir la elección.
La entrevista con Truentius fue debidamente organizada. Tuvo lugar en una isleta del río Posaurus, que separa-
ba Vindium de Kortoli. Cada jefe de Estado sólo iría acompañado por tres hombres armados. Se encontraron, comieron juntos y empezaron a trabajar. Truentius dijo:
- Mi buen Filoman, ¿amáis a vuestro pueblo?
- ¡Claro! - respondió el rey- . ¿No lo he demostrado cien veces?
- Bien, pues si lo amáis sinceramente, debéis abdicar como os pido. Si no, le arrastraréis a una guerra brutal y sanguinaria. La elección está en vuestras manos, y vuestra será la responsabilidad.
- ¿Por qué habría de hacerlo?
- En primer lugar, porque os lo exijo y porque soy lo bastante fuerte como para obligaros a hacerlo; en segundo lugar, porque tal acción es justa. La monarquía es herencia de la superstición, es un gobierno obsoleto y sin sentido que favorece la injusticia y la opresión.
Y Truentius le dio un cursillo a Filoman sobre los intereses y ventajas de una república popular.
- Pero - dijo Filoman- , acabamos de interrogar a los kortolianos y se han pronunciado masivamente para el mantenimiento de la monarquía

- Mi querido Filoman - contestó Truentius riéndose- , ¿pensáis realmente que pueda tomarme en serio ese plebiscito, cuando vos mismo lo habéis organizado y amañado?
- ¿Insinuáis que he cometido fraude? - gritó Filoman encolerizado- . ¡Nadie ha puesto en duda mi honestidad en los cinco años que llevo de reinado!
Truentius se contentó con reír estrepitosamente.
- Bien, supongamos que habéis contado los votos fielmente. ¡Sois un joven tonto lo suficientemente infantil como para haberlo hecho! Pero eso no tiene importancia alguna, pues el pueblo, con todo, ha votado por la república.
- ¿Qué queréis decir?
- Pues es muy sencillo. La población de un Estado siempre se divide en dos grupos: el pueblo y los enemigos del pueblo. Ya que mi programa es el mejor posible para el pueblo, todos los que se opongan al mismo son enemigos del pueblo.
- Queréis decir - dijo Filoman- , que si el noventa y siete por ciento vota a mi favor y un tres por ciento por vos, ¿ese tres por ciento constituye el pueblo y el otro noventa y siete restante los enemigos del pueblo?
- Muy bien, joven. Me alegra ver lo deprisa que asimiláis mis clases de política.
- ¡Eso es absurdo! - exclamó Filoman- . ¡Sólo es un pretexto para ampliar vuestro poder!
Truentius suspiró.
- Intentaré explicároslo una vez más, aunque vuestra comprensión lógica me parece insuficiente. Mi principio fundamental es el siguiente: todo el poder para el pueblo. Acto seguido, afirmo que el pueblo siempre tiene razón. Hasta aquí, ¿me seguís?
- Sí.
- Si es así, los individuos malintencionados o ambiciosos que toman una decisión que es visiblemente mala, no pueden pertenecer al pueblo.
- ¿Quién decide el valor de la decisión?
- No se trata de ninguna mente humana y falible, sino de la más implacable lógica. Por ejemplo, ya os he explicado por qué un gobierno republicano es preferible a una monarquía. Es un hecho objetivo que no pueden modificar ni errores, ni caprichos, ni prejuicios, lo mismo que es inmutable el resultado de sumar dos y dos. En consecuencia...
Brutalmente, Filoman le interrumpió:
- ¡Nunca! ¡Combatiré hasta la muerte antes que dejaros aplicar tan monstruosa doctrina!
- ¡Vamos, querido rey! No es necesario. Podéis abdicar y huir al extranjero llevándoos tanta plata del tesoro real como podáis cargar. De hecho, ya he elegido a vuestro sucesor, al primer cónsul de Kortoli. Es un mulero llamado Knops: un hombre de bien que se consagrará al bienestar de su pueblo.
- ¡Mi pueblo jamás votará a favor de un títere!
- Sí que lo hará, pues Knops no tendrá oponentes. Puesto que yo mismo lo he elegido, puesto que mi lógica es irrefutable, no queda en consecuencia más que concluir que maese Knops es el hombre más adecuado para ocupar tal puesto. Y todos los que se opongan a él serán enemigos del pueblo y se les ejecutará.
- ¡Pero Knops ni siquiera es kortoliano!
- Todavía no; pero vuestro último acto oficial podría ser conferirle la nacionalidad kortohana. Me gustan las cosas en orden...
En aquel momento, un estornudo retumbó en un bosquecillo de olmos en la orilla de Vindium del río Posaurus. Sorprendido, Filoman alzó la vista vio un destello de sol sobre el acero. Por una vez, actuó con notable velocidad. Les gritó a sus hombres armados: "¡Traición! ¡Huyamos!" Y, seguido por sus hombres, atravesó el vado corriendo; en la orilla kortoliana del río, les esperaba un criado con caballos.
Los guardias de Truentius y los soldados ocultos se lanzaron tras ellos y abatieron de un flechazo a uno de los soldados, pero el rey y su pequeña escolta pudieron escapar. No se le había pasado a Filoman por la cabeza colocar un grupo de soldados en la colina más próxima, y no había nadie preparado a echarle una mano. No tenían más solución que galopar a la desesperada. Se lanzaron hacia las colinas del sur de Kortoli y perdieron a sus perseguidores.
Pero también ellos se perdieron. Vagaron durante algún tiempo, padeciendo sed y hambre,

hasta que una mujer de mediana edad les hizo señas desde una cueva.
- ¡Buenos días, Su Majestad! - gritó la mujer- . ¿Puede una leal súbdito hacer algo por vos?
- Creo que sí, querida señora - respondió Filoman- . Pero, ¿de qué me conocéis?
- Tengo poderes que no pertenecen a esta esfera terrestre - le contestó- . Pero, venid a refrescaros a mi caverna.
- ¿Queréis decir que sois una bruja?
- No, Sire, una verdadera hechicera, y me llamo. Al menos, debería serlo, aunque tengo ciertos problemas para conseguir mi licencia, mas estoy segura de que Su Majestad podrá arreglar el problema con una simple palabra.
Cuando Filoman, sus dos soldados y su ayudante se hubieron refrescado, el rey dijo:
- Estoy seguro de que la dificultad de que acabáis de hablarme será subsanada fácilmente. Pero, si realmente tenéis poderes mágicos, ¿quizá podéis decirme cómo encontrar un comandante en jefe para mi nuevo ejército, que por el momento se está entrenando para hacer frente al ataque de Vindium?
Le contó que, entre sus consejeros, todos cuantos tenían alguna experiencia militar - incluso los que no tenían ninguna- ambicionaban aquel puesto y luchaban ferozmente contra cualquier candidatura que no fuera la propia. Además, el rey Filoman temía que un general victorioso pudiera destronarle.
- ¿Por qué no mandáis la armada vos mismo? - preguntó Gloe.
- No tengo ni idea. Siempre he amado la paz y no poseo ningún conocimiento de las artes marciales, demasiado sanguinarias para mi gusto.
- Pues, bien, entonces - dijo Gloe- , os haré un general golem.
- ¿Un qué?
- Un golem es un ser de arcilla, de apariencia humana, y animado por un demonio del Quinto Plano. Encargaré a ese demonio que destruya a los de Vindium, y le prometeré que podrá volver a su propio plano cuando todo haya terminado. Sólo quedará entonces un general inanimado, del que Su Majestad nada tendrá que temer. Si queréis conservar la imagen, mandaréis cocer la arcilla y la instalaréis en un pedestal.
- Pero - preguntó Filoman- , ¿tendrá ese demonio las cualidades militares necesarias?
- Se apañará bien, Sire. Después de todo, los soldados de Vindium son sólo un montón de mercaderes y artesanos, pues la mayor parte de los nobles o han sido decapitados o han huido al extranjero. Además, Truentius, pese a todos sus sanguinarios discursos, es un cobarde que no soporta ver la sangre. Nunca presencia las ejecuciones que ordena con tanta prodigalidad.
La oferta parecía lógica y juiciosa, y Filoman estuvo de acuerdo. Una semana más tarde, Gloe llegó a la ciudad de Kortoli conduciendo un carro de bueyes en el que reposaba, tendido en la paja para evitar golpes, la imagen de un hombre de siete pies de alto. La carreta se detuvo ante el palacio y Gloe pronunció un encantamiento. La estatua, entonces, apartó la paja y, chirriando, se levantó.
Representaba un poderoso guerrero vestido con armadura, con las insignias de general del ejército kortoliano. Gloe no había escatimado esfuerzos, pues la armadura y el traje habían sido pintados de modo muy convincente; de hecho, había que mirar atentamente para discernir que aquel hombre de tan marcial porte no era de carne y hueso.
Un ronco gruñido salió de la estatua:
- General Golemius a vuestras órdenes, Su Majestad.
El general Golemius demostró ser muy competente, aunque el tono amarillo grisáceo de su rostro y manos hiciese que los soldados no se sintiesen muy a su gusto.
Pasó una semana y empezó a correr el rumor de que el ejército de Vindium había cruzado el Posaurus al sur de Kortoli. Filoman y su nuevo ejército marcharon a su encuentro. Filoman se quedó en la retaguardia y dejó el mando activo al general Golemius, que parecía arreglárselas a la perfección.
Al fin, los dos ejércitos quedaron a la vista; el tiempo era gris y las nubes estaban bajas. Filoman, a caballo, rodeado por una pequeña guardia personal, observaba la escena desde una vecina colina admirablemente situada.
Cuando todos sus hombres estuvieron listos, el general golem se colocó en cabeza de las

tropas, blandió la espada y lanzó un penetrante gruñido:
- ¡Adelante!
El ejército, en medio de un enorme estruendo, se puso en marcha tras su general, que caminaba flemáticamente.
Filoman descendió de la colina montado a caballo y siguió tranquilamente al ejército, que cruzó la llanura, sembrada con ocasionales bosquecillos. Los dos ejércitos se fueron acercando y el rey Filoman vio súbitamente algo que le hizo sobresaltarse. El primer cónsul Truentius no era el comandante del ejército enemigo: era otro general golem. Truentius -como le dijo Gloe- era un cobarde y había recurrido a su propio brujo. Aquel taumaturgo había capturado otro demonio del Quinto Plano y le había hecho animar un general de arcilla.
Los ejércitos avanzaban lentamente, pues estaban esencialmente formados por tropas sin experimentar cuyas líneas eran rotas muy a menudo por los árboles diseminados por la llanura. Los dos generales debían detener sus respectivos ejércitos para rehacer las líneas. Empezó a llover.
Los ejércitos ya estaban muy cerca y llovía cada vez más fuerte. La lluvia provocaba un sonido metálico en los cascos; se colaba entre los petos y perneras. En el momento en que los dos ejércitos estuvieron separados tan sólo por la distancia de una flecha, se detuvieron.
El rey Filoman hizo que su caballo se adentrase entre las últimas filas para ver lo que pasaba. Se dio cuenta de que el general Golemius estaba inmóvil a la cabeza del ejército; además, el general parecía haber perdido hombros y ganado vientre. Filoman lo observaba cuidadosamente y vio que el general se transformaba en un montón de barro, lo mismo que el otro general.
Los dos ejércitos estaban sin jefe. Los kortolianos se enfrentaban a los de Vindium, superiores en número. Detrás del ejército invasor, el primer cónsul Truentius observaba la escena, sentado en su carroza, pues nunca había aprendido a montar a caballo. Cuando su ejército se detuvo, trepó al techo de la carroza para ver lo que pasaba. Al darse cuenta de que los generales se habían convertido en lodo, empezó a gritar:
- ¡Adelante, mis valientes! ¡Contra el enemigo!
! En un primer momento, su ejército quedó sumido en la confusión y la incertidumbre, pero algunos oficiales, a fuerza de golpes y exhortos, consiguieron poner en marcha las unidades.
Mientras tanto, el ejército kortoliano, amenazado por un enemigo dos veces más numeroso, empezó a recular. Aquí y allí un hombre rompía las filas y echaba a correr. Las flechas de Vindium llovían ya sobre los kortolianos.
El rey Filoman, que había metido el caballo bajo un árbol para refugiarse de la lluvia, no se dio cuenta de que lo hacía bajo un enjambre de avispones. A causa de la lluvia, todos los avispones estaban refugiados en el nido, donde esperaban tranquilamente; de pronto, una flecha destinada al rey impactó con la colmena. No sé si los insectos penembianos se comportarán del mismo modo, pero los avispones novarianos reaccionan muy violentamente a cualquier ataque exterior y toman medidas bastante enérgicas contra los perturbadores.
Cuando los avispones salieron de su colmena, el primer ser animado que vieron fue al rey Filoman. Estaba sentado a caballo, justo debajo del panal, haciendo molinetes con la espada, intentado, mediante gritos y llamadas, alterar la marcha de su ejército, lo mismo que Truentius, al otro lado, se ocupaba de lanzar a sus hombres contra el enemigo. Filoman lanzó un alarido todavía más fuerte cuando uno de los avispones le picó en la muñeca. Otro se encargó de sus mejillas. Su caballo empezó a relinchar, pues le habían picoteado la grupa, y se lanzó hacia adelante.
Los guardias de Filoman espolearon sus monturas para seguir al rey. Los soldados vieron cómo su rey se lanzaba de cabeza contra el enemigo, blandiendo la espada y seguido por un puñado de guardias. Alguien lanzó un grito: '¡Salvad al rey!', lanzándose tras Filoman. Unos cuantos soldados le siguieron y, muy poco tiempo después, les imitaba todo el ejército, transformando en desbandada de Vindium lo que un instante antes fue desbandada de Kortoli.
Truentius ordenó a su cochero que diera media vuelta; pero, sin poder efectuar la maniobra a causa de la turbamulta, el cochero saltó ágilmente de su puesto y huyó a la carrera. Truentius debió ocupar el puesto del conductor e intentó tirar de las riendas. Pero no

sabía cómo hacerlo y fue incapaz de que los aterrorizados caballos le obedecieran. Bajó del carro, pero fue derribado por la masa de fugitivos y pisoteado por los soldados en desbandada. Los de Vindium huían con el mayor desorden. Cuando los supervivientes llegaron a su país, se apresuraron a cambiar la constitución y a nombrar dos cónsules, que, esperaban, se vigilasen uno a otro impidiéndose mutuamente apropiarse ilegalmente del poder. Y, con la única excepción de algunos momentos turbulentos, han conservado desde entonces el mismo tipo de gobierno.

Filoman hizo una entrada triunfal, pese a su rostro, donde las picaduras habían tallado una máscara grotesca. Su desesperada carga contra el enemigo le hizo merecedor del sobrenombre de Salvador. Rechazó el título, alegando que la victoria no le correspondía a él, ni al general golem, sino que era, en justicia, de los avispones que habían picado la grupa de su caballo. Pero el amor que le profesaba su pueblo era tan grande que no vio en todo aquello más que un rasgo más de su modestia.

Filoman aprendió la lección y decidió reponer a sus generales de carne y hueso. Sin duda, tendrían sus defectos, pero no se reducirían a un montón de barro con la primera llovizna.

A partir de entonces, el reinado de Filoman fue cada vez más excéntrico: puso a un fantasma como primer ministro; intentó reducir la criminalidad asignando una pensión a cada bandido; y cayó bajo el influjo de un asceta mulvaniano, Anmbalm, que le persuadió para que llevase una vida de renuncia y mortificación carnal, lo que le condujo a desatender los asuntos del reino y a su reina, que huyó con un capitán pirata.

Los kortolianos se preguntaron muy a menudo si no habría sido más acertado librarse de Filoman y adoptar un gobierno republicano, como el que les propuso Truentius. De hecho, tenían bastante interés en comprobarlo; pero, antes de que la situación adquiriese tintes más dramáticos, Filoman murió al caerse del caballo, y su hijo, Fusinian, le sucedió. El rey Fusinian restauró la popularidad de la monarquía, que se ha mantenido hasta nuestros tiempos.

El rey se rió de buena gana, pero fue dominado por un acceso de tos. Su secretario y el probador hubieron de darle unas palmadas en la espalda.

- Al menos, no hemos reclutado a ningún general de arcilla, ¡je, je! Puede que Chuivir no sea Juktar el Grande, pero si se le pica, sangra.

Los ojillos negros del rey adquirieron un aspecto inquisitivo.

- Eso nos hace pensar en algo. Sí. Hace ya dos días, nuestros espías nos confiaron un rumor que pretende que vos, joven, no sois el artesano que decís ser, sino que sois el antiguo dirigente de una ciudad-estado novariana. ¿Es eso cierto?

Jorian y Karadur intercambiaron una mirada. Jorian murmuró:

- Zerlik tiene lengua de comadre. - Volviéndose hacia el rey, dijo- : Exacto, Su Majestad. Vuestro servidor fue rey de Xylar durante cinco años. ¿Conocéis su modo de sucesión?

- Lo sabíamos, pero lo hemos olvidado. Contádnoslo.

- Cada cinco años, se convoca una asamblea general, se corta la cabeza del antiguo rey y la arrojan a la multitud. Me convertí en rey porque cogí la cabeza de mi predecesor que volaba hacia mí; no sabía lo que significaba aquello, ni tampoco lo que implicaba. Cuando mis cinco años tocaron a su fin, el doctor Karadur encontró un medio que me permitió escapar de tan implacable costumbre.

- ¡Grandes dioses! - gritó el rey- . Aquí, por lo menos, están asegurados más de cinco años de poder, aunque el principio no sea muy diferente. ¿Qué les pareció a los xylarianos la huida de vuestra revoloteante cabeza?

- Me persiguen desde entonces, esperando capturarme para seguir con la interrumpida ceremonia. Consecuentemente rogaría a Su Majestad que no revelase quién fui, pues, en caso contrario, los xylarianos descubrirían dónde me encuentro y hallarían un modo de apoderarse de mí. Les eludí por muy poco en el viaje que me trajo hasta aquí.

El rey se rió entre dientes.

- ¡Qué lástima! Si pudiéramos proclamar que habíais sido rey, podríamos hacer mucho en vuestro favor. ¿Cuál es vuestra fecha de nacimiento?

Jorian frunció las espesas cejas negras y respondió, a disgustos:

- Nací el año doce del reinado de Fealin II de Kortoli, el día quince del Mes del León. Pero, ¿por qué me lo pregunta Su Majestad?
- ¿Lo has anotado, Herekit? - le preguntó el rey a su secretario. Se volvió hacia Jorian- : Queremos conocer la fecha para que nuestros sabios puedan calcular lo que os reserva el destino. Pero, decidme, durante vuestro reinado, ¿hicisteis la guerra?
- Sí, Sire, bastante a menudo. Dirigí el ejército de Xylar en dos encarnizadas batallas, Dol y Larunum, contra esos malandrines que se hacen pasar por compañías francas, y en varias escaramuzas menores. Comandé la flota xylanana en las campañas que emprendí para librar nuestras costas de los piratas de Algarth. Además, ya había tenido mi bautismo de fuego cuando serví como guardia de infantería del Gran Bastardo de Othomae.
- Bien, mi querido Jorian, podríais realizar el deseo de un viejo obeso.
- ¿Qué deseáis, Sire?
- Te lo diré. Ni sabemos nada de guerras ni pretendemos saberlo. Nuestro principal oficial, el coronel Chuivir, es prácticamente tan ignorante como nosotros, aunque, sin embargo, no es capaz de admitirlo. Y, de hecho, no sería muy adecuado para la moral del ejército que su comandante reconociera que no tiene ni idea del arte militar.
No tenemos tiempo para encontrar alguien que reemplace a Chuivir. La mayor parte de los oficiales que están bajo sus órdenes son tan novatos como él. Nuestros mejores oficiales se encuentran en el ejército fronterizo. No podemos nombraros, tampoco, a vos para ocupar el puesto de Chuivir. Sois un extranjero y no sois noble, con lo que el ejército sólo os obedecería con repugnancia. Además, Chuivir tiene amigos influyentes entre los altos funcionarios y la nobleza que verían muy mal que le despidiera sin haber cometido ninguna falta grave. Incluso un rey que tiene teóricamente poderes ilimitados debe considerar las repercusiones políticas de sus decisiones.
- ¿Entonces, Sire? - preguntó Jorian al ver que Ishbahan dudaba.
- Bien, nos... Tenemos una idea: ¿Os gustaría ser nuestro consejero militar?
- ¿Qué implica el cargo?
- ¡Oh! Llevaríais un uniforme muy elegante. En teoría, sólo seríais nuestro mensajero y sólo tendríais que transmitir nuestras órdenes y hacernos llegar los mensajes del frente. En la práctica, nos gustaría que observarais la situación militar y que diariamente decidierais lo que había que hacer, diciéndonoslo. Entonces, nos transformaríamos vuestros consejos en órdenes reales, las cuales transmitiríais a Chuivir o a los otros comandantes interesados. Parecería que no teníais ningún poder en la defensa, aunque, de hecho, seríais el verdadero comandante en jefe. ¿Qué os parece?
- Todo lo que puedo decir, Sire, es que lo haré lo mejor posible.
- Bien. - Ishbahar se volvió hacia su secretario- : ¡Herekit! Prepara un decreto real para maese Jorian... ¿Sí, Ebeji?
- Sire - dijo este último, que acababa de entrar- , un oficial de marina trae un mensaje urgente.
- ¡Ah! ¡Maldita sea la dureza de esta vida que no permite que un hombre pueda siquiera comer en paz! ¡Que pase!
Entró un joven oficial de marina con la mirada perdida y asustada. Se arrodilló.
-¡Sire!
- ¿Y bien, señor?
- ¡Hemos perdido al almirante Kyar y los piratas de Algarth se encuentran a nuestras puertas!
- ¿Qué decís? ¡Grandes dioses! ¿Qué ha pasado?
- El... almirante salió al mar esta mañana para las prácticas; embarcó en el navio almirante, el Ressam, acompañado por dos pequeñas galeras de escolta, la Onuech y la Byari. Una vez en alta mar, nos encontramos con un banco de bruma que, según algunos marinos, era muy raro. Y entonces, de pronto, una flota de naves algarthianas surgió de la bruma y rodeó al Ressam. Como estaba falto de remeros, no pudo maniobrar lo bastante deprisa como para liberarse. Los piratas también capturaron el Onuech; pero el Byari pudo huir, haciendo remar a los soldados.
- ¿Sois vos el comandante del Byari'? - preguntó el rey.
- Sí, Sire. Si Vuestra Majestad piensa que mi deber hubiera sido no huir sino quedarme con el

almirante...
- No, no; habéis hecho bien. Alguien tenía que volver para informarnos. De hecho, ahora mismo quedáis nombrado almirante, como reemplazo de Kyar. Preparad nuestra flota de guerra.
El rey se dirigió a su secretario:
- Disponed un decreto real para este oficial y nos lo firmaremos. Ahora, almirante, sentaos y probad estas... ¡Por las uñas de Ughroluk, acaba de desvanecerse! ¡Deprisa, que alguien le eché un poco de agua!
Aquella noche, Jorian y Karadur subieron a lo alto de la Torre de Kumashar. Miraron hacia el mar, donde la marina penembiana luchaba violentamente con la flota de piratas algarthianos. Los mayores navios penembianos, los inmensos catamaranes, ni siquiera tomaron parte en la acción, pues no había remeros suficientes como para que maniobraran. Los navios combatientes se desplazaban lentamente, pues tampoco ellos contaban con los necesarios.
- Allá va otro - dijo Jorian, cuando las llamas rojizas envolvieron un navio.
- ¿De los nuestros o de los suyos? - preguntó Karadur.
- Uno de los nuestros, me temo; pero es difícil averiguarlo en la oscuridad.
- ¿Ese joven, cómo se llamaban, el oficial al que el rey nombró almirante, es capaz?
Jorian se encogió de hombros:
- Dada la total falta de preparación de la flota y el poco tiempo que ha tenido, me resulta imposible contestar. Ni siquiera Diodis de Zolon, el más grande de todos los almirantes novarianos, habría podido hacerlo mejor.
- ¿Te llevas bien con el coronel Chuivir?
- Me parece que recela algo, pues acepta las órdenes del rey con desgana, aunque todavía no ha dicho nada. Lo que más me preocupa es que descubra que los xylarianos me persiguen, pues podría denunciarme muy fácilmente,
- En este momento la ciudad está asediada y no pueden hacer nada.
- Cierto, doctor. ¡Vaya situación la mía! Estoy a salvo mientras dure el sitio, pero mi deber consiste en romper el cerco, con lo que pondré mi vida en peligro. Por otra parte, si los asaltantes toman la ciudad, mi piel no valdrá nada. - Se cogió la cabeza entre las manos y la sacudió vigorosamente- . Quería estar seguro de que aún aguanta.
- Si conseguimos liberar la ciudad, estoy convencido de que el rey te protegerá.
- Quizá, quizá. Pero, suponed que se encuentra corto de fondos para pagar lo que le cueste la guerra y oye hablar de la recompensa que ofrecen los xylarianos por mi captura.
- ¡Oh, es un hombre valiente...!
- De momento; pero puede que algún día prefiera la recompensa a su pequeño Jorian. Lo que sé de la realeza me ha enseñado que nunca hay que confiar en un jefe de Estado. Les es fácil justificar cualquier felonía diciendo: Era por el bien del pueblo.
La batalla prosiguió durante varias horas, en la total oscuridad y la mayor confusión. Al final, los navios penembianos que no fueron hundidos o destruidos dejaron de luchar y fueron a refugiarse en la desembocadura del Lyap. Los piratas se diseminaron sobre los puentes de los navios, de guerra y mercantes, anclados e invadieron los muelles que se extendían a los pies de las murallas de la ciudad.
Al día siguiente, una compañía franca, cuyas armaduras brillaban bajo el sol, apareció por el norte, descendiendo por el camino de Novaría: el ejército campesino de Mazsan avanzaba desordenadamente, procedente del sur; una nube de nómadas fedurinianos montados en camellos llegó desde el oeste. El asedio había comenzado.

VII
EL ASEDIO DE IRAZ

Los asaltantes instalaron los campamentos alrededor de Iraz, fuera del alcance de las catapultas. Las tiendas de la compañía franca estaban ordenadas formando un cuadrado fortificado rodeado de un foso y un talud, al noreste de la ciudad. El Lyap describía una curva

en la que se habían instalado los mercenarios, entre el río y las murallas.
El campo de los fedirunianos parecía una ciudad en crecimiento, lleno de tiendas de piel de camello dispuestas un poco de cualquier modo, y donde resonaban el redoble de los tambores y dolientes cancioncillas durante la noche. En el este, los fedirunianos montados en camellos, caballos, asnos, venían sin cesar para añadirse a los asaltantes. Se había difundido la noticia en los desiertos orientales de que Iraz sería saqueada y todos los ladrones de las arenas se habían visto atraídos por las riquezas de la ciudad como las moscas por la miel. Las tiendas de piel de camello crecían como rastrojos en un campo fértil.
Los campesinos de Mazsan no habían llevado tiendas. Construyeron burdas chozas de piedra o ramas, o dormían al cielo raso, acurrucados en pieles de cordero. Los piratas algarthianos se quedaron a bordo de sus naves.
El barrio de Zaktan, al otro lado del Lyap, había sido abandonado por sus habitantes, que se refugiaron tras los muros de la ciudad. Fue saqueado y algunas casas resultaron incendiadas. Pero se lanzó un sortilegio para hacer llover, lo que evitó el general incendio. El fuego que de ordinario ardía en la Torre de Kumashar fue apagado, pues los únicos navios que podía guiar serían piratas.
Los asaltantes reunieron manteletes y los colocaron frente a la ciudad. Protegidos por aquellos abrigos, los arqueros empezaron a disparar contra los irazianos que se encontraban en las murallas. Como aquella región de Penembei no era muy boscosa, los ingenieros de los invasores destruyeron varias de las mayores galeras de Ishbahar, cuya madera emplearon en construir las máquinas de guerra.
Detrás de las líneas de manteletes, los ingenios de guerra - catapultas, tortugas (refugios con ruedas), bastidas (torres móviles de asalto)- empezaron a adquirir forma. Se oía trabajar a los carpinteros día y noche.
Durante aquel tiempo, los magos de los dos campos estuvieron muy ocupados. Los hechiceros de los asaltantes hicieron nacer ilusiones que representaban inmensos monstruos alados que se lanzaban sobre las almenas, sacando las garras, escupiendo fuego. Al principio, los defensores huyeron aullando de miedo; pero Karadur y sus magos se dieron cuenta enseguida de que sólo eran fantasmas, y los dispersaron lanzando el correspondiente contrahechizo.
Los brujos arrojaron entonces un potente encantamiento para llamar a una horda de demonios del Sexto Plano, unas horribles bestias cubiertas de escamas, voladoras, parecidas a murciélagos, que atacaron a los defensores con picos y garras. Pero los taumaturgos de Iraz lanzaron otro contrahechizo y las abejas, avispas y avispones que se encontraran a menos de diez millas de Iraz se precipitaron hasta la ciudad para atacar a los demonios. Aullando de miedo y rabia, huyeron para volver a su propio plano.
Los hombres de la compañía franca, donde reinaba la mayor disciplina, fueron los primeros en terminar su catapulta. Llevaban con ellos todo lo que necesitaban para construir máquinas de guerra, salvo vigas, que sacaron del carenaje de los navios de guerra irazianos.
Aquel modelo de catapulta contaba con dos brazos, y lanzaba jabalinas. Los mercenarios las desplazaban accionando sus gigantescas ruedas. Un enorme escudo de madera, colgado mediante fibras de ligeras cortezas, se instaló sobre la catapulta para protegerla de los proyectiles. Los magos de Karadur, reunidos en las murallas, murmuraban sin dejar de gesticular, intentando lanzar algún encantamiento sobre aquel artilugio.
Aquella mañana el cielo estaba cubierto, y Karadur, en pie desde muy temprano, había acudido a las murallas para observar a los asaltantes. Le dijo a Jorian:
- Me temo que hayan lanzado algún encantamiento de protección sobre la máquina y que todos los esfuerzos de mis magos sean inútiles. Durante los pasados siglos, la magia defensiva ha hecho muchos progresos.
Jorian, vestido con una cota de malla de plata, observaba al enemigo con ayuda del catalejo.
- Creo que van a disparar - dijo- . Mirad.
- ¡Ah! ¡Cielos! ¡Tienes razón!
- Estad preparado para poneros a cubierto, pues una de esas jabalinas os atravesaría como si fuerais un pollo... ¡Ahí viene!
La catapulta de la compañía franca se destensó con un chasquido. El proyectil - un mástil de

hierro y madera de tres pies de largo con alerones de madera- pasó silbando por encima de sus cabezas y fue a estrellarse en la ciudad.
- Si no apuntan mejor - constató Karadur- , no creo que nos hagan capitular lanzando proyectiles al azar sobre esta inmensa ciudad.
- No lo habéis entendido - observó Jorian- . Eso era un tiro de prueba. Cuando hayan encontrado la elevación adecuada, diezmarán a los defensores de las murallas y nos quedaremos sin defensores para las máquinas de guerra. ¿Veis aquella otra catapulta que están construyendo detrás de la primera?
-Sí.
- Será dos veces más grande, y lanzará piedras enormes y no jabalinas. La harán rodar hasta los pies de las murallas de la ciudad para abrir brecha, mientras les cubren sus arqueros. Les llevará quince días, pero, antes o después, el muro caerá bajo sus golpes.
- ¿Qué podemos hacer?
- Ya le he dicho al coronel Chuivir que ordene a sus obreros que construyan una media luna detrás del lugar amenazado. Pero, cuando le digo que el rey le ordena hacer tal o cual cosa, siempre murmura y obedece con desgana, pues se teme que soy yo quien toma las decisiones.
- ¿Cómo se comporta el ejército?
Jorian escupió.
- ¡Ouagh! La guardia real, al menos, cuenta con entrenamiento teórico, pero su efectivo es poco importante. Las milicias reciben formación, pero los estasiarcas están más ocupados en injuriarse y maquinar unos contra otros que en preocuparse de la guerra. Los Pants y los Kilts han llegado ya varias veces a las manos, incluso ha habido heridos y muertos.
Nos las tenemos que ver con la hez de las grandes ciudades: están a sus anchas cuando se trata de fomentar una revuelta, saquear, incendiar, pero, cuando se trata de combatir, no valen gran cosa. Discuten todas las órdenes y disfrutan dando muestras de indisciplina y mala voluntad. ¡Ay, si tuviera tan sólo a varios millares de robustos aldeanos kortolianos...! - Y Jorian siguió hablando en su dialecto natal- . Amigo, hemos crecido bajo la protección de Ardamai y conocemos bien a los hombres de la tierra. En aquellos tiempos, creíamos que eran los más sucios, los peores, los más malolientes que pudiéramos encontrar. La primera vez que vi la ciudad de Kortoli me dije, ¡aja, he vivido para hacerlo! Y era gente bastante simpática la de la ciudad. Pero cuando uno tiene problemas, ¡uno ve que es mejor no contar con ellos más que con la mierda que se le pega a las sandalias!
¿Veis aquellas cosas construidas junto al muro oeste de la ciudad y que miran a los muelles? No debían haberlas construido allí: ¡ya veis lo útiles que les resultan a los asaltantes! Los funcionarios de Ishbahar deben tener las bodegas llenas de vino...
Jorian permaneció en silencio unos instantes: inspeccionaba las líneas enemigas con el catalejo. Luego, siguió hablando:
- Si yo mandase estas tropas, en lugar de perder más tiempo construyendo catapultas y bastidas, haría construir cientos de escalas y lanzaría al grueso del ejército contra las murallas ahora mismo.
- ¿Por qué, hijo mío? Las escalas caen fácilmente y los que las usan tienen poca estima por su vida. Nunca he comprendido cómo era posible conquistar una ciudad rodeada de murallas. ¿Por qué los defensores no hacen caer las escalas en cuanto las colocan?
- Si las fuerzas son equiparables, sería posible. Defensores decididos podrían rechazar, incluso, fuerzas superiores en número; pero los enemigos que rodean nuestros muros son quince o veinte veces más que nosotros, al menos en lo relativo a los hombres capaces de combatir; no cuento a todos los canallas de Vegh y Amazluek. Los defensores no son suficientes para afrontar un ataque en masa que llegara por todas partes a la vez. Si colocasen escalas en los lugares del muro donde no hay nadie para protegerlos, los asaltantes podrían ocupar las murallas. Desde allí, entrarían en la ciudad y no tardaríamos en sucumbir a causa de su número.
Si el enemigo atacase ahora, podría conquistar la ciudad en poco tiempo; si, en cambio, se divierte construyendo esas magníficas máquinas de guerra, le dará tiempo a Tereyai a llegar, lo que modificará la situación a nuestro favor... A propósito, ¿vuestro adivino, cómo se

llamaba, ha visto en la bola si nuestros mensajeros han conseguido encontrar al general Tereyai?
- Nedef ha interrogado al cristal de la mañana a la noche, pero no ha conseguido nada. Creo que los brujos enemigos han lanzando encantamientos que enturbian las visiones. Durante unos momentos, Nedef consigue ver un lugar al norte de Penembei, pero sólo distingue unas colinas ocres, completamente desiertas, sin signos de vida, ni de nuestro ejército ni de los mensajeros.
- ¡Hum!
Jorian observó el campamento enemigo durante tanto tiempo que Karadur le preguntó:
- ¿Qué ocurre, Jorian?
¿Veis algo entre el campamento de la compañía franca y el de los fedirunianos?
- Parece otra línea de manteletes, pero mis pobres ojos son tan débiles...
- Sí, pero, ¿para qué sirven unos manteletes tan retirados? Incluso una catapulta sería incapaz de alcanzarlos. Parecen anormalmente altos, y se diría que pretenden camuflar bastante actividad.
Jorian se volvió hacia Karadur.
- ¿Podría el vidente echar un vistazo detrás de ese abrigo?
- Puede intentarlo; mientras tanto, procuraré evitar el enturbiamiento de los brujos.
Una hora más tarde, Jorian y Karadur se encontraban en la sala que ocupaba Nedef en la Casa de la Sabiduría. El adivino, inclinado sobre la bola de cristal, estaba sentado en la postura del loto sobre un banco. La bola reposaba en un pedestal de ébano que representaba unos dragones enlazados. Karadur, también en la postura del loto, se sentaba en un cojín sobre el suelo; mantenía el cuerpo erguido y los ojos cerrados, moviendo los labios en silencio. Jorian, confortablemente instalado en una silla, sujetaba en la mano un estilete y una tablilla de madera cubierta de cera, sobre la que se inclinaba con extrema atención, dispuesto a escribir.
El adivino, en un suspiró, murmuró:
- La escena es confusa y brumosa, aunque un poco más clara que ayer... Tengo la impresión de que los brujos que camuflan las visiones han sido destinados a otras tareas... ¡Ah, ahí está, veo Iraz...! La imagen vacila, como si fuera vista por un insecto que se encontrase en una hoja muerta que es llevada por el viento de otoño... Suavemente, suavemente... No, no es esa parte de las instalaciones enemigas lo que quiero ver... Distingo las tiendas de los nómadas... ¡Un poco más a la izquierda! ¡A la izquierda! ¡Ah! ¡Ahí está! Veo el abrigo, miraré detrás... ¡Maldita bruma! ¡Es como si se quisiera ver el fondo de un río cuyas aguas hierven! Veo un montón de cosas tumbadas con barras trasversales... Eh... Ahora distingo unos hombres trabajando en esos objetos... Veo... como hormigas serrando... oigo martillazos...
- ¿Escalas? - preguntó Jorian.
- ¡Ah! ¡Sí, eso es! ¡Escalas! La visión es borrosa, por eso no me había dado cuenta, pero son escalas.
- ¿Podéis contarlas? - preguntó Jorian.
- No, pero debe haber varios centenares.
Jorian miró a Karadur.
- Hacen exactamente lo que os dije, y lo que yo haría si estuviera en su lugar. Las máquinas de guerra son mera diversión; quieren hacernos creer que tenemos todo el tiempo del mundo para preparar la defensa, hasta que una mañana se lancen por sorpresa contra las murallas sin que hayamos tenido tiempo de quitarnos las legañas. Cuando estén dentro de la ciudad, les será fácil rechazar al ejército de Tereyai. Como son dueños del mar, será imposible rendirles por hambre.
Decidle a Nedef que se quede sobre la bola de cristal intentando averiguar todo lo que pueda sobre los planes del enemigo. Si pudiera sorprender una conferencia que nos informase de sus intenciones acerca de las escalas, nos sería de gran utilidad. Mientras tanto, voy a decirle a Chuivir que construya unos puntales.
- ¿Puntales?
- Así es como se llaman las perchas cuyo extremo es ganchudo y que sirven para derribar las escalas.

- Ten cuidado con Chuivir, que cada vez parece más receloso.
Jorian se apresuró para llegar al palacio y contar lo que había visto y lo que quería hacer antes de ir a llevarle las órdenes del rey al coronel Chuivir. Pero, cuando salía de la Casa de la Sabiduría, un inquietante sonido llamó su atención. Un grupo de Kilts armados, blandiendo espadas y clamando venganza, perseguían a tres Pants.
- ¡Que Heryx se los lleve! - rezongó Jorian, dando algunos pasos hacia ellos. Cuando los Pants llegaron a su altura, levantó un brazo y gritó- : ¡Alto, en nombre del rey!
Por lo menos, su brillante armadura serviría para algo. Los perseguidores, viendo las insignias reales, se detuvieron. Los tres Pants, jadeantes, se agruparon a su alrededor.
- ¡Querían... matarnos... Señor! ¡Y nosotros... no hemos... hecho nada!
- ¿Qué significa todo esto? - aulló Jorian.
- Son ladrones - gritó el jefe de los Kilts- . Les hemos encontrado registrando nuestra armería, a la que habían venido para robarnos municiones.
- ¡Mienten! - gritó un Pant que todavía no había dicho nada. Jorian se volvió y se dio cuenta de que se trataba de lord Vegh, el mofletudo estasiarca de los Pants- . Habíamos enviado algunos hombres de confianza a hacerles unas cuantas preguntas a los Kilts sobre las armas que consideran mejores...
- ¡Es él el que miente! - gritó el delgado Amazluek, señalando con la perilla el centro del grupo- . ¡Hacernos preguntas, vaya broma! En ese caso, ¿por qué tenían que forzar la cerradura de la armería?
- No había nadie - aulló un Pant- . No había nadie que pudiera contestar nuestras preguntas, así que intentamos...
- ¡Mentiroso, mentiroso! - le interrumpió Amazluek- ! Siempre hay alguien...
- ¡Me está llamando mentiroso! - gritó Vegh, desenvainando la espada.
- ¡Mentiroso, ladrón y cobarde! - bramó Amazluek, haciendo lo mismo.
- ¡Basta, basta! - gritó Jorian en medio del tumulto- . ¡En nombre del rey, guardad las espadas!
Las hojas chocaron por toda respuesta. Los espectadores empezaron a gritar y a animar a los combatientes de su propia facción. También se dedicaron a lanzar amenazas e injurias. Jorian vio a un hombre que le daba una patada a un adversario, a un segundo retorcerle a otro la nariz, y a un tercero que le tiraba al enemigo del pelo. Sin encontrar otra solución, Jorian sacó su espada y golpeó las cruzadas hojas de los estasiarcas.
- ¡Quédate fuera de esto, sucio extranjero! - gruñó Amazluek, dándole un golpe en el pecho.
Jorian no esperaba aquel ataque y no tuvo tiempo de esquivarlo. Felizmente, la cota de malla le salvó la vida: la punta de la espada del estasiarca se deslizó y le cortó la manga del jubón.
Vegh lanzó un tajo contra Amazluek, que debió dar un salto hacia atrás y cubrirse para salvar la vida. Jorian sacó la daga, cuyo pomo era de plomo. Agarrándola por la vaina, se colocó detrás de Amazluek y le asestó un violento golpe.
Amazluek besó el suelo. Cuando Vegh se precipitó para atravesar al caído, Jorian sacó el puñal y se lo colocó debajo de las narices:
- ¡Atrás, o acabarás como él!
- ¿Quién sois vos para darme órdenes...? - le escupió Vegh.
- Soy lo que soy. Vosotros, los Kilts, llevaos a ése. Si no conseguís reanimarle echándole agua, buscad un cirujano que le cure. Lord Vegh, tened la amabilidad de volver con vuestros hombres a los cuarteles. Me parece que todas las horas de vigilia deberían dedicarse al entrenamiento, al menos, si deseáis combatir eficazmente contra el enemigo.
Los Kilts, intimidados por la estatura de Jorian y sus enérgicas órdenes, recogieron en silencio a su jefe y desaparecieron.
Vegh murmuró algunas amenazas y maldiciones dirigidas a Jorian, pero, como este último era más alto que él una cabeza, prefirió no seguir discutiendo. Se fue, seguido de sus tres nombres. La multitud se dispersó.
Jorian se apresuró hacia el palacio, furioso por el tiempo perdido. El sol estaba más allá del cénit. Las escalas podían alzarse y desencadenar el ataque en cualquier momento, y la desproporción entre el número de soldados entrenados de cada ejército era cada vez mayor

debido a la constante llegada de fedirunianos, que dirigían sus camellos hacia las tiendas de la ciudad nómada en crecimiento. Había que preparar los puntales a toda prisa. También había que tomar las medidas más enérgicas en cuanto al mando de la milicia, antes de que las facciones se lanzasen a la guerra civil.

En el palacio le dijeron a Jorian que el rey se estaba echando la siesta tras la comida y que no debían molestarle. Jorian se tiró encolerizado del bigote. Dudó entre forzar la puerta de las habitaciones privadas del rey, pues se trataba de un caso de urgencia, o dirigirse directamente al coronel Chuivir sin informar antes de sus intenciones al monarca. Aquella última solución le pareció menos arriesgada.

Encontró al apuesto coronel en su alcoba en lo alto de un torreón cilíndrico que se apoyaba en las murallas de la ciudad. Desde allí, Chuivir podía vigilar el muro este en su totalidad, incluyendo la puerta del mismo lado. Chuivir, con una armadura dorada aún más lujosa que la de Jorian, estaba inclinado sobre unos pergaminos.

Jorian saludó llevándose el puño al pecho.

- Mi coronel - dijo- , el buen juicio del rey ha decidido que se prepare el ejécito para hacer frente a un ataque dirigido contra las murallas de la ciudad por medio de escalas. Especialmente, desea que se preparen cientos de puntales a toda prisa y que sean colocados en los muros para hacer caer tales escalas.

Chuivir frunció el ceño.

- ¿De dónde ha sacado semejante idea, capitán Jorian? Cualquiera puede darse cuenta de que el enemigo prepara un ataque de largo alcance contra las murallas por medio de catapultas y tortugas, para hacer una brecha por la que introducirse en la ciudad.

Jorian habló del descubrimiento del vidente en cuanto a la preparación de escalas detrás del abrigo del noroeste. El coronel Chuivir tomó su catalejo y se dirigió a la ventana que daba al este del parapeto. Tras un momento, dijo:

- No. El mago ha debido equivocarse. Aunque preparen escalas, es imposible que quieran emplearlas tan pronto.

- Su Majestad - dijo Jorian- cree que están preparando un ataque por sorpresa para tomar la ciudad antes de que el general Tereyai llegue con su ejército.

Testarudo, Chuivir añadió:

- Mi querido capitán, está escrito con letras mayúsculas en el Manual Militar de Zayuit - blandió un ejemplar- que las oportunidades de tomar al asalto con escalas un muro de más de cuarenta pies son despreciables. Y nuestras murallas miden cuarenta y cinco.

- Una ciudad de este tamaño habría de tener murallas de, por lo menos, sesenta pies - replicó Jorian.

- Quizá, pero el problema no es ése.

- Bien. ¿Vais a mandar construir los puntales?

- No, necesito a todos los hombres disponibles para la construcción de obras de albañilería, y, además, deben entrenarse intensivamente.

- Sin embargo, Su Majestad ha sido muy claro en este punto...

El coronel miró a Jorian con ojos helados.

- Me parece, por lo que decís, que Su Majestad se ha tomado un repentino interés en cuanto a los detalles de la defensa... lo que nunca había ocurrido hasta ahora. ¿Os ha dado el rey en persona semejante mensaje?

- Así es. ¿No pensaréis que daría tales órdenes por mí cuenta?

- Al contrario, eso es lo que creo. Meteos bien una cosa en la cabeza, querido señor: soy yo quien dirige las operaciones de defensa y nadie más, sobre todo ningún intruso extranjero. Si queréis convencerme de que ha sido Su Majestad quien ha dado una orden tan estúpida, tendréis que enseñarme un papel firmado por su propia mano, o convencer al rey para que me dé las órdenes personalmente.

- ¿Preferís que los enemigos invadan la ciudad antes que pasar por alto un ligero desliz de protocolo? - preguntó Jorian, furioso- . Si debo pasarme el día de un lado a otro llevando notitas...

- ¡Salid de aquí! - aulló Chuivir- . A partir de ahora, todas las órdenes reales deben venir por

escrito; ¡basta de amargarme la vida, basta o acabaréis en prisión!
- ¡Ya lo veremos! - bramó Jorian. Salió de la torre apresuradamente.
Aquella noche, después de cenar, le contó a Karadur los sucesos del día.
- Así que volví al palacio - dijo- y esperé a que el rey se levantara. Le conté lo de la reyerta entre los Kilts y los Pants, y mis problemas con Chuivir. Le dije que interpreté mi papel pero que resultó inútil, que no podría ocuparme de la defensa hasta que no fuese nombrado comandante de la plaza, sin que nadie pudiera meterme palos entre las ruedas. Le dije que, incluso en tal caso, el resultado no estaría asegurado.
También le expresé a Ishbahar que no tenía intención alguna de hacerme cargo de la defensa de Iraz, a la que nada me unía; pero que estaba en la trampa y no quería perecer con ella; y que, consecuentemente, para salvar mi propia piel, estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera en mi mano para liberarla.
- ¿Creyó tus... protestas como de buena fe?
- No lo sé, aunque reflejaban mis propios sentimientos. Sin embargo, rechazo la idea de despedir a Chuivir y los estasiarcas para ponerme a mí en su lugar con el pretexto de que era políticamente imposible.
Al fin, decidió invitarnos a los cuatro a tomar el té esta tarde. Naturalmente, nos ha atragantado. Si Su Majestad sigue obligándome a comer esas cantidades, tendré que largarme a toda prisa: peso cinco kilos más que cuando llegué.
Una vez en la mesa, Amazluek, con la cabeza vendada, nos miraba a Vegh y a mí de un modo homicida. Debo decir que Su Corpulencia lo hizo a las mil maravillas. Nos dio un sermón sobre la necesidad de cooperar mientras durase el asedio. Y nos recordó que si no actuábamos de común acuerdo, nos ataría a un poste, nos embrearía y nos transformaría en antorchas vivientes para alegrar las fiestas de los fediruniano. Los habitantes del desierto tienen encantadoras costumbres para tratar a sus cautivos. Cuando terminó, lloró por su pobre suerte, y consiguió incluso que mis tres adversarios adoptasen un aire solemne y empezasen a limpiarse los ojos.
- ¿Qué te dijo sobre lo que ordenaste de construir puntales!
- Que sí. Felizmente, había pensado contarle aquella mentira. Nos separamos intercambiando mutuamente - si no promesas de buena voluntad- el juramento de trabajar todos juntos para lograr un objetivo común. Pero la verdad es que nada ha cambiado y estoy seguro de que mañana mismo volverán a atacarse como puedan.
- ¿Y los puntales?
- Viendo la ocasión de eclipsar a su rival, Amazluek dijo que él se encargaría. Su facción, dice, cuenta con artesanos muy competentes que van a ponerse enseguida a cortar y clavar. Vegh le interrumpió adelantando que los Pants harían dos puntales mientras los Kilts hacían sólo uno. El rey les dijo que se fueran... a trabajar.
Karadur cambió de tema.
- Hijo mío, le he prometido a Nedef ir a verle esta noche. Va a intentar espiar una reunión de jefes enemigos para averiguar sus planes. ¿Quieres acompañarme? Las calles, bueno... no están muy seguras con tantos problemas como hay.
- Encantado, querido amigo. ¿Tenéis una linterna?
Nedef murmuró:
- No, no veo ninguna reunión en la tienda de los jefes fediruniano... Veamos los algarthianos...
Durante algunos minutos, el vidente permaneció en silencio, tenso por el esfuerzo que hacía para dirigir su visión hacia el mar.
- Esta noche es más sencillo - dijo- . Es como si todos los brujos estuvieran durmiendo con la tripa llena. ¡Ah! Ahí está el navio almirante de los piratas, y hay muchas chalupas a su alrededor... El consejo se celebra a bordo...
Hubo otro silencio. Nedef jadeó.
- ¡Ayudadme, doctor Karadur! Los brujos han lanzado un hechizo de protección alrededor de la cabina del almirante y no puedo penetrar en ella.
El doctor Karadur dio algunos pasos murmurando enigmáticas palabras. Al fin, Nedef gritó:

- ¡Ah! ¡Ya! ¡He entrado! Pero necesito toda mi fuerza para seguir allí...
- ¿Qué veis? - preguntó Jorian.
- Se trata de un verdadero consejo de guerra. Veo a Mazsan, al almirante de los piratas... creo que se llama Hrundikar. Es un individuo fuerte, con una gran barba roja. También veo a los jefes de la compañía franca y de los nómadas, pero no conozco sus nombres.
- ¿Qué hacen?
- Discuten; gesticulan mucho. A veces se callan para que los intérpretes puedan traducir. Mazsan propone lanzar un ataque simultáneo por los cuatro costados, para que los defensores tengan que distribuirse por las murallas....
Tras un silencio, continuó:
- Están debatiendo la hora del ataque. El fediruniano señala el cielo; no puedo leer en sus labios porque habla su idioma natal. ¡An! El intérprete pregunta que cómo pueden fijar la hora del ataque si el sol está oculto por las nubes...
Mazsan ha tomado la palabra. Dice algo sobre la Torre de Kumashar... El fediruniano pregunta algo, pero no le entiendo... Mazsan le pide algo al almirante Hrundikar... Se sirven de beber... Un marino trae un pergamino o un papel. Lo fijan a la pared; cada uno de los cuatro jefes clava la daga en una de las esquinas de la hoja. Mazsan prende un trozo de carbón, traza un círculo de dos pies de diámetro en la hoja... marca un punto en el centro. Traza muchas marcas en la circunferencia. Dibuja una flecha que parte del centro y señala una de las marcas...
- ¿Qué marca? ¿Qué marca? - pregunta Jorian.
- Al lado derecho del círculo... La visión es borrosa...
- Se trataba de un reloj, ¿qué hora sería?
- ¡Ah! ¡Lo veo! La aguja indica la hora tercera. Ahora la escena se difumina, como si los brujos hubieran vuelto al trabajo...
La voz de Nedef se fue haciendo más débil. El hombre se desvaneció.
- ¡Oh, pobre! Espero que su cerebro no se haya dañado. A veces ocurre en este oficio.
- Su pulso parece normal - observó Jonan, inclinándose sobre el vidente tendido en el suelo- . Bueno, ya lo sabemos: el enemigo atacará a la tercera hora de la mañana... o, como decimos en novariano, la hora de la Nutria. Podrán coordinar su acción observando la Torre de Kumashar con la ayuda de catalejos.
- No sabemos el día del ataque - dijo Karadur.
- Es cierto, pero lo lógico es suponer que empezarán mañana. Tengo que hablar con el rey y con los responsables de la defensa.
- ¡No puedo abandonar al pobre Nedef en este estado!
- Cuidad de él mientras yo me ocupo de las medidas que hay que tomar. Mejor no retrasarse.
- ¿Vas a ir a ver al rey ahora mismo?
- No. Creo que lo mejor será advertir antes a Chuivir.
- Unos cientos de guardias contra miles de hombres, ¿qué oportunidades tienen?
- Somos como un renacuajo rodeado por los lucios. Pero la milicia podrá derribar las escalas, aunque no pueda hacer más. Y eso deja muy pocos hombres para cubrir unas murallas tan grandes... Todo lo que necesitan es hacerse con el flanco sur...
- ¿Y si detuviéramos los relojes de la Torre de Kumashar? Les sería difícil coordinar el ataque.
Jorian abrió los ojos desmesuradamente.
- ¡Es cierto! ¡Tenéis razón! Y acabáis de darme una idea todavía mejor. ¡Por la verga de hierro de Heryx! Cada uno de esos grupos pretende atacar uno de los flancos de la muralla empleando uno de los cuatro relojes, ¿verdad?
- Sí, así supongo.
- ¡Maravilloso! Reanimad al pobre Nedef; tengo que irme ahora mismo.
Cuando Jorian hubo informado al rey, que tomaba una ligera colación antes de retirarse a dormir, Ishbahar le preguntó lo mismo que Karadur:
- Cuatrocientos guardias y unos millares de milicianos contra veinte o treinta mil soldados, ¿qué oportunidades tienen?

- No muchas, Su Majestad - dijo Jorian- . Y, sin embargo, tengo una idea que podría invertir la situación.
- ¿Cuál es?
- Antes de decírosla, Su Majestad, a vuestro servidor le gustaría que le concedierais un favor si su plan sale bien.
- ¡Lo que queráis, amigo mío, lo que queráis! De todos modos, si vuestro plan fracasa, los bienes materiales no nos servirán de mucho. Y, si salimos de ésta, tenemos grandes planes para vos.
- Todo lo que pido, Sire, es vuestra bañera de cobre.
- ¡Dioses todopoderosos! ¡Qué extraordinaria petición! ¿Por qué no pedís oro, una distinción honorífica, una hermosa damisela para vuestro harén?
- No, Sire, sólo la real bañera.
- Bien, victorioso o no, la tendréis. Pero, ¿cuál es vuestro plan?
Y Jorian se lo explicó.

VIII
EL SALVADOR BÁRBARO

El cielo cubierto se teñía de un color gris pálido. Jorian le dijo al coronel Chuivir:
- Los fedirunianos atacarán los primeros, por el este, dentro de una media hora.
- ¡Por Ughroluk! ¿Cómo lo sabéis?
- Sencillamente, porque en esos momentos el reloj del este marcará la tercera hora.
- Pero los otros relojes no marcarán la misma... ¡Oh! - El coronel miró a Jorian con aspecto absorto- . ¡Queréis decir que los habéis puesto con horas diferentes!
Jorian inclinó la cabeza y Chuivir dio una orden. Empezaron a transmitir mensajes. En poco tiempo, toda la guardia real se había reunido en la muralla este. Las armaduras brillaban débilmente bajo la luz grisácea. Varias compañías de milicianos se entremezclaban con los guardias. La mayor parte de los milicianos portaban puntales o lanzas a las que habían atado un garfio. Cuando todos estuvieron en su puesto, había un hombre cada seis pies. Algunos milicianos se encargaron de vigilar los otros muros.
Se oía el suave resonar de las trompas en el campamento nómada donde bullía una inmensa multitud entre las tiendas marrones. Una marea de siluetas vestidas del mismo color, de amarillo arena o blanco sucio, se derramó desde el campamento hacia el muro este. La tierra parecía cubierta de nubes de hormigas. Se distinguía, en medio de tal multitud, centenares de escalas; cada escala era llevada por dos hombres. Otros se empezaban a reunir para tensar los fuertes arcos fedirunianos.
- ¡Agachad la cabeza! - gritó Chuivir.
La orden se transmitió de hombre a hombre a lo largo del muro.
Los arcos fedirunianos se liberaron y las flechas echaron a volar, silbando. Algunas pasaron por encima de las murallas; otras golpearon en las piedras y rebotaron; algunas alcanzaron sus objetivos. Se oyeron gritos entre los defensores; y los médicos de Iraz, flotando al viento sus grandes capas, se lanzaron en busca de los heridos.
Una multitud de enemigos se reunía al pie de la muralla. Centenares de escalas fueron ancladas al suelo. Lentamente, el otro extremo se alzó como el brazo de una grúa. Los fedirunianos las levantaban empujando por los escalones y con la ayuda de pértigas.
- ¡Disparad! - gritó Chuivir.
A lo largo de todo el muro, los ballesteros de la guardia real salieron de detrás de los merlones, donde se camuflaban, y descargaron sus armas sobre la multitud que se apretujaba bajo ellos. Luego, volvieron a cubrirse para recargar. En otros lugares, los milicianos preparaban cajas llenas de piedras, calderos con aceite hirviendo, plomo fundido y arena ardiente que depositaban en las almenas para tirárselas a los feduriniano de más abajo, de los que se oían los gritos de dolor.
Las escalas no tardaron en estar totalmente erguidas, y su parte superior se apoyó en el muro,

a la altura de las troneras.
- Esperad a que los hombres estén en sus puestos, coronel Chuivir - aconsejó Jorian.
- ¡Oh, callad! ¿Cuándo dejaréis de decirme lo que tengo que hacer? - ladró Chuivir- . Mi intención era precisamente ésa.
Con voz tonante, bramó:
- ¡Que los hombres de los puntales esperen mi señal! ¡A qué altura están, capitán Jorian?
Jorian se inclinó por una de las almenas y echó un breve vistazo.
- A unos tres hombres de altura. Esperemos un poco... ¡adelante!
Cuando las cabezas de los trepadores más rápidos llegaron a la parte alta del muro, los arqueros fediruniano dejaron de disparar para no herir a sus propios hombres. Chuivir gritó:
- ¡Derribadles!
A todo lo largo de la muralla, los milicianos apoyaron los puntales en las escalas y empezaron a apretar. Aquí y allá, un hombre caía a causa de un flechazo fediruniano, pero no tardaba en ser reemplazado. Las escalas oscilaron un instante antes de derrumbarse sobre la multitud, arrastrando a su horrorizada carga. Los jefes fediruniano se precipitaron en todas las direcciones, aullando órdenes contradictorias. Las escalas volvieron a erguirse. Los nómadas se lanzaron al asalto nuevamente,
Jorian se encontraba cerca de un merlón en el que yacía un miliciano iraziano con la garganta atravesada por una flecha. La parte superior de una escala asomaba entre dos merlones. Antes de que Jorian pudiera recuperarse, un rostro moreno y barbudo, con un turbante blanco sujeto con una cinta de piel de camello, apareció por encima del muro. Pendientes de oro brillaban en las orejas.
Jorian tomó la pértiga que el miliciano había dejado caer. No consiguió, al primer intento, apoyarla en alguno de los barrotes de la escala y, llevado por el impulso, estuvo a punto de caer por encima del muro. Antes de que tuviera tiempo de recuperarse, el fediruniano saltó como un felino por encima del hueco y se lanzó hacia él con la cimitarra en la mano.
Jorian pasó al ataque con la pértiga, pero el golpe fue tan fuerte que la madera se resquebrajó y el mango casi quedó partido a la mitad. Golpeó al fediruniano con el puntal, que se rompió por la entalladura. El nómada atacó de nuevo; la hoja resonó al golpear en la coraza de Jorian, que dio un salto hacia atrás.
Cuando el hombre volvió a levantar el arma para golpear por tercera vez, Jorian desenvainó su propia espada y se la clavó al fediruniano en el pecho sin armadura. El nómada reunió todas sus fuerzas para rematar el golpe y su cimitarra alcanzó el casco de Jorian, tapándole lo ojos. A causa del impacto, millares de estrellas brillaron dentro de la cabeza de Jorian.
Volvió a colocarse el casco y vio que el fediruniano se apoyaba en el merlón. La presa de sus dedos en la cimitarra se aflojó y el hombre cayó a tierra lentamente.
Mientras tanto, otro fediruniano alcanzó la almena. Llevaba en la mano una cimitarra y un escudo de cuero protegiéndole el brazo. Una burda coraza de cuero endurecido, pintada de rojo y azul, le cubría la túnica gris y llevaba en la cabeza un ligero casco de acero rematado con una punta acerada. El combate no tardó en empezar y Jorian se dio cuenta en el acto de que su adversario era terrible.
Con el rabillo del ojo, Jorian vio a un tercer fediruniano que llegaba por la escala.
- Si alcanza el muro - pensó Jorian- , mi piel no vale nada.
Digan lo que digan los relatos de las hazañas de los héroes, es muy raro que un solo hombre sea de talla suficiente como para vencer solo a dos valerosos adversarios. Si Jorian apartaba - aunque fuera durante un segundo- su atención del hombre con el que estaba combatiendo, moriría en el acto.
Redobló los golpes para terminar con su adversario antes de la llegada del otro fediruniano. Pero el nómada paraba cada estocada con el escudo y devolvía golpe por golpe...
El tercer hombre ya había puesto el pie en el muro y se acercó lentamente a Jorian, que era consciente de lo que pasaría, aunque incapaz de evitarlo. En aquel momento, escuchó un grito y un cuerpo cayó detrás suyo. Los ojos del hombre con el que combatía se desviaron para mirar más allá de Jorian, que lo aprovechó para atravesarle la garganta con la espada.
- ¡Otro más! - Exclamó Chuivir, retirando la ensangrentada espada del cuerpo del nómada

caído a espaldas de Jorian- . ¡Ayudadme!
El coronel señalaba a un cuarto fediruniano que aparecía ya por lo alto de la escala, con la cimitarra entre los dientes. Jorian y Chuivir plantaron sus espadas en cada uno de los laterales de la escala.
- ¡Con fuerza! - exclamó Chuivir.
Empujaron. La escala se apartó del muro; pareció quedar en equilibrio durante un tiempo infinito, mientras el fediruniano encaramado a ella miraba hacia abajo con los ojos desorbitados de terror. La última imagen que conservó Jorian en el momento en que la escala se derrumbó fue la de un hombre que abría la boca para lanzar un alarido, dejando caer la cimitarra que sujetaba entre los dientes.
- ¡Tenemos mucho trabajo! - Dijo Chuivir- . Están ocupando posiciones en el muro sur. ¡Seguidme!
Se precipitaron hacia la parte de la muralla en la que varios fediruniano, con la espalda apoyada en un múrete, formaban un grupo compacto, mientras otros nómadas, llegando por la escala, intentaban poner pie en las murallas.
- ¡Atención! - gritó Jorian.
Subió a la cercana cañonera y se elevó a la parte alta del merlón. Un fediruniano bastante bajo apoyaba un pie en la cañonera, detrás del grupo combatiente. Se ayudaba con las manos y las rodillas para trepar el muro. Jorian alzó el brazo y lo dejó caer con todas sus fuerzas. Le alegró ver que su golpe había alcanzado su objetivo y que la cabeza del hombre saltaba para caer rodando a los pies de los combatientes. El cuerpo cayó en la cañonera en medio de una riada de sangre. Durante un instante, un pensamiento cruzó por la mente de Jorian: ¿cómo podía tener tanta sangre un hombre tan pequeño? Un río escarlata corría entre las piedras y los combatientes empezaron a resbalar en él. El cadáver molestó al siguiente nómada de la escala, que lo empujó violentamente para abrirse camino. Mientras intentaba hacer caer el cadáver, Jorian le asestó un golpe en el rostro.
Cayó a lo largo de la escala, sobre los que le seguían, que se pusieron a aullar a medida que eran arrastrados por la caída.
- ¡Pasadme un puntal! - pidió Jorian.
Le entregaron una lanza con la que apartó la escala, que se derribó sobre los asaltantes. Los fediruniano, sin apoyo alguno, resbalando y cayendo en el río de sangre, no tardaron en perecer.
Jadeando, con el casco abollado y el peto hecho jirones, Jorian miró a Chuivir, a quien estaban vendando el brazo izquierdo. A los pies de las murallas, la horda de fediruniano se retiraba. Lúgubres, regresaban a sus campamentos, llevándose a los heridos que podían transportar; pero había tanto que muchos se quedaron allí mismo, entre los cadáveres.
- ¿Es grave? - preguntó Jorian.
- Un arañazo. ¿Y vos?
- No tengo nada. Gracias por vuestra ayuda.
- Por nada. ¿Cuándo empezará el próximo ataque? - preguntó Chuivir.
- Muy pronto, por el norte. El reloj del norte está atrasado una hora con el reloj del este.
- Se trata de la compañía franca, ¿no?
- Sí. No son tan numerosos, pero son buenos soldados.
- Con la armadura que llevan, les costará trabajo trepar hasta arriba. ¡Asistente! Que todo el mundo se dirija al muro norte. Aquí, que se queden unos cuantos vigías.
Una hora más tarde, la compañía franca abandonaba el terreno, dejando una multitud de cadáveres cuyas armaduras recordaban un montón de escarabajos aplastados.
Jorian, sangrando por una herida de la mejilla, le dijo a Chuivir:
- Es la hora de los piratas.
Las casas construidas a los pies del muro este, a lo largo de los muelles, constituían un buen punto de partida para los piratas. Consiguieron poner pie en tierra en varios lugares del muro y mantenerse en ellos, pese a la encarnizada defensa de los asediados; Jorian recibió otra herida, superficial, en el brazo derecho. Pero las casas, construidas de madera, no tardaron en echar a arder bajo la avalancha de proyectiles incendiarios que lanzaron los mercenarios. Los

piratas que ocupaban las escalas apoyadas en el techo de las casas fueron rodeados por las llamas y perecieron lanzando atroces bramidos.
Cuando el reloj del sur de la Torre de Kumashar indicó la tercera hora, los campesinos de Mazsan ya habían oído hablar de la derrota de los otros tres ejércitos. Se decía que la coordinación de los ataques había sido misteriosamente alterada, que los defensores estaban demostrando poseer unas fuerzas sorprendentes. Los gritos de los oficiales de Mazsan no valieron de nada. Era corno machacar en hierro frío; todo fue en vano. Los campesinos se negaron a lanzarse contra el muro. Permanecieron inmóviles, murmurando vagas palabras de resentimiento. Algunos se alejaron discretamente del campo de batalla.
Las trompetas resonaron en lo alto de las colinas. Pequeñas manchas negras se destacaron en la lejanía: eran los escuadrones de caballería penembiana que llegaban por la ruta del este. Se desplegaron en orden de batalla.
- ¡Tereyai! - se oyó gritar sobre el muro cuando el ejército fronterizo apareció.
Al enterarse de la noticia, los campesinos de Mazsan huyeron apresuradamente. Los fedirunianos, temerosos de que les cogieran por la espalda, abandonaron el campamento, saltaron a sus caballos y camellos y se dispersaron. Los piratas algarthianos corrieron hacia sus barcos, soltaron amarras e izaron las velas.
La compañía franca dejó ordenadamente el campamento. Los mercenarios formaron tres cuadros llenos de picas por los cuatro costados, y los ballesteros se colocaron en el centro. Llegaron a la ruta del norte caminando al paso, como si desafiaran al que quisiera detenerles. Nadie lo hizo.
- ¡Muchacho! - exclamó el rey- . ¡Habéis salvado Iraz! ¡Nada será lo bastante bueno para vos, nada!
- ¡Oh, vamos Sire! - dijo Jorian, intentando sonreír a pesar del vendaje, fingiendo una modestia que no sentía. Todo lo que ha hecho vuestro servidor ha sido pasar una noche trabajando en el mecanismo de los relojes para que cada uno de los cuatro cuadrantes marcase una hora distinta.
- Eso confirma la profecía; o, más exactamente, las dos profecías. Sois el Salvador Bárbaro y la salvación de la ciudad descansaba en el buen funcionamiento de los relojes... aunque de un modo bastante poco habitual, ¡je, je! ¿Qué recompensa queréis?
- Sólo deseo una cosa, Su Majestad. La bañera de cobre.
- ¿En serio? ¡Qué petición más rara! Pero, si tal es vuestro deseo, eso tendréis. ¿Queréis que la llevemos a casa del doctor Karadur!
- No, Sire. De momento, dejadla aquí. La necesitaré un día de éstos. ¡Ah! ¡Otra cosa!
- ¿Sí, cuál?
- ¡Por favor, dejad de llamarme bárbaro!
- ¡Oh! - dijo el rey- . ¡Ya veo que no os gusta! Para vos, un bárbaro es un patán iletrado, salvaje y grosero, habitante de algún país en el que la civilización y la cultura son desconocidas. Pero, en la profecía, ese término tenía un sentido más antiguo, y se refería a cualquiera que fuese extranjero de Iraz. La evolución de la palabra se efectuó en el pasado siglo; Nosotros ya os dijimos que en su día efectuamos algunas investigaciones lingüísticas.
Ya veis que, en ese sentido, sea cual sea la extensión de vuestra cultura y la perfección de vuestros modales, sí sois un "bárbaro". Las profecías se han confirmado. A propósito, tan feliz es que la victoria haya sido tan rápida como que apenas hayáis recibido heridas. Dentro de tres noches será luna llena.
Jorian frunció el ceño.
- ¿Y entonces, Su Majestad?
- ¿Habéis olvidado que la Unión Divina de Nubalyaga tiene lugar todos los meses en tales fechas?
- Oh - dijo Jorian.
Tres noches más tarde, bajo la luna llena, Jorian llamó ritualmente a la pesada puerta del extremo norte del túnel de Hoshcha. La puerta se abrió y dos sacerdotisas con túnicas trasparentes se inclinaron ante él diciendo:
- ¡Salud a Su Majestad que pronto será Dios!

Jorian les devolvió la reverencia muy educadamente.
- ¿Dónde me conduciréis, jóvenes?
- Seguidnos.
Le precedieron por una interminable sucesión de corredores; subieron y bajaron escaleras, cruzaron cantidad de puertas; pasaron cerca de la gran sala del templo; por una puerta entreabierta, Jorian vio una forja en la que trabajaban algunos obreros. Oyó el chirrido de las sierras y los martillazos.
La compañía franca y los algarthianos habían despojado el templo de todo el oro y las piedras preciosas que pudieron arrancar de sus ornamentos. Habrían destruido todo el edificio si Mazsan no les hubiera contenido. Los artesanos trabajaban noche y día para restaurar la totalidad del templo.
- ¡Sacerdotisas! - Dijo Jorian- . ¿Dónde debo... esto... quiero decir... cuándo tendrá lugar la... bueno...?
- ¡Oh, Sire! - murmuró una de ellas- ! ¡Debéis vestiros adecuadamente para que el dios se encarne en vos!
Le llevaron hasta una salita en la que había algunas ropas sobre un diván.
- Ahora - le dijeron- , si Su Majestad quisiera sentarse...
Jorian se sentó a un extremo del diván y ellas le quitaron las calzas.
- Ahora, levantaos, Sire, y permaneced tranquilo mientras os preparamos.
Jorian se levantó y. empezaron a desvestirle. Le quitaron el sombrero iraziano, desabotonaron la chaqueta y la camisa, desataron el lazo de los pantalones. Jorian se quedó en calzón, que una de las muchachas empezó a bajar.
- Eh- exclamó Jorian- , ¡Señoritas, por favor!
- ¡También hay que quitar eso! - dijo una de las sacerdotisas cloqueando- . Con la edad y experiencia que debe tener Su Majestad...
- Bueno, vale - rezongó Jorian- . Soy un hombre maduro, estoy casado, y en mi país natal nos bañamos todos juntos; pero, con todo, me parece extraño.
Le quitaron el calzón. Las evaluadoras miradas de las sacerdotisas hicieron parpadear a Jorian. Una de ellas dijo:
- ¿Qué tal lo ves, Gezma?
La otra movió la cabeza dudosa.
- Discreto. Los dioses le han dado longitud, pero en cuanto a la fuerza... un buen artesano se identifica por sus trabajos, ¿no?
- ¡Hum! - Dijo Jorian- . Si tenéis que hablar de mí como si fuera un toro que se presenta a un concurso, preferiría que lo hicierais un poco más lejos. Además, hace algo de fresco para estar así mucho rato.
Sofocando la risa, las sacerdotisas vistieron a Jorian con túnicas de gasa de color fuego, las cuales ataron con un cinturón escarlata. Colocaron una corona de oro sobre su cabeza y le calzaron con unas sandalias con un bordado de perlas.
- ¡Cielos! ¿No parece así vestido el dios en persona?
- Es El - exclamó la otra sacerdotisa, cayendo de rodillas y golpeando el suelo con la frente- . ¡Gran Ughroluk! ¡Dígnate mirar a tus humildes servidoras!
- Líbranos del mal y del pecado - pidió la otra, postrándose también.
- Extiende tu divina mano sobre las sacerdotisas dedicadas a tu eterno placer.
Jorian se agitó nervioso mientras las dos mujeres le rezaban. No tenía la sensación de haberse convertido en un dios, ni la de poder hacer milagros capaces de salvar a nadie del mal o del pecado.
- Sí, haré todo lo que esté en mi divina mano - dijo para terminar- . Y, ahora, ¿dónde vamos?
Las sacerdotisas se levantaron.
- ¿Querría seguirnos Su Divina Majestad?
Le guiaron por otros pasillos y, finalmente, llegaron a una capilla. Una de las sacerdotisas murmuró:
- Por costumbre, la ceremonia se celebra en la sala principal del templo, pero los artesanos están trabajando allí ahora.

Jorian entró y oyó una pequeña orquesta de liras y flautas que interpretaba una delicada melodía. El centro de la sala estaba ocupado por una cama enorme. El olor a incienso y a otros perfumes llenaba la atmósfera.
La gran sacerdotisa Sahmet se encontraba ante el altar. Como Jorian, también ella iba vestida con gasa. Su noble cabeza se remataba por una tiara de plata en la que relucían unas gemas blanquecinas. En la débil luz que difundían unas lamparillas de aceite colgadas del techo, casi parecía bella. Cuando Jorian se acercó, la sacerdotisa se inclino profundamente y susurró:
- ¡Salud, Divino Esposo! ¡Salud, Rey de los Dioses!
- ¡Salud, Su Santidad! - dijo Jorian- . Aquí está vuestro anillo, señora.
A la mañana siguiente, Jorian se encontró con Karadur en el palacio del rey Ishbahar, donde el mago había acudido para presentar su habitual informe. Salieron juntos del palacio y se encaminaron hacia casa de Karadur dando un paseo. Cuando cruzaron la Puerta de la Felicidad, Jorian echó un vistazo a la cabeza de Mazsan, clavada en una de la picas de la verja.
- Algunas de sus ideas me parecían bastante viables - dijo Jorian- . ¡Qué lástima que no se haya intentado aplicarlas! Si alguien pudiera convencer al rey de hacerlo...
- Ya se ha intentado - replicó Karadur- . El propio Mazsan le insistió al rey para que distribuyera las tierras de los ricos magnates entre los campesinos. Pero los señores son poderosos; tienen su propia milicia y no quieren ver que su poder desaparece, lo mismo que sus bienes, sin reaccionar. Un rey, que al mismo tiempo fuera un héroe, podría emprender tal acción, pero el pobre Ishbahar...
El mulvaniano inclinó la cabeza.
- ¿Qué tal has pasado la noche?
Jorian se echó a reír.
- ¡Es una de las experiencias más sorprendentes de toda mi vida, y Dios sabe que las he tenido muy buenas!
Contó el modo en que le vistieron y le condujeron a la capilla nupcial. Luego, añadió:
- Me hicieron esperar durante horas, vestido con esos velos transparentes que llevan los prostitutos que pasan y vuelven a pasar una y mil veces contoneándose por la calle de Shashtai II, mientras terminaba una interminable ceremonia. Cantaron himnos, salmodiaron plegarias que no pude entender, pues las recitaban en penembiano antiguo. Me dieron un rayo de plata y uno de sol y me explicaron qué gestos rituales debía ejecutar.
Bueno, no soy lo que se dice habitualmente un decrépito, pero es difícil mantener el interés durante horas... si es que puede emplearse la palabra interés en este caso. Al fin, la ceremonia terminó; Sahmet y yo recibimos los nombres de ¡Dios y Diosa legalmente unidos por los lazos del matrimonio! Había que hacerse a la idea de que las divinidades se posesionaban de nuestros seres carnales.
- ¿Sentiste alguna posesión divina? - preguntó Karadur.
- En lo más mínimo. Sin duda, los verdaderos Nubalyaga y Ughroluk estarían ocupados en otras cosas, o quizá, cuando se sienten tiernos, pueden arreglárselas sin nuestra ayuda.
Al fin, Sahmet me condujo a la cama. Me dejaba frío la idea de tirarme a la dama ante tantos espectadores cuyos ojos me parecían muy ansiosos por contemplar lo que iba a pasar... Me pregunté si yo estaría... bueno, a la altura de las circunstancias. Pero las sacerdotisas sacaron unos biombos, los colocaron alrededor de la cama y apagaron todas las velas menos una. Las oí salir de puntillas de la habitación y no hubo otro ruido que el de la maldita orquesta que chirriaba por algún rincón.
Ni siquiera en la época en que tuve un harén, en Xylar, se me pasó la idea de invitar a una orquesta a mi alcoba mientras yo subía al séptimo cielo. Quizá esté pasado de moda, pero en algunas ocasiones prefiero la intimidad. En fin, la necesidad es una cruel amante y Sahmet una hermosa mujer. Así que me dediqué a lo que había ido, empezando por los besos y caricias habituales; luego, la desvestí, y no tardamos en ser una sola carne, como dicen los predicadores.
- ¿Qué tal te portaste?
- ¿Qué os puede interesar eso, viejo asceta? Los detalles podrían ofender la pureza de vuestra

alma.
- Perdona mi curiosidad, hijo mío. Todo lo que concierne al ser humano me interesa, aun en el caso de que mis ocupaciones espirituales limiten mi participación en las actividades del mundo. Naturalmente, tales cosas sólo tienen para mí realidad abstracta, pues debo preservar la castidad para alcanzar los grados más altos de la iniciación. Pero mi conocimiento de estos temas es de segunda mano, la consigo en los libros, y podrías ayudarme explicándome lo que los mismos omiten.
- Muy bien. El primer intento no fue muy convincente. Era el resultado de un año de conducta virtuosa. Sahmet se decepcionó, pero le dije que no se preocupara, que, en cuanto descansara un poco, sería capaz de volver a empezar.
Durante cosa de media hora, comimos, bebimos, y hablamos de unas cosas y otras. Le relaté algunas de las hazañas del rey Fusinian. Luego, volví al ataque, y gané la partida por cincuenta manos. Se me apretujaba como un pez en la red. Me dijo que era la primera vez en muchos años que disfrutaba tanto con un nombre, de hecho, desde que se enrolló con Chaluish.
¿Creéis que con eso estaba ya dispuesta para dormir? ¡Por el culo de bronce de Vaisus! ¡En lo más mínimo! ¡Quería todavía más! Después de otra media hora, estuve preparado para otra ración de éxtasis.
Pero ella quería todavía más. Como estaba fatigado, planteé la hipótesis de que nos durmiéramos, cosa que hicimos enseguida. Pero esta mañana, con las primeras luces del alba, mi santa compañera me despertó jugueteando con mi virilidad con la esperanza de animarla.
- ¿Lo consiguió?
- ¡Sí! ¡Y cómo! - Jorian bostezó- . Creo que podría dormir todo un reloj. Después, me aplastó contra su seno murmurando apasionadas palabras de amor. Me decía que no me fuera nunca de Iraz, que fuera a amarla cada noche.
- Podrías pasar por peores tragos - dijo Karadur.
- ¿Qué? ¿Y convertirme en su concubino? ¿Y abandonar a la pequeña Estrildis? ¿Creéis que no pienso en otra cosa que recorrer el mundo aprovechando todas las ocasiones de disfrutar?
- No, hijo mío. Después de todo, aquello de anoche no fue otra cosa que la consumación legal de una ceremonia divina y no se trata de... fornicación.
- No es tan legal como decís. En aquella función erótica, el papel masculino debe ser interpretado por el rey, y yo no lo soy. Si el gran sacerdote Chaluish descubre el apaño y decide crearme problemas... ¡No, gracias! Estas intrigas son demasiado arriesgadas para un simple mortal.
Además, ¿quién sabe lo que pasará cuando muera el rey Ishbahar? Con toda esa grasa, está a merced de cualquier ataque. Y, entonces, el nuevo rey y la sacerdotisa, podrían decidir asesinarme discretamente - en Iraz se usa el veneno muy eficaz y prolijamente- y así se librarían de mi molesta presencia.
De todos modos, aunque no soy de la madera de la que salen los héroes, no tengo ganas de ser un chulo. Hacer el amor es una actividad sana, pero prefiero ganarme el pan con el sudor de mi frente. Además, encuentro esa actividad más agradable cuando mi compañera es la pequeña Estrildis, con la que es un acto de amor, no de lujuria. Ahora que el rey me ha prometido su bañera de cobre, sólo me falta el encantamiento que la haga volar. ¡Y en marcha hacia Xylar!
- El encantamiento todavía no está listo - observó Karadur.
- Pues daos prisa. ¡Dedicad más hombres al trabajo!
- Lo haré en cuanto pueda. Pero, de momento, toda la Casa de la Sabiduría está ocupada con los preparativos de la gran fiesta que el rey ha decretado para festejar la liberación de Iraz y que se celebrará dentro de cuatro días. Si no estás muy ocupado con los relojes, podríamos emplear tus dotes de ingeniero en la Casa; elaborarías los planes de ciertos dispositivos escénicos.
- Me alegrará ayudar - aceptó Jorian.

IX
LA MUJER DE CERA

Al ser invitados del rey, Jonan y Karadur fueron autorizados a seguir a la litera de Ishbahar mientras subía la rampa que conducía al palco real. Llegados a lo alto, los porteadores depositaron la litera. Aquella vez, los porteadores eran esclavos - unos hombres-mono velludos de las junglas de Komilakh- y no aristócratas. El rey Ishbahar prefería, cuando la pendiente era empinada, no confiar aquel trabajo a los aficionados.
El rey salió de la litera ondulando como un cachalote. Hizo un gesto hacia la multitud y, resoplando, se dirigió hacia su palco, a cuya puerta había unos guardias de turno. Jorian y Karadur le siguieron.
- ¡Sentaos donde queráis, queridos amigos, donde queráis! En cuanto a nos, hemos de ocupar el maldito trono, que está muy lejos de resultar confortable. Veamos, ¿dónde está la comida? ¡Camarero! ¡Ah, aquí estás! Doctor Karadur, ¿querréis desplazar vuestra silla, por favor, para que puedan montar la mesa? Maese Jorian, ¡menudo regalo os tengo! Picadillo de mono rojo de Beraoti frito en grasa de tortuga gigante de Burang. Y vino de alcachofa de Salimor. ¡Saboreadlo!
Jorian pensó que el nombre de vino de alcachofa le iba muy bien a aquel brebaje, pero prefirió dejar la copa tras mojarse los labios. El rey se inclinó hacia él y le preguntó confidencialmente:
- ¿Estáis hoy en buena forma, muchacho?
- Por lo que sé, sí, Sire; pero, ¿por qué lo preguntáis?
- Tenemos una sorpresa para vos... pero ya os la diremos más tarde. Estamos seguros de que un hombre tan vigoroso como vos no se desvanecerá, pero creemos que es mejor advertiros.
- ¿Podría preguntar qué tipo de sorpresa...?
- ¡No, no podéis! - El rey le guiñó un ojo- . Si os lo dijera ahora, chafaría todo el placer, ¡je, je! Lo sabréis en el momento oportuno. ¿Sabéis bailar?
- Conozco algunas danzas novarianas, como la volka y el torbellino; pero, ¿por qué me lo preguntáis, Sire?
- Queremos dar un gran baile. Podríais aprender fácilmente los pasos penembianos. Hace años que no damos una fiesta; como podréis ver, la danza nos plantea algunos problemas.
Mientras el rey se atiborraba, y Jorian y Karadur comían, las gradas empezaron a llenarse. Como la ocasión precedente, los Pants, de azul y oro, se sentaban a la izquierda, y los Kilts, de rojo y blanco, se instalaban a la derecha. Los nobles y los funcionarios se pusieron en medio.
- Esperemos que las facciones no creen problemas - dijo Karadur.
El rey se tragó un enorme bocado.
- Hemos convocado a los estasiarcas esta misma mañana, doctor. Les hemos contado nuestra manera de pensar. Nos han prometido amarse los unos a los otros como hermanos. Como hermanos son sus propias palabras.
- No creo que haya que confiar siempre en el amor fraternal - dijo Jorian- , y para ello no hay mejor ejemplo que el de los hermanos Forimar y Fusonio de Kortoli.
- Contadnos esa historia, maese Jorian - pidió el rey.
- Es el cuento de La, mujer de cera. El rey Forimar era un ancestro colateral del célebre rey Filoman el Bienintencionado, padre del rey Fusinian el Zorro. Aquel rey tenía por sobrenombre Forimar el Esteta. Conocido por su indiferencia hacia los asuntos públicos y por su amor a las artes, en la que destacaba como arquitecto dotado, notable músico, compositor de talento, agradable tenor y pintor de valía. Algunos de sus poemas todavía honran la literatura contemporánea. Pero, no podía remar y consagrarse a la artes al mismo tiempo.
A causa de la negligencia del rey, el país iba a la deriva. El ejército era un cúmulo de vagos; el crimen y la corrupción imperaban en la ciudad y el pueblo estaba al borde de la rebelión. En aquel momento, el rey vecino, Aussar, lanzó su ejército contra el reino de Kortoli. El país se salvó gracias a una astucia urdida por el hermano de Forimar, Fu-sonio, que regresó en el momento adecuado de una misión en el extranjero.

Tras salvar el reino, Fusonio exigió la abdicación de su hermano en su favor, lo que Forimar hizo de mala gana. Pero esta es otra historia que ya le contaré algún día a Su Majestad.
Fusonio, el nuevo rey, era un individuo totalmente diferente; no tenía ninguna de las cualidades estéticas de su hermano: sensual, sincero, cordial, nada amanerado. Sus mejores veladas las pasaba de incógnito en una tenebrosa taberna frecuentada por dudosos individuos, bebiendo cerveza y cantando canciones obscenas en compañía de campesinos palurdos y rufianes.
Forimar era soltero, pero Fusonio estaba casado con una mujer rolliza, de aspecto campesino, y que no tenía nada de belleza. Se llamaba Ivrea y había dado a luz cinco hijos. La pareja discutía frecuentemente sus problemas domésticos con tal violencia que hacía vibrar las ventanas; pero pobre de aquel que hubiera pensado que se querellaban por nada y hubiera intentado aprovechar la ocasión. Los dos se habrían lanzado sobre él como leones, y sus hijos como leoncillos.
Tras su abdicación, Forimar se sintió muy aliviado, al menos al principio, de no verse molestado por ministros que le apremiaban a tomar decisiones sobre los asuntos públicos, como las obras públicas, política exterior, la ley, el orden público, y todas las futilidades tan fastidiosas de las que debe ocuparse un jefe de Estado.
- Ya sabemos a lo que os referís - dijo Ishbahar.
- Pasó algún tiempo, y el rey Forimar empezó a añorar su antiguo puesto. Su hermano le asignó una cómoda pensión, insuficiente, no obstante, para todos sus caprichos. Por ejemplo, tuvo la idea de organizar un gran concurso poético reservado a los habitantes de expresión novariana, que se celebraría cada año y que haría de la ciudad de Kortoli un centro cultura de primera clase. Como de costumbre, soñaba con otorgar unos premios grandiosos. Pero se gastó la pensión comprando cuadros, esculturas y otros objetos artísticos, y estaba tan entrampado que nadie quería dejarle ya dinero. Cuando pidió diez mil marcos de oro a su hermano para los premios del concurso, Fusonio le contestó que estaba loco.
- Ya tengo bastantes problemas para subir los impuestos y reparar los errores que cometiste durante tu reinado, mi querido hermano. Vete a contemplar las margaritas, o cualquier otro espectáculo igual de hermoso y lo mismo de barato. No tendrás más dinero hasta que te pague la pensión.
En aquella época, un hombre llamado Zevager presentaba una exposición de estatuas de cera que representaban momentos históricos, como, por ejemplo, el rey Finjanius oponiéndose a los sacerdotes, Ardyman el Terrible al ser coronado emperador de Novaría, la ejecución del rebelde Roskianus. Zevager, muy orgulloso del realismo meticuloso de sus obras, le pidió al ex rey permiso para hacer una imagen suya, para presentársela al público. Forimar, que nunca se había preocupado por el dinero, y que en aquel momento estaba sin blanca, le pidió una remuneración, que Zevager pagó.
Forimar se sintió muy interesado por el trabajo del artista, pues amaba todas las artes. Descubrió que Zevager, además de las técnicas habitualmente empleadas para la fabricación de muñecos de cera, tenía algunas ideas de magia: lanzaba un encantamiento sobre sus obras para que así adoptasen una sorprendente semejanza con los modelos. Forimar fue al despacho de Comercio y Licencias, y descubrió que Zevager no tenía autorización oficial alguna para practicar la magia en Kortoli. Había encontrado el medio de manipular a aquel hombre.
La presentación de la estatua de Forimar tuvo mucho éxito y el ex rey se dedicó a inculcar en la mente de Zevager la idea de que las representaciones del rey Fusonia y la reina Ivrea tendrían todavía más éxito. Pidió una comisión más elevada para obtener la autorización de la real pareja para tal fin. Pretendía que tenía que dar grandes sumas a las obras de que se ocupaba su hermana para conseguir su conformidad. De hecho, no tenía que desembolsar nada. Se limitó a preguntarles a su hermano y a su cuñada si tenían algún inconveniente en que su viejo amigo Zevager les plasmase en cera.
- Ninguna - dijo Fusonio- , siempre que no parezcamos monstruos. El pueblo podrá admirarnos hasta hartarse.
Forimar se quedó todo el dinero que le entregó Zevager, pero todavía estaba lejos de conseguir los diez mil marcos que necesitaba para los concursos de poesía. Cada vez fue

intimando más con Zevager. Al fin, consiguió mezclarle en una conspiración contra la corona. Obtuvo tales resultados haciendo brillar ante los ojos del artista el puesto de Ministro de las Artes y amenazándole, si se negaba, con denunciarle por el ejercicio ilegal de la magia.
Mediante el ejercicio de sus prácticas mágicas, Zevager conocía un hechizo de inmovilidad. Pero necesitaba, para hacerlo funcionar, algunos cabellos y trozos de uñas de Fusonio. Forimar se encargó de procurarle lo necesario.
Una noche, mientras Fusonio se dirigía a uno de los dudosos bares que frecuentaba, al pasar cerca del museo de cera, Zevager le lanzó el hechizo. El mago, ayudado por Forimar, transportó al rey petrificado al museo, cambió sus vestiduras por las de la estatua que le representaba y le puso en lugar de ésta. Ocultaron la efigie de cera en un armario.
Forimar se precipitó acto seguido al palacio, despertó a su cuñada y le dio una carta escrita por la mano de su hermano. El documentado estaba redactado en los siguientes términos:

Mi querida Ivrea:
He dejado el reino para dirigirme a. una cita secreta con todos los gobernantes de las Ciudades-estado de No-varia que debe celebrarse en Xylar. Debemos tomar una decisión unitaria sobre los riesgos de invasión a que someten los nómadas de Shven. Mi ausencia debe mantenerse en secreto tanto tiempo como sea posible. Mientras tanto, mi hermano Forimar queda nombrado regente. Besa a los niños de mi parte y di-les que estaré de 'vuelta, dentro de quince días o un mes.
Rey Fusonio.

El documento estaba muy bien falsificado. Forimar, gracias a sus dotes artísticas, podía imitar la letra de cualquiera. Ivrea se sorprendió, pero la historia resultaba verosímil, pues habían corrido bastantes rumores acerca de una invasión de los nómadas de Shven.
Forimar, como regente, se hizo con el poder. La primera decisión que tomó fue anunciar el concurso y formar un jurado. Decidió no presentar ninguno de sus poemas, sabiendo que no sería muy leal ante los otros concursantes, y que aquello podría dañar el espíritu del concurso. Deseaba sinceramente el progreso de las artes, especialmente de la poesía, llevando a Kortoli al rango de metrópolis cultural.
A continuación, Forimar decidió librarse de los partidarios de su hermano. A algunos los cesó, envió a otros a las más lejanas ciudades, degrado a algunos. Dio los puestos vacantes a sus propios seguidores. Actuó con suma prudencia, pues no quería despertar sospechas. Calculó que en cosa de un mes - fecha en la que Fusonio debería volver- controlaría todos los engranajes del Estado y podría proclamarse rey.
En cuanto a Fusonio, que de momento seguía en el museo de Zevager, ya decidiría más tarde lo que quería hacer. Dudaba entre asesinarlo, pues era tradición familiar presentar un frente unido fuesen cuales fuesen las rencillas internas. Por otra parte, sabía que su hermano era mucho más capaz que él, y que, si le dejaba con vida, encontraría algún modo de usurpar la corona del usurpador.
Pero no contaba con la reina Ivrea. Pasados quince días sin recibir noticias de su esposo, empezó a alimentar sospechas. Alquiló los servicios de un vidente, que proyectó su visión mágica sobre Xylar y descubrió que no había ni rastro de conferencia internacional en aquella ciudad.
Ivrea se sintió desolada, segura que se le habían jugado una mala pasada a su marido, sintiéndose impotente para ayudarle.
Un día en que languidecía más que de costumbre, fue a ver su efigie al museo de cera de Zevager. Después de todo, pensó la mujer, al menos veré su estatua. Zevager se sintió encantado al saber que la reina y algunas damas de compañía se habían dignado en honrar el museo con su presencia. Las acompañó en su visita sin dejar de hacer reverencias.
Cuando Ivrea vio la imagen de su esposo, se quedó sorprendida por la semejanza. De hecho, dijo, era difícil de creer que no se encontraba en presencia de su propio marido. Ivrea esperó el momento oportuno y, mientras Zevager hablaba con las damas de compañía al otro extremo del salón, tocó la mano de la estatua y se dio cuenta de que no era cera.

Concibió entonces un audaz plan. Anotó cuidadosamente los detalles del traje de su propia efigie. Cuando volvió al palacio, invitó a su cuñado a cenar con ella aquella misma noche.
- Hoy he visto a vuestro amigo Zevager - le dijo, contándole lo de la visita- . Me ha dicho que os esperaba mañana.
- ¿Oh? - Dijo Forimar- . Creí que era pasado mañana; nunca consigo recordar las fechas de mis citas.
Aquella noche, Ivrea salió, acompañada de un único guardia en quien tenía total confianza y un ladrón que acababa de salir de la cárcel. A cambio de una espléndida recompensa, el ladrón forzó la cerradura del museo, dejó entrar a la reina y cerró cuidadosamente cuando estuvo dentro. Ivrea se dirigió a la hilera de estatuas. Vestida casi exactamente igual que su efigie, se colocó en su lugar después de ocultar ésta tras unas cortinas.
Por la mañana, unos pasos la advirtieron de la llegada de Zevager y sus primeros clientes, y ella forzó aún más la posición. Uno de los visitantes dijo que la imagen de la reina era tan perfecta que creía haberla visto moverse. Afortunadamente, Zevager pensó que era un cumplido.
Más tarde, cuando el museo quedó cerrado al público, anunciaron al regente Forimar. Al llegar ante las tres estatuas de la familia real, le preguntó nervioso a Zevager lo que pasaba.
- ¿Se han desbaratado nuestros planes? - susurró.
- No que yo sepa, señor - respondió el mago- . Hay rumores que dicen que el rey se ha marchado por una razón misteriosa y que no ha llegado a su destino. Dicen que ha desaparecido.
Zevager echó un vistazo a la efigie del rey y se rió entre dientes:
- Su señoría y yo sabemos que sigue a la vista... basta con saber dónde poner los ojos.
- ¡Cierra la boca, imbécil! - exclamó Forimar- . Las paredes oyen. Puede que tenga que golpear antes de lo previsto. Y creo que tendré que dañar una de tus estatuas. - Se volvió hacia Fusonio- . Es una lástima, pero no puedo correr riesgos devolviéndole la vida.
Se alejaron conversando en voz baja, y la reina no pudo oír lo que decían; pero, de todos modos, ya sabía bastante. Zevager despidió a su real invitado y volvió.
Al mismo tiempo que llegaba junto a las estatuas, un ruido le hizo volverse. Tuvo el tiempo justo de entrever la estatua de la reina blandiendo el hacha de la representación de Roskianus el Rebelde. El escultor lanzó un grito atroz y el hacha le partió el cráneo en dos. Felizmente para Ivrea, nuestra firme heroína, el hacha del cuadro no era una imitación en madera, sino una de verdad. Zevager siempre ponía elementos accesorios de lo más real.
El guardián del museo se encontraba en la puerta, cobrando los billetes. Cuando escuchó el ruido, se lanzó escaleras arriba. Cuando llegó a lo alto, vio a Ivrea, con el hacha chorreando sangre en las manos, y a Zevager muerto a sus pies. Lanzó un aullido aún más penetrante que el de Zevager y echó a correr.
Como Zevager estaba muerto, el hechizo perdió su fuerza y el rey no tardó en despertar. Fusonio parpadeó, se frotó los ojos y empezó a respirar normalmente.
- ¿Dónde estoy? - preguntó- . Por los cuarenta y nueve infiernos mulvanianos, ¿qué ha pasado?
Cuando la reina se lo hubo explicado todo, él dijo:
- Dame el hacha, querida. Mi brazo será más eficaz que el tuyo.
Ambos se dirigieron apresuradamente hacia palacio. A los guardias casi se les desorbitaron los ojos cuando vieron llegar a la real pareja sin escolta y a su rey llevando al hombro un hacha manchada de sangre. Nadie le cerró el paso. Poco después, Fusonio se encontraba en casa de su hermano, a quien halló tocando la flauta en el salón. Al verle llegar, Forimar cayó de rodillas, implorando por su vida.
- Mereces - le dijo Fusonio- la suerte que le fue reservada a nuestro ancestro Roskianus. Los muertos no crean problemas. Afortunadamente para ti, nuestra familia debe presentar un frente unido y ésa es una tradición que no quiero romper. Partirás ahora mismo hacia Extremo Oriente como embajador de Salimor. Enviaré un mensajero a mi viejo amigo el Sophi de Salimor diciéndole que, si quiere seguir beneficiándose de nuestras relaciones comerciales, debe mantenerte allí hasta el fin de tus días.

Así se hizo. Enviando a Forimar de embajador fue como si nada pasase y sólo algunos familiares supieron que partía hacia el exilio. Se dice que desarrolló de un modo espectacular algunas artes indígenas de Salimor, aunque no puedo garantizar tal hecho.
- ¿Qué fue del concurso de poesía de Forimar? - preguntó el rey.
- Puesto que ya había sido convocado, elegidos los jueces y los concursantes enviado sus obras, Fusonio dudó en anular aquella manifestación cultura, por miedo a deshonrar al gobierno de Kortoli y por temor a que se descubriera el desacuerdo habido entre su hermano y él. Algunas semanas más tarde, tras la partida de Forimar, los jueces concedieron sus recompensas. El primer premio, decidieron, sería para Vatreno de Govanman, por su poema La. caída, demoníaca. Empezaba así:

Modera la centelleante defensa, Monoteica, clara, caligrafiada, Cambia un allí extranjero. Prevaricamos, grandilocuencia, regalo, Y cruzamos salones emplumados. La intercomunicación es mágica. Explicación: liquidez incorregible...

Los jueces le llevaron al rey Fusonio los manuscritos de todos los poemas que habían conseguido algún premio, para someterlos a su aprobación. Debía entregar los premios el día siguiente. Leyó el poema de Vatreno y preguntó:
- ¿Qué es esto? ¿Una broma?
- ¡Oh, no, Su Majestad! - Dijo el presidente del jurado- . Es un poema serio, lleno de todas las grandezas del alma.
- Pero - replicó Fusonio- no tiene ritmo, ni rima. Además, carece de sentido. Yo no diría que es un poema.
- ¡Oh! - exclamó el juez- . Con todo mi respeto, Su Majestad no parece muy al tanto de las últimas tendencias del arte poético. La rima y el ritmo se han abandonado. Son cuadros arcaicos y artificiales de la creación artística.
- ¡Pero, bueno, un poema siempre tendrá que significar algo!
- Ya no, Sire; no es necesario. Vivimos en una época atormentada, y la poesía debe reflejar el caos del mundo. Si éste no tiene sentido, ¿por qué habría de tenerlo un poema?
- Vosotros os sentís atormentados, mis queridos señores - contestó el rey- , pero no yo. De hecho, yo diría que el mundo me parece muy lleno de sentido.
- ¡A vuestros humildes servidores les gustaría tener la omnisciencia de Su Majestad! - dijo el presidente del jurado con tono sarcástico.
- No pretendo ser omnisciente - opinó Fusonio con una voz tan tranquila que no anunciaba nada bueno- . El mundo es demasiado complicado para que un simple mortal pueda comprender todos sus aspectos. Las pocas cosas que pretendo entender siguen las leyes naturales... ¡y las imbecilidades de algunos también las entiendo! - Le dio una patada al poema- . Si queréis mi opinión, maese Vatreno ha compuesto su obra abriendo un diccionario al azar y eligiendo las palabras con los ojos cerrados.
- Pues, sí - dijo el juez- , así es exactamente como lo ha hecho. Añadió luego algunas palabras accesorias, como "el" para darle forma gramatical. Pensamos que tal innovación abre un nuevo campo de la poesía.
Fusonio echó un vistazo a los otros poemas premiados, pero le disgustaron todos tanto como La. caída demoníaca. Al fin dijo:
- ¿Y tengo que pagar diez mil marcos por estas basuras cuando las arcas del Estado están casi vacías? ¡Cuando pido cerveza en una taberna, recibo cerveza a cambio de mi dinero, no orines de asno!
Rompió los manuscritos rugiendo:
- ¡Largaos, imbéciles! ¡Malditos cretinos! ¡Viejas momias!
Los jueces huyeron a la carrera, seguidos por el rey Fusonio que les golpeaba el trasero con el cetro. El concurso de poesía fue anulado; se dio como explicación que ninguna de las obras presentadas resultaba válida. Los artistas e intelectuales protestaron, y calificaron a Fusonio de tirano e inculto bárbaro. Pero Fusonio no hizo caso y reinó larga y felizmente.

El rey Ishbahar se rió de buena gana.
- Por suerte para nos, no tenemos hermano; y la poesía penembiana no ha alcanzado un refinamiento tal que sólo el poeta sea capaz de comprender su obra. Pero ya va a empezar el espectáculo.
Se volvió hacia su secretario y le dijo:
- Herekit, dadnos los anteojos y el discurso.
Ishbahar se levantó y empezó a leer, interrumpiéndose para que el heraldo, por medio de un altavoz, pudiera repetir sus palabras. Como de costumbre, el discurso era un conjunto de tópicos. Al terminar, empezó el desfile de los sacerdotes, al que siguieron los espectáculos burlescos y las carreras.

X
LA CORONA DE PENEMBEI

La parte oeste del hipódromo estaba en sombras cuando terminó la última carrera. El rey Ishbahar se levantó para la proclamación de vencedores. Como siempre, el heraldo repetía cuanto decía.
- No os marchéis todavía, valientes subditos - dijo el rey- . Cuando hayan terminado estas formalidades, tenemos que decir algo que os interesará.
El rey leyó la lista de vencedores. Al oír su nombre, el concursante subía las escaleras que conducían al palco real, ponía una rodilla en tierra y, bajo los aplausos de la multitud, recibía el premio de manos del rey. Por una vez, la rivalidad entre los Pants y los Kilts parecía olvidada.
Al terminar, el rey Ishbahar se aclaró la garganta.
- ¡Leales subditos de la corona penembiana! - empezó- . Los acontecimientos que se han producido durante el pasado mes nos han impedido hablaros de un importante problema: nos referimos a la sucesión al trono.
Todos sabéis que no tenemos heredero directo, legítimo o no. Consecuentemente, viendo que nuestro reinado llega a su fin, hemos pensado que era nuestro deber procurar que la sucesión se produjese en calma, encontrando un heredero, bien en el seno de nuestra familia lejana, bien empleando el método extremo de la adopción.
No os sorprendáis si hablamos de adopción, fieles amigos. Es cierto que la corona no se transmite por adopción desde hace más de un siglo; pero no olvidéis que el noble Hoshcha era hijo adoptivo de su predecesor, Shashtai III. Hoshcha no tenía en sus venas ni una gota de sangre de Juktar el Grande. Para que la corona quedase en manos de nuestra divina familia, se casó con dos hijas de su predecesor, y el primero de sus hijos en alcanzar la edad adulta fue elegido como su sucesor.
Los dioses, sin embargo, nos han enviado a un hombre que es de la misma raza que los héroes... lo bastante joven como para ocupar el trono durante muchos años, y lo bastante maduro como para no caer en los errores de la juventud. Es vigoroso, inteligente y hábil, y sabe mantener la cabeza en su sitio. Ha salvado a Iraz la Magnífica de la horda de bárbaros que querían destruirla. Además, la astrología y la magia se aúnan para reconocer que nació en un día propicio.
En consecuencia, hoy mismo hemos firmado y marcado con nuestro sello los documentos relativos a la adopción de este héroe, que desde hoy es nuestro hijo y sucesor. Concertaremos aquí mismo su matrimonio con una o algunas parientes nuestras, entre las más jóvenes, en edad fecunda y que no carecen de atractivos.
Acto seguido, abdicaremos en favor de nuestro hijo antes de que el venerado Chaluish considere necesario ofrecernos la cuerda sagrada.
La multitud empezó a agitarse.
- No, no, bravos subditos. ¡No os sorprendáis si hablo de abdicación! La historia nos dice que Juktar II recurrió a ella. ¡Silencio, os lo suplico! ¡Silencio! ¡Todavía no hemos dicho el nombre del que hemos elegido como nuestro sucesor!

Jorian, comprendiendo lo que iba a pasar, miró desesperadamente a Karadur. El viejo mulvaniano hizo un gesto de impaciencia.
- ¡El héroe en cuestión - siguió Ishbahar- , mi hijo adoptivo, vuestro próximo rey, es Jorian, hijo de Evor!
Inclinándose hacia Karadur, Jorian gritó:
- ¡Oh, dioses! ¡Sacadme de aquí! ¡Buscad un encantamiento!
- No puedo - replicó Karadur murmurando- . Me han pillado por sorpresa. ¡Levántate, que el rey te lo ordena!
- Pero no quiero ser rey...
- ¡Ya lo veremos, de momento, levántate!
Jorian lo hizo. Algunos aplausos dispersos no tardaron en ser cubiertos por una tormenta de pitos y abucheos. De los bancos de los Pants no tardó en alzarse una consigna que sonaba cada vez más fuerte:
- ¡Sucio extranjero! ¡Sucio extranjero! ¡Sucio extranjero! ¡SUCIO EXTRANJERO!
Al otro lado, los Kilts repitieron el grito, que no tardó en resonar por todo el hipódromo. Podían verse a los estasiarcas, Vegh y Amazluek, de pie entre los suyos, dirigiendo el bramido como directores de orquesta. La consigna fue repetida por el resto del público. El ruido era ensordecedor.
El rey Ishbahar estaba de pie, detrás de Jorian, y gruesas lágrimas le corrían sobre las carnosas mejillas.
- Por... por favor, bravos subditos... - balbuceaba. El heraldo repetía sus palabras a alaridos, pero, en medio del estrépito, no se le oía.
Los proyectiles empezaron a surcar el aire. Los guardias se precipitaron hacia el palco real para proteger al rey. El coronel Chuivir apareció en la parte trasera de la tribuna.
- ¡Su Majestad! - gritó- . ¡Venid, deprisa, todo está perdido! Las facciones se han unido contra el trono. ¡Debéis volver a palacio!
- Venid queridos amigos - les dijo el rey a Jorian y Karadur.
El rey se tambaleó para salir del palco y llegar al extremo de la rampa. La litera dorada estaba destrozada.
- ¿Cómo vamos a volver al palacio sin vehículo?
- ¡Andando! - aconsejó Chuivir.
Un guardia se adelantó para decirle al coronel algo al oído. Más allá de las filas de brillantes guardias, Jorian vio a la multitud que corría, tirando cosas y esgrimiendo armas. Chuivir anunció:
- Los insurgentes se han apoderado de los muelles de Zaktan. Su Majestad deberá tomar el túnel de Hoshcha.
- ¿Debemos subir a pie por esa terrible colina?
- No queda otro remedio - dijo Chuivir, impaciente.
- ¡Ay, pobre de nosotros! ¡Bien, démonos prisa!
Seguido por Jorian y Karadur, rodeado por un retén de guardias, el rey descendió la rampa jadeando. Mientras tanto, gritos de rabia y cólera, ladrillos, baldosines, tejas y otros proyectiles eran lanzados sin cesar contra los soldados. Algunos hombres armados con cuchillos y palos se lanzaron contra los guardias, que rechazaron el ataque con facilidad, dejando a su espalda algunos cadáveres. Los que llevaban la ballesta empezaron a disparar metódicamente contra la aullante turba.
- Por aquí - gritó Chuivir.
Tropezando en los cadáveres, se abrieron paso por la calle que rodeaba el hipódromo y alcanzaron los pies de la colina en cuya cima había sido construido el templo de Nubalyaga. Tras dar algunos pasos, el rey se detuvo, sin aliento:
- No podemos más - suspiró.
- Ayudadme, maese Jorian - dijo el coronel.
Jorian y Chuivir tomaron cada uno un brazo del rey y se lo pasaron por el cuello. Ayudado por ambos costados, el rey pudo izar su monstruosa corpulencia hasta la cima de la colina.
Los eunucos estaban en su puesto detrás de la verja de la entrada, con las ballestas cargadas.

Abrieron la puerta para que pasase el rey y su escolta.
En el interior del templo, la gran sacerdotisa Sahmet se precipitó a su encuentro. Le explicaron rápidamente lo que pasaba.
- Seguidme, Majestad - dijo, conduciéndoles hasta la entrada del túnel de Hoshcha.
- ¡Esperad! - gritó el coronel Chuivir- . Debo designar un comandante para el destacamento local antes de partir.
- ¿Por qué? - preguntó el rey.
- Cuando lleguemos a palacio, si la guardia sigue fiel a Su Majestad, quizá podamos impedir que la revuelta se extienda al otro lado del río. ¡Capitán Saloi!
- ¡A sus órdenes, mi coronel!
- Tomad el mando de la guarnición de Zaktan. Intentad conservar los lugares estratégicos, como este templo. Si tenéis bastantes hombres, enviad patrullas a vigilar los alrededor y a dispersar los grupos rebeldes.
Se volvió hacia el rey:
- Si a Su Majestad le complace, podemos irnos.
Sahmet cogió a Jorian del brazo y le susurró:
- ¡Volvemos a vernos en la próxima luna llena!
Los cuatro hombres penetraron en el túnel de Hoshcha. Jorian, con una linterna, iba en cabeza, seguido por el rey Ishbahar, jadeante y sudoroso, el doctor Karadur y, por último, el coronel Chuivir, que llevaba otra linterna. El rey avanzaba lentamente, a paso de caracol. A Jorian le parecía que habían entrado en el túnel hacía una eternidad. Cuando llevaban recorrido más de la mitad y debían encontrarse bajo la parte más profunda del Lyap, Jorian detectó algo que le puso los pelos de punta: un delgado hilo de agua que chorreaba por el muro, a la altura del pecho.
- ¡Por los dioses y las diosas! - exclamó- . ¡Mirad, Karadur!
- Y aquí hay otro - dijo el mago, señalando el techo, por el que goteaba otro hilillo de agua.
Adonde quiera que mirasen, delante, detrás, el agua chorreaba, se filtraba y caía a lo largo de las paredes. El suelo era cada vez más húmedo y resbaladizo.
- ¿Qué pasa, doctor Karadur? - Resopló el rey- . ¿Han perdido su poder los encantamiento hidrófobos? ¡Habría sido mejor que instalásemos bombas!
- Puede que los rebeldes hayan invadido la Casa de la Sabiduría - dijo el doctor Karadur- y que mis magos Goelnush, Luekuz y Firaven estén incapacitados para ejercer sus artes. Espero que no les hayan matado.
- Bueno, bueno - dijo Jorian- . Lo mejor será darse prisa antes de que todo se inunde.
- Sí, es cierto, hijo mío, démonos prisa. - Karadur se volvió- . Su Majestad...
- Vamos... tan... deprisa... como... podemos... - dijo el rey casi sin aliento- . Si... teméis... ahogaros... adelantaos...
- ¡Vamos, vamos, Su Majestad! - Le animó Chuivir- . ¡Moved las reales piernas!
A cada paso que daban, subía el nivel del agua. Los cuatro hombres no tardaron en estar chapoteando con el agua hasta las rodillas. Jadeando y gimiendo, el rey hizo un último esfuerzo para acelerar el paso; resbaló y cayó salpicando a sus compañeros.
- ¡Su Majestad! - gritaron éstos al unísono.
Jorian y Chuivir le pasaron las linternas a Karadur y consiguieron, no sin esfuerzo, sentar a Ishbahar. Los ojos del rey estaban medio cerrados, y su respiración resultaba inquietante. Se quedó sin decir palabra durante un rato. Le acercaron a la pared, para que se apoyara. El agua seguía subiendo.
Al fin, el rey abrió los ojos.
- Maese Jorian... - murmuró.
- ¿Sí, Sire?
- Agachaos. Un poco más.
Jorian lo hizo. Con un último esfuerzo, el rey levantó la pesada mano, cogió la corona que descansaba sobre su peluca y la puso sobre la cabeza de Jorian.
- Ahora... muchacho... eres rey. Estos testigos...
La voz de Ishbahar se convirtió en un susurro y se extinguió. Karadur intentó encontrarle el

pulso.
- No logro dar con la arteria entre tanta grasa - protestó- . Apartó con la mano la ropa del rey y apoyó la cabeza en el pecho de Ishbahar.
- Está muerto - dijo Karadur- . Creo que su corazón ha fallado.
- No es sorprendente, con tanta grasa... - dijo Jorian.
- Vamonos, capitán... bueno, Sire - dijo Chuivir- , si no, moriremos como ratas.
- ¿Qué hacemos con el rey? - preguntó Jorian- . Resultará raro que entrásemos con él en el túnel y salgamos solos. Y, si no mostramos el cuerpo intacto, alguien podría pretender que le hemos asesinado.
- Tienes razón, hijo mío - opinó Karadur- . Ayudad a Jorian a transportar el cadáver, coronel.
Chuivir tomó un brazo.
- Tomad el otro, maese... rey Jorian. - Los dos hombres tensaron los músculos e intentaron levantar el cuerpo. Lo consiguieron a duras penas y dieron algunos pasos tambaleantes. Súbitamente, Jorian resbaló y cayó, arrastrando a Chuivir y su carga. Levantaron un surtidor de agua. Karadur dijo:
- Si el agua sube un poco más, el cuerpo flotará y podréis llevarlo tirando de los pies.
- ¡Qué sabios sois, viejo amigo! - dijo Jorian- . Cogedle del otro tobillo, Chuivir.
El agua les llegaba ya por las rodillas. Karadur, que se había recogido la túnica, caminaba en cabeza. Llevaba las dos linternas, que difundían una débil claridad amarillenta. Jorian y Chuivir le seguían, avanzando a duras penas. Arrastraban el cadáver del rey por los tobillos. El cuerpo golpeaba a veces con las asperezas del suelo, pero a medida que subía el agua, era cada vez más ligero.
- ¿Estáis seguro de que nos encontramos en el túnel correcto? - preguntó Chuivir- . Tengo la impresión de haber recorrido la mitad del camino que lleva a la frontera fediruniana.
- Lo es - contestó Jorian- . Ahora, sube. Si seguimos un poco por delante de la subida de las aguas, estaremos a salvo.
- El agua nos gana en velocidad - dijo Chuivir- . Me llega por el pecho. Me debí quitar esta maldita armadura cuando estábamos en el templo.
El agua seguía subiendo y el cuerpo del rey ya no tocaba el suelo. Jorian y Chuivir tiraban de él fácilmente, pero sus movimientos eran lentos. Avanzaban penosamente, regados continuamente por las gotas de agua que caían del techo.
- Es el inconveniente de la magia - protestó Jorian- . Cuando la gente piensa que puede contar con ella, intenta economizar en los aparatos técnicos.
El agua seguía subiendo; le llegaba por el pecho. Jorian y Chuivir intentaron aligerar el paso nadando con la mano libre. Karadur, más bajo, tenía que llevar las linternas por encima de la cabeza para que no se apagasen. Su barba blanca se metía en el agua. Una gota de agua caída del techo apagó una de las linternas con un ligero chisporroteo. Se encontraron sumidos en una semioscuridad. Jorian maldijo.
- Si el agua sube más, este maldito cadáver se dará en el techo.
- Si la linterna que nos queda se apagase, tendríamos que buscar el camino a tientas - dijo Chuivir- . En este túnel no hay ramificaciones, ¿verdad?
- No - dijo Karadur- . Va derecho hasta... ¡Glup! - El agua le llegaba por el mentón y una bocanada le atragantó. Tosió y se aclaró la garganta y se llevó la mano al cuello, olvidando que sujetaba la linterna.
- ¡Eh! ¡No dejéis que se apague esa última luz! Sería bastante siniestro morir ahogado, por no decir lo siniestro que sería hacerlo en la oscuridad.
- ¡Ahorrad aliento, Su Majestad! - dijo Chuivir.
Karadur, que marchaba unos pasos por delante, se volvió para decir:
- Cuando el querido Jorian deje de hablar, sabréis que al fin ha llegado al término de su actual encarnación.
- ¿No podéis decir nada sin echar un trago de agua? - preguntó Jorian.
- Ahora que lo dices, hijo mío, me estoy dando cuenta de que el agua no sube más.
El nivel permanecía estacionario. En el túnel sólo se oía la respiración de los tres hombres y el chapoteo que causaban con cada paso.

- Al fin hemos llegado al nivel del río - dijo Jorian- . Ya sólo tenemos que preocuparnos por una cosa: ¿quién nos esperará en la boca del túnel?
- Sería incapaz de pelear con un ratón - dijo Chuivir.
Karadur llamó a la puerta secreta de las habitaciones reales. Cuando explicó lo que pasaba, la puerta se abrió. Tras unos minutos, varios guardias y servidores bajaron al túnel con una camilla.
Encontraron a Jorian y a Chuivir a unos doscientos metros, sentados en medio pie de agua, con la espalda apoyada en la pared y respirando pesadamente, agotados. El monstruoso cadáver descansaba en el lodo, a su lado.
Cuando los servidores colocaron el cuerpo en la camilla y lo hubieron atado con firmes cuerdas y empezaron a llevárselo, Jorian se levantó con un gruñido. Debieron ayudar a Chuivir a levantarse, pues su armadura le mantenía clavado al suelo. Ayudándose con las manos y las rodillas, consiguieron trepar los peldaños que conducían a los aposentos reales. Se derrumbaron en los asientos más próximos y el agua chorreó de su ropa, formando casi un mar en unos momentos. Karadur estaba en una silla; el turbante, desliado, descansaba en el suelo, a su lado. Los ojos del mago se veían cerrados.
- ¡Vino! - pidió Jorian.
Los criados se apresuraron a servirlo.
Jorian alzó los ojos de la copa y vio a un oficial de la guardia.
- ¡Señor! - dijo este último- . ¿Podríais explicármelo?
¡El rey Ishbahar está muerto y vos lleváis su corona!
- ¿Llevó su corona? - preguntó Jorian.
Tomó la corona y la contempló ausentemente, como si nunca antes la hubiera visto.
- ¿Es cierto lo que dicen, que Su difunta Majestad, os nombró su sucesor?
- Es cierto - dijo Chuivir desde detrás del oficial- . Su Majestad murió en el túnel de muerte natural cuando entramos en él para escapar de la insurrección de Zaktan. ¿Han atacado el palacio los rebeldes?
- No, coronel; pero algunos han cruzado el río y están combatiendo, saqueando e incendiando los edificios de alrededor de los muelles. ¿Cuáles son mis órdenes?
- Proteged el palacio, eso lo primero. Tomaré parte en el mando en cuanto haya descansado. Ahora, dejadnos. Que también se vayan los criados.
Cuando sólo quedaron Karadur, Jorian y Chuivir en la sala, este último dejó la copa.
- Un vino excelente - dijo- . Sin duda de Vindium. Empiezo a recuperarme. Pero no estamos aquí para hablar del vino; tenemos algunos puntos más importantes que debatir.
- A su servicio, mi coronel - dijo Jorian, dejando también su copa.
Miraba a Chuivir pensativamente, preguntándose cuáles serían sus oportunidades en un combate. Chuivir tenía armadura y espada; Jorian sólo contaba con su daga. Pero Chuivir estaba más agotado que él por los esfuerzos del túnel.
Chuivir tomó la palabra:
- Pese a la revuelta general, ¿tenéis intención de ejercer la realeza?
- Me iré en cuanto pueda - dijo Jorian- . Yo no quería la corona; Ishbahar fue un imbécil al entregármela sin asegurarse ningún apoyo político.
- Era un individuo lleno de buenas intenciones, pero no tenía carácter para ser rey - dijo Chuivir- . Bien, me alegra que digáis eso. Sois el soberano legal, pero no resultáis muy popular porque sois un extranjero. Aunque yo mismo os apoyase con todas mis fuerzas, no sé si podría conservar el trono. ¿Cuándo queréis iros?
- Cuando el doctor Karadur consiga que vuele la bañera real.
- ¿Perdón? ¿Qué decís?
- Ishbahar me regaló su enorme bañera privada y quiero convertirla en vehículo aéreo.
- ¿Cómo la haréis volar?
Jorian hizo un gesto con la cabeza hacia Karadur, que se estaba colocando el turbante nuevamente.
- El doctor guarda un demonio en el anillo, y él será el que nos lleve por los aires.
- Pero, Jorian - protestó Karadur- , ya te he dicho que no quería liberar a Gorax más que en

caso de peligro inmediato, pues sólo me debe un trabajo...
Jorian gruñó:
- Si no veis mucho peligro ahora que toda la ciudad se levanta contra nosotros... ¿Preferís ser despedazado por una muchedumbre sedienta de sangre extranjera?
- Pues, no, hijo mío, pero piensa en todo el bien que podrías hacer si conservases el trono. Podrías aplicar las reformas que preconizaba Mazsan; podrías asignar los fondos más adecuados para la Casa de la Sabiduría...
- No, si la mitad del pueblo quiere hacerse con mi piel. Creo que han expresado muy claro que no querían por rey a ningún extranjero. Debe tratarse de la segunda corona de la que me habló en sueños Nubalyaga diciéndome que desconfiase de ella. La primera era la corona de Xylar, la que vos y yo enterramos en los pantanos de Moru.
- Los irazianos no tardarán en olvidar su xenofobia - siguió Karadur- , cuando tengas el poder asentado y les hayas demostrado lo buen rey que eres. No te costará trabajo adaptarte a sus costumbres, y ya hablas el penembiano casi tan bien como yo. Después de todo, Juktar el Grande era no sólo extranjero, sino un bárbaro; y esta ciudad es muy cosmopolita.
Jorian sacudió la cabeza.
- Les intenté demostrar a los xylarianos lo buen rey que era, pero eso no les impidió intentar cortarme la cabeza. Además, ¿cómo podría mantenerme en el poder sin un ejército de mercenarios extranjeros?
- Sin duda, habrá elementos leales en la guardia y el ejército que te apoyarían. Cuando hayas pacificado a las facciones...
- ¡Y aunque lo consiguiera! ¿Tendría que pasarme la vida contentando a Su Santidad Sahmet hasta que llegaran los sacerdotes con la cuerda sagrada? ¡Gracias, no me interesa?
- Podrías abolir la costumbre, como el rey de Kortoli de la historia que nos contaste...
- Me extrañaría. No vale la pena que intentéis convencerme, querido Karadur. Ya estoy cansado del oficio de rey. Presenta algunos aspectos interesantes, pero no tengo interés en volver a empezar. Sé que a muchos hombres les atraen las riquezas, el poder y la gloria de la realeza, pero mis ambiciones son diferentes. Una vida tranquila, un buen oficio, una casa agradable, bastante dinero para comer y beber a mi antojo, una familia unida, buenos amigos; no pido más.
No me apetece tener una mujer iraziana: ya tengo una y me gusta bastante. Y, cuanto más veo este país, más añoro mi tierra natal:
Algunos sueñan con escarpados y lejanos montes, Donde ruge la tempestad y la tormenta Y los ciervos se asoman por los peñascos... Pero yo prefiero cantar a mi país, a mi tierra, Novaría, mi querida Novaría.
Los hay que piensan en el desierto infinito Donde los camellos cruzan la ardiente arena, Donde el sol de fuego broncea a los viajeros... Pero yo me iría adonde viví de niño, A Novaría, mi Novaría.
Otros se fascinan por haz y su esplendor, Sus cúpulas, palacios, torres, columnatas, Su abigarrada multitud que goza en el estadio... Pero sólo hay un país al que ame mi corazón: Novaría, dulce Novaría.
Así que, las facciones, que se arreglen solas; no es mi problema. ¡Que se vaya a los cuarenta infiernos mulvanianos la corona penembiana! Me voy a Xylar a salvar a mi dulce Estrildis. Eso esto todo.
Preocupado, Chuivir se pasó la mano por la frente.
- Bien, Sire, me pregunto... me pregunto si podríais ayudarme. Cuando os marchéis, los pretendientes al trono empezarán a aparecer y, a su cabeza, los estasiarcas. Me temo que ni Vegh ni Amazluek tengan las cualidades necesarias para ser jefes de Estado. También están los sobrinos del rey, pero uno no es bueno para nada y el otro es medio tonto. El general Tereyai, a quien ya he enviado mensajeros, es viejo, y sólo aspira a retirarse. El almirante Kyar ha muerto. ¿A quién más veis?
Jorian señaló a Chuivir.
- ¿Por qué no vos? No seríais peor que otros.
Chuivir se quedó con la boca abierta.

- ¿De verdad? ¿Me ofrecéis la corona a mi?
- ¿Por qué no? Al principio, os tomé por un joven pretencioso e incapaz, pero os vi actuar durante el asedio y allí aprendisteis muy deprisa.
Chuivir se encogió de hombros modestamente.
- ¡Hice lo que pude!
- Dadme algo con lo que escribir, para que todo sea legal. Mi abdicación será efectiva en el momento en que salga de Xylar en la bañera voladora. Acto seguido, haced valer vuestros derechos sobre la corona.
Chuivir se levantó.
- Os lo agradezco, Majestad, e intentaré no traicionar vuestra confianza. Ahora debo tomar bajo mi mano el mando de las tropas, pero volveré a despedirme antes de que partáis.
Chuivir saludó y salió. Jorian alzó la voz:
- ¡Hola! ¿Hay alguien? Quiero cambiarme de ropa: algo caliente, de lana, y, sobre todo, muy práctico; nada de ropitas de seda. Y una túnica seca para el doctor Karadur.
- ¡Oh, hijo mío! No necesito...
- Allí arriba hace frío y no quiero que os pongáis malo. ¡Arriba! Buscad al armero real y decidle que me venga a ver con un buen montón de armas y cotas de malla para elegir. ¿Dónde guardaba el rey Ishbahar su tesoro personal? ¡Tú! Dile al cocinero que prepare ahora mismo una buena comida para el doctor Karadur y para mí. Nada refinado, algo sustancial... y que se dé prisa.
Mientras los criados corrían a ejecutar las órdenes, entró un guardia y dijo:
- Un caballero llamado Zerlik dice que le gustaría ver a Su Majestad.
- Que pase - dijo Jorian.
El joven entró y, con un gesto teatral, puso una rodilla en tierra.
- Su Majestad - empezó- , acabo de llegar de Othomae, donde llevé un despacho del rey. Elegiros como sucesor fue la mejor decisión que tomó el rey Ishbahar en todo su reinado. Mi espada está a vuestro servicio; vuestros menores deseos serán órdenes para mí.
- Vale; pero me temo que no me quedaré el tiempo suficiente para disfrutar de vuestros buenos y leales servicios.
- ¿Os vais? Llevadme con vos, seré vuestro escudero.
- ¡Ay!, nuestro vehículo no puede llevar tres pasajeros. El coronel Chuivir será mi sucesor. Obedecedle como a mí mismo.
- ¿No puedo hacer nada, Sire...
- Sí. Tenéis una gran casa. Reservadme una habitación pequeña que pueda servirme de refugio si alguna vez he de huir de Novaris y refugiarme aquí.
- ¡Así será! ¡Que los dioses protejan a Su Majestad?
- Que protejan a Chuivir. Le hará más falta que a mí. ¡Adiós!
Una hora más tarde, la ciudad estaba en plena efervescencia. Las sordas pisadas de los combatientes se mezclaban con los gritos de guerra, el entrechocar de armas y las llamadas de los heridos. Chuivir y algunos guardias, inmóviles en el techo del palacio, vieron partir a Jorian y Karadur a bordo de la bañera que oscilaba caprichosamente. Los últimos rayos del sol poniente teñían de púrpura el cobrizo vehículo, que se alejaba a toda prisa, hasta que se convirtió en una chispa centelleante en el oscuro azul del cielo.
Chuivir, que ya había cambiado el casco por la corona serpentina de Penembei, suspiró y dijo:
- Así se va el que habría sido rey si los prejuicios del populacho no le hubieran cerrado el paso. En fin...
Se volvió hacia los oficiales que le rodeaban para recibir sus informes e impartir órdenes.